

LÓPEZ GARCÍA, BERNARDO (1838–1870)

POESÍAS

ÍNDICE:

LIBERTAD
¡STABAT MATER!
EL DÍA DE DIFUNTOS
ARTE
NAPOLEÓN Y LOS HÉROES DEL DE MAYO
EL POEMA DE LA VIDA
POLONIA
AL ASESINO DE ABRAHÁN LINCOLN
CARIDAD
ASIA
EL DOS DE MAYO
EL AMOR DIVINO
EL PAN EUCARÍSTICO
EPÍSTOLA
EN EL ESCORIAL
LA FE
¡LÁGRIMAS!!...
EL ARTE MUSICAL
RUINAS
LA TEMPESTAD
A UN PLAGIARIO
EL MEDITERRÁNEO
LA REDENCIÓN
LA EXPIACIÓN
SUSPIROS DE UNA MADRE
EL HEROÍSMO POLACO
LA ÚLTIMA HORA
A MARCO BRUTO
MEDITACIÓN
SERENATA
A UN MAL POETA ROMÁNTICO
EUROPA Y SIRIA
ANTE LA TUMBA DE ESPRONCEDA
EL DÍA PRIMERO DE NOVIEMBRE
LA CATEDRAL DE JAÉN
DANTE

AMOR, TEORÍA Y PRÁCTICA
EL CANTO DEL PROFETA
CERVANTES
APIO HERDONIO
A MI ESPOSA LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PATROCINIO PADILLA
A ESPAÑA
LA FE Y LA RAZÓN
DESPEDIDA
AMOR MUNDANO
AL EJÉRCITO ESPAÑOL, EN EL ACTO DE HACER PÚBLICA LA DECLARACIÓN
DE GUERRA DE ESPAÑA A MARRUECOS
ATILA
ESPERANZA
LA INSPIRACIÓN
EL USURERO
ESPAÑA E ITALIA
MARÍA
A ESPAÑA
POR LAS VICTORIAS DEL PACÍFICO
FILOSOFÍA DE UN VICIO
LA MARCHA DEL CALIFA
A MULEY-ABBAS
SOBRE EL VOLCÁN
MAGDALENA
LA RELIGIÓN
EL ÚLTIMO CANTO DE SAFO
A DIOS
DE CÓMO SE PUEDE ESTUDIAR GEOGRAFÍA HISTÓRICA POR EL PISO Y
OTROS ACCIDENTES DE JAÉN
A D. JUAN ANTONIO VIEDMA
A LA POESÍA
DEDICADA A MI AMIGO D. FRANCISCO MORENO
A MI AMIGO D. ANTONIO ALMENDROS AGUILAR EN SUS DÍAS
A LA VIRGEN
A LUISA
HISTORIA POSITIVA
A NAPOLEÓN
EL ARTE Y EL SIGLO
LOA

LIBERTAD

(Oda)

Sagrada libertad; a tus altares
llega el cantor; su fatigada frente
tímida no ambiciona
el sagrado laurel resplandeciente
que del genio feliz la sien corona:
a ti van mis cantares
siguiendo su destino
como rueda el torrente hacia los mares:
pues fiel a ti, sin que el poder me asombre,
bendigo a Dios al bendecir tu nombre.

Sagrada libertad, tuyo es mi canto;
feliz mi pensamiento, te adoraba
aun antes de nacer; que el alma mía
libre ya se llamaba
cuando del cielo al mundo descendía:

llegué a la tierra, al borde de mi cuna
tronó el cañón; la sangre de tus hijos
desde la guerra salpicó mi frente;
y al despotismo fiero
levantarse hacia ti, como la nube
se levanta hacia Dios, y arrebatado
lloré, porque aprendí trémulo al verte
en medio de la guerra,
que tu amor en la tierra
se paga con sepulcros a la muerte.

Hombre después, los anhelantes ojos
volví al pasado, y te miré dormida
de la nada en el seno,
esperando el momento de la vida.
Te vi elevarte al SEA,
padre de la creación; te vi con brío
revolverte en la idea
que llenaba de mundos el vacío;
te vi con raudo vuelo
cruzar los montes, agitar los mares,
cabalgar en los soles,
que rodaban hirvientes por el cielo;
te vi sobre la ola
levantarte y flotar, besar la nube,

y en raudo torbellino
cruzar por el espacio,
do la creación al tiempo aparecía,
dejando con amor santo y fecundo,
un beso en cada mundo
que del aliento del Creador nacía.

Después abrí la historia; vi a los siglos
cuan inmensos gigantes,
dejar sus tumbas, agitar sus mantos
y volver a la vida; ante mis ojos
libres aparecieron
las mil generaciones
que las olas del tiempo sumergieron;
vi razas y ciudades
aparecer, pasar; miré al pecado
sobre el trono del mundo, y a los hombres
sin conciencia de Dios, y escuché el grito
del ángel que lloraba,
al ver con duelo eterno
fija en la frente de la raza esclava
la sombra del infierno.

Volví a mirar, y con dolor y espanto
vi a la nube crecer, rugir el viento
al soplo de la cólera divina;
miré alzarse la ola en son de guerra
sobre el borde del mar; la vi lanzarse
con la muerte en el seno
rugiendo de furor sobre la tierra:
vi la última figura
sobre el último monte maldiciendo;
y el agua se elevaba
en remolinos rápidos hirviendo,
y al fin llegó; con cántico profundo
se extendió en el vacío;
a los ojos del sol se borró el mundo,
y aún la muerte buscaba,
y aún el terrible mar, ronco y bravío
por cima de los montes se empujaba.

Y vi después en el espacio errante
al silencio vagar; miré a las sombras
irse extendiendo en pabellón flotante;
vi la luna cual lámpara sombría,
dejar vagos reflejos

sobre los velos de la noche umbría,
y a su rayo de luz descolorido
miré al ángel llorando,
y al supremo Jehová triste mirando
el cadáver del mundo sumergido.

Después la luz del día
trémula apareció; nave valiente
agitaba su vela
sobre el Ponto magnífico y rugiente;
el árbol de la vida
volaba allí llevando la esperanza
sobre el mástil tendida;
y allí te vi flotar sobre las olas,
como una aparición de dulce nombre
que llevaba en su vuelo
la bendición del cielo
al nuevo mundo que esperaba al hombre.

Volvió a nacer la historia; vi a los pueblos

sin conciencia de sí; razas feroces
sobre la faz del mundo se empujaban;
el grito de la guerra
ocupaba el espacio; un mar de sangre
levantaba su faz sobre la tierra;
la barca funeral del despotismo,
agobiada de crímenes, flotaba
sobre el sangriento mar; el sacerdote
con la frente sombría,
en la sangre inocente
empapaba su manto; torpe y fría,
la plebe ante sus pies se prosternaba
sin comprender en su delirio ciego
aquella religión hija del fuego
que en sangre como el tigre se bañaba.

Vi al esclavo infeliz dejar la cuna,
y con frente serena
tender al viento las impuras manos
buscando una cadena;
lo vi sin pensamiento
agitarse y temblar al pie del trono
del iracundo déspota al aliento,
y comprendí sin calma
ante aquel cuadro de dolor y guerra,

que el esclavo es la tumba de su alma,
y el negro despotismo
la maldición de Dios sobre la tierra.

Y percibí tu acento
¡Hijos!... diciendo con amor doliente...
y vi al mundo agitado
seguir en su cadena indiferente
al duro pie del despotismo atado:
y la guerra seguía;
y las razas impuras atizaban
el fuego vil que sobre el ara ardía;
y pueblos y naciones
rodaban entre lágrimas y llanto:
las tumbas se apiñaban;
la muerte y el espanto
sobre el mundo sangriento cabalgaban;
y nadie a tus acentos respondía,
ni escuchaba la voz de tu cariño,
porque era el mundo niño,
y a su madre infeliz no conocía...

Y vinieron más siglos; en las tumbas
en ceniza quedaron
las míseras naciones; de tu lumbre
los rayos reflejaron
en la frente del hombre; alzó los ojos,
y con ardiente anhelo
al fin te divisó radiante y pura,
brindando al mundo con tu amor un cielo.

Y rodaron coronas
de libertad al sacrosanto grito;
y el déspota iracundo
por el Señor maldito
alzó sobre tu altar su brazo fiero,
sin comprender en su brutal violencia
que para herir tu nombre
es necesario arrebatarse al hombre
en pedazos del alma la conciencia.

Mas tu nombre brilló; Grecia gigante,
lo fijó en su bandera; al Ganges frío
y al Nilo turbulento
llegó tu luz sagrada; el sacerdote
dejó el hacha terrible

sobre el impuro altar, y oyó espantado
los ayes que brotaban
al herirse los mundos que chocaban.

Y se alzaron los déspotas sombríos
otra vez contra ti; tu aliento puro
se refugió llorando
en el mundo del arte
que en las alas del genio se iba alzando,
y hasta allí el despotismo
llegó con el puñal; pero fue en vano;
que el brazo de Dios mismo
se lo arrancó sangriento de la mano.

Aquel tu mundo fue; tu lumbre pura
dio brillo a las creaciones
del artista inmortal; bañó los muros
del alto Partenón; tiñó en su lumbre
la frente del poeta
que cantaba los cielos y los mares,
osando arrebatarse con mano inquieta
el fuego criminal de los altares.

A tu divino aliento
la roca endurecida
calló sobre los pórticos de Atenas,
guardando un pensamiento;
el genio alzó sus alas:
Píndaro hirió el laúd; agitó Apeles
su mágico pincel; Fidias divino
envolvió sus creaciones
en montes de laureles,
y Homero arrebatado
por el hirviente carro de la gloria
a tu carro magnífico enlazado,
cantó libre y profundo
con el arpa de Dios trovas al mundo.

Después Grecia cayó; blanca paloma,
tu genio peregrino
llevó el arma del arte
a los muros magníficos de Roma;
tu nombre se fijó en el estandarte
del pueblo Rey; al rayo de tu frente
dilató sus banderas,
imponiendo su ley a las esferas.

Y vinieron más reyes;
y la guerra extendió su brazo impío
por montes y por mares;
creció en el trono el despotismo frío
arrancando las hojas de tus leyes;
vi grupos de tiranos
estremecer la tierra
al ronco son de guerra;
vi al pueblo rey crecer sobre las tumbas
de los pueblos vencidos; lo vi grande
soñar tras sus victorias,
más esclavos, más tronos y más glorias;
y en vano te busqué: despedazada
por las ruedas veloces
del carro de los déspotas, apenas
respondiste a mis voces
con el doliente son de tus cadenas.

.....

¡Cuántos, sagrada libertad, murieron
víctimas de tu amor; cuántos sepulcros
a tus plantas se abrieron!...

Por ti el héroe espartano
asombra al persa al levantar su tumba
por muro entre la patria y el tirano.
Por ti con arrogancia
en ceniza y en humo se convierten
los hijos de Numancia.

Por ti eleva Sagunto sus hogueras
hasta el trono del sol, dando en su gloria
orgullo a las esferas,
mártires al Señor, luz a la historia.

Por ti trémulo Bruto
levanta sobre el trono del guerrero
la muerte en el puñal; por ti valiente
el indómito ibero,
en el cántabro mar sepulta impío
de Roma la gigante el poderío.

Por ti el mártir cristiano

del circo en la ancha arena
bendice a Dios, entre el rumor salvaje
del tigre y de la hiena.

Por ti ruedan los Gracos
al pie del Capitolio; por ti nacen
para eterno blasón de las naciones,
Pompeyos y Espartacos,
Pelayos, Viriatos y Catones:
y por ti con amor cuan grande fuerte
Jesús desciende, se transforma en hombre,
y con sangre divina escribe un nombre
en el libro terrible de la muerte.

.....

¿Y ha de ser siempre así? ¿Será el martirio
la corona del libre? ¿Acaso el mundo
es el hacha terrible de la idea?
¿No es bastante la cruz, para que el río
que entre espumas de sangre va profundo
al insondable mar, ceda en su brío?
¿Será acaso la negra tiranía
el fruto de la tierra? ¿Será en vano
ese rojo Océano
que devora un sepulcro cada día?

No: lo dice Jesús; de polo a polo,
la humanidad entera
debe ser sobre el mundo un hombre solo.

¿Lo escuchasteis, tiranos?..
Lo manda Dios; el cetro de la tierra
por momentos se escapa a vuestras manos.

En vano las cadenas
apretáis con furor; el pensamiento
rebosa en el espacio; él está escrito
en el seno profundo de los mares;
en el sol, en el viento,
en la cruz, en la tumba, en los altares.

Él ocupa la gloria
bajo el manto del mártir; reverbera
en el libro gigante de la historia:
él flota en la bandera

del libre porvenir; llena el vacío,
y se dilata con pujante vuelo,
desde el hombre hasta Dios, del mundo al cielo.

Es la nube gigante
que recibió en sus alas
el llanto funeral de las naciones,
y que al romper su seno
levantará las olas poderosas
de cien y de otras cien revoluciones;
es la luz, es el aura, es el ambiente,
es el eco de Dios, que doquier zumba,
levantando clemente,
nuevo Lázaro, el mundo de su tumba.

.....

Pasad, pasad; en vano
lucháis sobre el sepulcro; de la arena
en breve rodará el último grano,
y llegará ese día,
que el bueno espera, y que os arranca asombros,
en que todos los libres a porfía
al levantarse a Dios, del mundo en hombros,
dirán llorando: «A ti te lo debemos;
bendito siempre tu poder profundo;
libre, sin guerra ni ambición el mundo,
por pedestal, Señor, te lo ofrecemos.»

¡STABAT MATER!

I

¡Pobre Madre! está llorando
al pie del santo madero;
el pueblo murmura fiero,
por la montaña girando,
y la luz muere en la sombra;
y el nublado se agiganta,
y la creación llora y canta
con voz que aturde y asombra.

¡Pobre Madre!... ante los sonos
de sus dolientes afanes,

alzan truenos y volcanes
sus más terribles canciones.

Y el ángel llora... y se arredra,
rugen los mares inquietos,
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,
que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar!

II

Ella vio al hijo nacer
su esperanza realizando;
ella le durmió cantando
las endechas del placer,
ella, con ansia divina
dejó sus plácidos lares;
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina;
y siempre del Hijo en pos
le siguió amante y serena,
¡como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios!...

Hoy... pobre Madre... lo mira
sobre el Gólgota sangriento,
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.

Lo mira triste, llorando
por el pueblo su asesino;
oye su acento divino
¡perdón!... ¡perdón!... murmurando.

Ve sus sienes desgarradas
por las espinas crueles;
ve marcados los cordeles
en sus manos venerandas:
y si oye de su ansia en pos,
del pueblo el acento fijo,
ve... ¡que le matan al Hijo

por el crimen de ser Dios!...

III

Pura... mística azucena
del desierto de la vida;
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena:
¡celeste y eterno lirio
por los ángeles cuidado;
puro clavel perfumado
con la esencia del martirio!...

Yo vengo, Madre, a besar
las estrellas de tu manto:
vengo a regar con mi llanto
los mármoles del altar:
yo padezco a tu dolor;
lloro al mirar tu agonía;
yo tengo por ti, María,
rico manantial de amor.

.....

Del relámpago a la luz
que la tormenta anunciaba,
yo vi a Dios que vacilaba
bajo el peso de la cruz.

Lo vi triste ante el desdén
del pueblo vil y asesino;
lo vi con llanto divino
llorar por Jerusalén.

Vi su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca;
vi un insulto en cada boca,
y en cada grupo una afrenta.

Y al verte a su lado ir
dije con llanto de amor:
¡pobre Madre del dolor,
cuánto deberá sufrir...!

IV

Pueblo... con llanto profundo
ve a contemplar su agonía;
hoy es la fecha, es el día
de la redención del mundo.

Do quiera se oye el concierto
de la más honda tristeza;
hasta la naturaleza
parece que toca a muerto.

El templo, todo es dolor;
negra el ara, poca luz;
sobre el sacro altar, la Cruz
sosteniendo al Redentor.

Al pie de la Cruz, María...
cerca, el sacerdote implora;
allá en las tinieblas, llora

el órgano una armonía.

De las campanas el son
no se mezcla en el lamento,
por no turbar en el viento
los ecos de la oración;
y la luz que ante el altar,
mal a la sombra resiste,
está tan triste... tan triste,
que no se atreve a alumbrar...!

Todo es llanto, y es dolor;
mujeres, niños, ancianos,
venid, venid de las manos
a llorar al Redentor...!

Venid ante el que se inmola
por calmar vuestra alegría;
venid a ver a María
que está sollozando, y sola...!

Llegad de vuestros hogares
con ofrenda a sus dolores;
dejad los campos sin flores
para adornar sus altares,

y no deis al corazón
hoy consuelo a su quebranto,
porque será vuestro llanto
la segunda Redención...!

EL DÍA DE DIFUNTOS

Canto

I

Silencio... las campanas...
¡Ay del hombre mortal! ¡ay del doliente!
de la noche en el seno
sin pena dormiré sueño tirano,
y su entusiasmo ardiente,

como lienzo fecundo
que borra el tiempo con impura mano,
se borrará del mundo...

¡Ah! en el solemne día
en que los muertos abren sus ciudades
vacila la razón: ¡sombras humanas!
¡Ilusión del placer! ¡Santo delirio
de un amor inmortal...! ¡Glorias del arte!

Volad lejos de aquí... todo termina
al borde del sepulcro; loco empeño
formará de la vida la quimera,
por dejar una flor, una siquiera,
sobre la leve realidad de un sueño.

Mentira es el placer; mentira el fuerte
alto destino de la gloria humana;
mentira la ilusión; ¡verdad la muerte!...

.....

¡Torpe dolor!... ¡estéril amargura!
¿por qué pensar al corazón que llora
del hombre la continua desventura?

Sorda la tierra al ruego,
mata la forma; despedaza fiera
la belleza del mundo sin sosiego:
agentes de su cólera indomable
son las materias que en tropel inmundo
la cruzan por do quier; su boca impura,
las tumbas nobles, míseras o extrañas,
que amenazando al ánimo oprimida,
esperan los escombros de la vida
para nutrir con ellos sus entrañas:

el labio delicado;
la azul pupila inquieta;
el pecho de la hermosa, altar sagrado
donde ofició el amor; la del poeta
libre cabeza que con noble anhelo
sintió latir la inspiración gloriosa,
y se alzó poderosa,
Colón del arte a descubrir el cielo,
todo termina aquí. La madre tierra,

¡ay! es la sola madre
sin entrañas de amor; en vano un día
la cubrirá la primavera ufana
de flores y armonía;
en vano sus verdores
dará a los prados, a las huertas frutos,
purísimos colores

al pálido rosal; en vano, en vano,
dará gentil rumor a la corriente
y aroma y luz al céfiro liviano:
al pie de esa belleza,
vive la destrucción. Sordo usurero,
la tierra mata si a vivir empieza;

asienta en los despojos
su esfuerzo colosal; traga, devora,
y cuando altiva en su poder se engríe,
hipócrita y traidora,
¡con jugo de sus víctimas sonrío!...

Y la muerte también... ¿Quién ha parado
su carrera triunfal? Sobre ruinas
la ve el presente y la miró el pasado,

el inútil dolor no la contiene;
atleta destructor, fiel mensajero
con porte a las orillas del profundo,
continuamente se retira o viene,
secos sus ojos al dolor del mundo...

En lucha con la vida
trabaja sin cesar; el universo
es su circo gigante; espectadores
de sus rudas hazañas,
los que esperan morir: ¡madres! ¡hermanos!
no busquéis la piedad en sus entrañas,
ni tendáis a sus huesos vuestras manos;
esqueleto fatal, forma sin vida,
no escucha vuestra mísera tarea;
y si llora la madre al hijo bueno,
arrancando el cadáver de su seno,
el charco de sus lágrimas vadea...!

II

Mas, ¿por qué ese dolor? En otros días,
cuando el viento oreaba
la sangre de Jesús; cuando el Calvario
recordando divinas agonías
bajo la sombra de la Cruz temblaba,
yo vi al circo romano,
arcada colosal, timbre del arte,
vacilar en su altiva pesadumbre
al peso impuro del furor pagano:
miré a la muchedumbre
ebria de sangre; percibí en la altura
bajo el arco del César, al soberbio
Pontífice y señor, símbolo vivo
de aquel pueblo sin fe; lo vi arrogante
sobre varas de lictores altivo
despreciar a las turbas, y opulento
tender el cetro que aun el orbe doma,
sobre el circo sangriento
de la materia altar, templo de Roma,
patíbulo brutal del pensamiento.
Vi a la señal terrible
la arena retemblar; miré la puerta
moverse, vacilar, girar incierta,
y percibí espantado

la bárbara armonía
que en el espacio ardiente se enlazaba,
del tigre que a las turbas saludaba,
y del pueblo que al tigre respondía.

Y... allí, sola, en el seno
de la plebe romana;
alta la frente, el corazón sereno;
la túnica cristiana
sobre el hombro robusto, y en los brazos
la imagen de Jesús, noble y tranquila,
miré a la Fe: su santa cabellera
flotaba el aire vagorosa y pura
cual si el ala del ángel la moviera;
asidos a su blanca vestidura
los mártires cristianos,

¡Salem! gritaban en pujante coro,
esperando el dulcísimo tesoro
con la oliva de amor entre las manos:
y las turbas hirvientes
cantaban y rugían;
y Nerón, ostentando la corona
de PONTÍFICE y DIOS, la alta cabeza
levantaba en el circo; y vacilaba
la columnata ruda
del vasto coliseo
al continuo aplaudir; y en tanto humilde,
excitando del pueblo el ansia fiera,
la Virgen del Señor se arrodillaba,
se enclavaba en la cruz con alma entera,
y su pecho divino,
que la fiera mordía,
palpitaba de amor, moviendo el lino
que sus formas castísimas cubría...

¡Cuadro consolador! ¡lienzo sublime!
Detén, fantasma impío
de la duda fatal tu voz potente:
ya el espíritu gime
con tranquilo dolor, y el alma inquieta,
rompiendo la terrena vestidura,
se alza a Jesús con incansable vuelo;
desgarra la materia, al dolor doma,
y arrollando a Palmira y a Sodoma,
torna a Jerusalén, remonta el cielo.

La fe vuelve a lucir; su luz me ayuda.
¡Vírgenes del Señor...! ¡santos atletas,
columnas de la Cruz...! ¡dulces cantores...
indómitos profetas
cuyos plectros de oro
templó en sus manos Dios...! ¡legisladores
que disteis vuestras leyes
al pueblo ungido que cruzó el desierto
nutriendo con ilotas y con Reyes
la stirpe de David...! ¡Arpas sonoras
de Daniel e Isaías...!

¡Mártires sobrehumanos
que hicisteis, agitando las enseñas
de destinos fecundos,
rodar los muros, palpitar las peñas,
temblar las aras y oscilar los mundos...!
¡sustentar ya mi fe!... ¡Que yo la mire

romper en las conciencias
de la duda los bárbaros altares,
y asentar en fortísimos pilares
la santa catedral de las creencias!
¡que mi espíritu ciego
en claridad gloriosa se ilumine!

¡Que vacile la sombra al claro fuego,
tímbralo de la verdad! ¡Que monte y río
deponga su grandeza
del amor al inmenso poderío!

¡Que la luz inmortal deje su rayo
sobre la niebla inerte!
¡Que la divina idea
domine al universo! ¡Que la muerte,
Tabor glorioso de los hombres sea!

III

¿Qué es la materia ya? Con fe y sin pena
la destrucción admiro;
pasto seré de su brutal faena,
¡y por morir suspiro...!

Ni espigas ni colores
nutrirá con mi fe; de mi amor santo,
no brotarán ni líquenes ni flores.
Altivo en mi poder, ya la contemplo
romper la forma con augusta calma;
¡el sepulcro, es el templo
de donde nace el alma...!

¿Y la muerte, qué es ya? ¡Madre amorosa,
arca de libertad; fiel peregrino
de la Canaán dichosa,
donde la vid purísima, cargada
de racimos de amor, mece su tallo
de Dios enamorada;

mensajero del bien; pórtico augusto
de la eterna región; titán sombrío
de atlético poder, que audaz vadea
el piélago insondable
que hay entre Dios y el hombre; dulce aurora
de paz y de alegría;
límite del dolor que nos devora;
mañana del saber; puerta del día!

.....

Pequeño el mundo, dilatado el cielo,
infinito el amor que tras la tumba
sube al Eterno con potente vuelo,
la muerte no es verdad; en otras horas
sus fúnebres regiones
decoraba el dolor; la negra duda
cruzaba sin piedad los panteones,
y con falaz violencia
las lágrimas del mundo
rebosando sin dique en la conciencia,
ocultaban a Dios. Mas desde el día
en que la cruz triunfal, sobre los hombros
de la colina agreste alzó sus brazos
por montes y por mares,
trasformando en pirámides de escombros
los ídolos de Roma y sus altares,
el dolor tiene fin; la tumba es foco
de claridad divina: Dios al yugo
de la muerte cedió; sufrió su imperio,
la aceptó por verdugo;

mas al alzarse del Eterno y Fuerte
sobre el cadáver santo,
para consuelo del amor y el llanto,
¡enclavada en la Cruz murió la muerte...!

IV

Dejad que las campanas
repitan su canción: ¡niños, ancianos,
huérfanos sin hogar, madres dolientes,
que del dolor en las terribles sañas
con lágrimas sin fin lloráis al hijo
que tuvo por altar vuestras entrañas...
¡empezad la oración!... ¡ese sonoro
rumor triste de bronce; esa armonía,
forma sentida del mundano lloro;
ese gemido que el espacio llena
y a Dios el eco que los mundos lanza,

no es acento de duda o de rencores,
que si llora en su voz nuestros dolores,
acompaña también nuestra esperanza...!

ARTE

Arte, palabra divina
que gloria al talento augura;
plácida luz que fulgura
sobre una santa colina;
pura fuente cristalina;
águila de eterno vuelo;
ángel que canta en el suelo
melancólicos amores,
brindando al talento flores
de los jardines del cielo.

Por él, titán soberano
Miguel Ángel se agiganta,
y hasta los cielos levanta
la cruz del templo cristiano;
por él, arranca Ticiano
al cielo su luz hirviente,
y por él, Osián potente,

dando formas a la idea
como Dios, al gritar SEA
lanza un mundo de su frente.

Por él, el gran Cicerón,
águila de la elocuencia,
sube al templo de la ciencia
escalón por escalón:
por él, con mística unción
canta David sus creaciones;
y por ceñir sus blasones
le dan a su gloria fieles,
Cano y Van Dijk, sus pinceles;
Lope y Dante sus canciones.

Por él, el genio sediento
que eternos templos se labra,
da seres a la palabra
y a las rocas pensamiento;
ante su potente aliento,

la tierra cede sin tino;
pues el mar, el torbellino,
la luz, el monte, la aurora,
son una creación sonora
que hizo un Artista Divino.

Por él, la mente se agita;
por él, vive la esperanza;
por él, la dicha se alcanza;
por él, la conciencia grita;
su luz es siempre bendita,
y su poder tan profundo,
que un rey, Felipe segundo,
porque el Orbe no le viera,
arrojó el arte de Herrera
entre su tumba y el mundo.

A los ecos de su nombre
que aromas de gloria lleva,
el hombre hasta Dios se eleva,
y Dios desciende hasta el hombre;
a nadie su altura asombre
teniendo fuerza y aliento,
pues a ese alcázar que el viento
arrulla sobre alto muro,

se llega con pie seguro
por la escala del talento.

Genio que a la altiva cumbre
te vas alzando valiente,
ansiando ceñir tu frente
con un rayo de su lumbré;
sigue... y si en la muchedumbre
protesta algún ser artero
contra el arte que venero,
dile con desdén profundo,
que es la primera obra, el mundo,
Dios, el artista primero.

NAPOLEÓN Y LOS HÉROES DEL DE MAYO

SONETO

Ellos murieron con la frente erguida;
también la tumba devoró al coloso
que humilló con su brazo poderoso
la cabeza de Europa enardecida.

Ellos cedieron con afán su vida
por el patrio blasón, noble y hermoso;
él, por regir con cetro belicoso
segundo Dios la humanidad vencida.

Una corona altiva y esplendente,
del tercer Bonaparte el culto abona
regia brillando en su blasón potente;

de ellos la tumba la virtud pregona;
¡héroes... dormid en paz...! para el que siente,
vuestra tumba es mejor que su corona...!

EL POEMA DE LA VIDA

I

En brazos de la inocencia
cruzando voy candoroso
ese crepúsculo hermoso
preludio de la existencia.

Del valle la flor galana
me da sus limpios colores;
el bosque sus ruseñores,
y sus tintas la mañana:

y el astro consolador
que al mundo su luz envía,
me manda al nacer el día
la sonrisa del Señor.

Mi madre en dulce ansiedad
sencilla, pura y amante,
tras la bóveda gigante
me muestra la eternidad:

y escuchando su lección
lleno de dulce embeleso,
entre el murmullo de un beso
recibo su religión.

II

Ya llegó la juventud,
y el alma a sus resplandores
se duerme en otros amores
con dulcísima inquietud.

Mi adorada frenesí
en la esperanza se agita;
mundana gloria me grita
¡qué es el mundo para mí!

Y en mi ardiente corazón
que se consume anhelando,
gigante se va elevando
la hoguera de la ambición.

Cuanto miro, todo es mío;
la mar, la arboleda, el monte,
la nube y el horizonte
que se duerme en el vacío;

porque en su albor matinal
el alma ardiente ambiciona,
tener al sol por corona,
y al mundo por pedestal.

III

El sueño de mi ilusión
la realidad lo ha deshecho;
apenas hallo en el pecho
cenizas del corazón.

La mujer que tanto amé,
mató mi esperanza hermosa:
al pie de una misma losa
están mi madre, y mi fe;

tuve un hijo... y me olvidó;
la gloria mató mi encanto;

me arrojé en brazos del llanto
¡y hasta el llanto me dejó!...

Y corro sin ver jamás
el consuelo en lontananza;
porque sé que la esperanza
¡es una mentira más!

Toda ventura se aleja
por el árido desierto;
¡la humanidad es un muerto,
que en su sepulcro se queja!

IV

En la triste senectud
penetro con paso fijo,
en la mano el crucifijo

y a los pies el ataúd.

La fe me vuelve a alumbrar
en mi lóbrega carrera;
¡DIOS! murmura la pradera;
¡DIOS! el cielo; ¡DIOS! el mar.

Y de la esperanza en pos
corro al sepulcro llorando,
porque en él me está esperando
la sombra santa de Dios.

Del ánimo dolorida
ya se acabó el desconsuelo;
sobre la tumba, está el cielo
que es más grande que la vida.

POLONIA

(Oda)

¿De quién es? ¿De quién es esa corona
que en la orilla del Vístula sangriento
rota se ve? ¿De quién esos gemidos
que lleva el ronco viento
por la inmensa región? ¿De quién la lira,
que entre secos manojos de laureles
ni canta, ni suspira?

.....

Un pueblo fue lo que se ve en escombros;
del fondo sepulcral de esas ruinas
eterna maldición sobre la tierra,
tos de amor y libertad brotaron;
y salieron cantores;
y el aura de la paz, besó las flores
que las hoces del déspota segaron.

Un pueblo fue; Polonia se llamaba...;
en venturosos días,
con la fuerza del simoun arrojaba
sus tercios a vencer; ellos hollaron

de Tiro las ruinas
que palacios y templos coronaron;

el turbio Niemen apartó sus olas
para verlos marchar; en los jardines
de la Persia abrasada,
desplegaron sus blancas banderolas
al grito de la lid arrebatada;

los vieron las riberas
del Éufrates y el Nilo turbulentos,
fieros herir; las frentes altaneras
del Cáucaso y el Atlas se doblaron
al peso de sus huestes, y temblaron
los árabes vencidos
bajo el ancho crespón de sus banderas.

Del Apenino azul por las vertientes
la sangre de sus hijos
al mar de Italia se lanzó en torrentes;
y sus águilas libres se extendieron
por los anchos espacios
y cruzaron los montes y los mares,
e indómitas se irguieron
de la torpe Estambul en los palacios,
y de Roma la vieja en los altares.

.....

Un pueblo fue... y envilecido ahora,
mira expirantes a sus tercios bravos;
el águila señora
pendón de libres en gloriosos días,
arrastrada se ve por los esclavos;
altivo el extranjero
duerme en su hogar; las hojas de sus leyes
de escarnio sirven a menguados reyes;
sollozando sin paz, yerta de ira,
imagen del dolor al mundo mira;
y al verlo contemplando
con torpe duelo su dolor profundo,
sacude sus sepulcros, protestando
contra la inútil compasión del mundo...

¡Mísera humanidad!... desde su cuna
el crimen tiraniza su existencia;
del justo Abel la ensangrentada fosa
es el primer calvario

que levanta la saña a la inocencia:
de allí brota el pesar; de allí el encono,
y pasan luego razas y ciudades,
y un trono se hunde, y se levanta un trono,
y en lucha horrible y fuerte
se arrastran pueblos, razas y tiranos,
y ruedan por las puertas de la muerte
con el puñal sangriento entre las manos.

Y Dios se enoja; con furor profundo
a su placer levanta
el mar soberbio hasta su regia planta,
y el hombre muere, y se desquicia el mundo.
Y vienen otras razas y otros hombres;
y apenas en la tierra,
levantan a la voz de sus enconos
altares a la guerra,
templos al vicio, al despotismo tronos:
y pasan los señores
agitando a los pueblos espantados;
y van los pueblos viles,
lo mismo que reptiles
al carro de los CÉSARES atados.

El mundo tiembla; Dios desde su trono
siente a sus pies el crimen, y en su anhelo
porque su voz al pecador asombre
baja a la tierra; en su brutal encono
sigue la humanidad, y ardiendo en ira
en verdugo de Dios se trueca el hombre,
y hace al Calvario sanguinaria pira.

Desde entonces radiante centellea
sobre la cruz la libertad del mundo;
la sombra de Luzbel, siente en su seno
desgarrador puñal; entre el rugido
del pueblo que en el Circo clamorea
al latir el león, se oye el gemido
del cristiano expirante
que bendice a Jesús; y ante este ejemplo
de la fe vencedora de la muerte,
el Circo se convierte
de la doctrina de Jesús en templo.

A través de borrascas y Nerones
la barca hiende el mar; rompe la ola

pujante del error que la conmueve,
y vuela ansiosa al codiciado puerto
en alas de la fe; sus velas mueve
celeste brisa; el huracán furioso
del rudo fanatismo
la quiere detener... pero es en vano...
que el brazo de Dios mismo
la impulsa por el férvido Oceano.

La indómita corriente de las horas
su pujanza aumentó sobre la tierra...
Polonia desgraciada
despojo de la saña y de la guerra...
¿Quieres ser libre? Calma tu delirio;
desciñe de tu frente
la bárbara corona del martirio,
y coge con bravura
el caballo, la lanza y la armadura.

¿Oyes ese rumor? La nave llega;
la libertad sobre su mástil flota
y la empuja la fe; raudo navega
sobre mares de tumbas; ya se agita;
ya salva el Apenino,
y por medio de rocas y torrentes
cual indómito alud se precipita:
de sus velas blanquísimas el lino
sangriento va: su infatigable vuelo
aterra al crimen, y a la voz de guerra
fija una escala en la espantada tierra
por donde van los mártires al cielo:
los déspotas la ven, y en sus enconos
sus brazos tienden... pero esfuerzo vano:
que si a domarla se levantan tronos,
los arrastra bramando al Oceano.

¿Escuchas ese acento,
imagen bienhechora
de Kociusko infeliz? ¡Santas cenizas
de los héroes de ayer!... la patria entera
levanta ya la espada vengadora
ante el bélico altar de su bandera;
romped las urnas, sombras solitarias;
de ese recinto estrecho
al cielo levantad vuestras plegarias,
o sacudiendo los eternos lazos

que ligan a la tierra el tronco inerte,
venid desde los brazos de la muerte
a luchar por la patria en nuestros brazos.

¡Venid!... ¡Venid!... la lucha gigantesca
en breve va a empezar; ¡guerra! murmurarán
los derechos altísimos hollados;
¡guerra! los pueblos viles
al pie de los cadalsos amarrados;
¡guerra! con voz doliente
suspira el porvenir, clama el presente,
y rompiendo sus sábanas de tierra,
se abren las tumbas murmurando ¡guerra!

Y la guerra será... ¡ronca la lira
sobre las alas del delirio suena!...
El mundo ensangrentado
navega por el seno del vacío
como un sepulcro; sobre su ancha frente
la humanidad luchando arrebatada,
escribe con la espada
su epitafio sangriento y elocuente:
y el bueno llora; y la razón se aterra...

¿Cuándo, Señor, aunque a mi voz te asombres,
arrancarás del libro de los hombres
el sangriento vocablo de la guerra?
¿No basta el sacrificio
de cien razas y cien? ¿Aún no es bastante
para que el nublo del error sucumba,
ese doliente osario
que hace del globo dilatada tumba,
y a cada pueblo levantó un Calvario?

Aún no es bastante, no; mirad al mundo;
la altiva humanidad de polo a polo
por volar a la lucha se levanta
como un fantasma solo:
el grito de la lid do quier resuena...
¡alza, generaciones,
y entre el polvo veréis de las naciones
del drama criminal la última escena!

Los pueblos se apresuran al combate
por la postrera vez; «Vamos», murmuran...
«la lid nos llama con sus ecos roncós;

a la lucha volemos; y mañana,
gigante se alzar  de nuestros troncos
el árbol santo de la dicha humana.
Y daremos cumplida
nuestra hermosa misión»;  Corred, Naciones,
las que mov is con impotente saña
de la cadena vil los eslabones!
 Apr state a la lucha, pueblo bravo,
que en la orilla del Vístula sangriento
te arrastras de dolor;  despierta, Atenas,
t  que miras rodar entre cadenas
magníficos pedazos de tu solio...!
 Alza la frente, Hungría...
y t , Roma, que apuras la agonía
amarrada a los pies del Capitolio...!

A la lucha corred... la hora bendita
se va acercando; a su rumor profundo,
la santa libertad arma a los bravos;
 corred, pueblos esclavos,
con vuestra sangre a redimir el Mundo!

Corred... para que un día
vuestros hijos llorando ante la fosa
a que os arrastra la corriente impía,
triste murmuren con dolor eterno...
«Luchar a nuestros padres fue preciso;
sus padres les legaron un infierno,
y nos dan por herencia un Paraíso.»

AL ASESINO DE ABRAHÁN LINCOLN

(Soneto)

De asombro y de dolor el alma llena,
severa juzga al que en el mal camina;
al bárbaro Nerón en la colina,
juez sin piedad la humanidad condena;

Lucrecia que el pudor desencadena;
Calígula, Tiberio, Mesalina,
cuantos hollaron la verdad divina,
afrenta son de la mundana escena.

Pero al llegar a Boot, los corazones
se estremecen y tiemblan; agitados
tiran la sonda, miden las pasiones,

y solo aprenden de dolor prensados,
que han de estar los Tiberios y Nerones
de tan vil criminal avergonzados.

CARIDAD

(Poesía)

No hay dolor, desde la luz,
pura, espléndida, divina,
que brota de la doctrina
que se levanta en la Cruz,

para el corazón que sabe
lanzarse del mundo al cielo,
no hay lágrimas sin consuelo;
no hay pena que no se acabe.

En otros siglos, ayer,
cuando en altares oscuros
se alzaban cantos impuros
a la guerra o al poder,

en esas horas sombrías
en que el mundo con fe loca
dedicó al sol o a la roca
sus oraciones impías,

el dolor era una herencia
que el hombre dejaba en pos;
era la mano de Dios
agitando la conciencia.

Él, brotando del pecado,
lanza al mundo su corriente;
Asia sintió su potente
rumbo audaz y arrebatado.

Siempre indómito y cruel,

en la envidia se agiganta;
por él la creación se espanta
con el sepulcro de Abel.

Por él del orgullo al vuelo
los hombres en su locura,
alzan la Babel impura
pensando escalar el cielo;

por él los siervos cansados
viendo sus vidas desiertas,
sacuden sus almas muertas
en sus cuerpos humillados;

y por él en cuanto alcanza
de la cruz al paraíso,
se mira un mundo indeciso
sin luz, y sin esperanza.

¡Dolor...! en aquella edad,
la única verdad del mundo;
su cauce extenso y profundo
llenaba a la humanidad.

Él, cuando la Grecia ardiente
en pos de tanta victoria
vio cubierto con su gloria
todo el viejo continente,

Rugiendo el clamor triunfal
de tanta pompa mundana,
mató en la mujer pagana
el instinto maternal.

De Roma bajo el poder,
también vibró su inquietud;
hizo al suicidio, virtud;
y la venganza, placer.

Se eternizó en el peñón;
trocó al bronce en su trofeo;
fue su estatua, Prometeo;
fue Bruto su maldición;

y cuando Roma moría
sobre su hundido poder,

el dolor, se hizo placer
para morir en la orgía...!

Mas el torrente brutal
detuvo su esfuerzo impuro:
la cruz fue dique seguro
de su poder colosal;

porque Jesús en su amor
mostrándonos el Edén,
al hacer eterno el bien
puso límite al dolor.

Desde entonces, ya no hay duelo
si la fe vive en el alma;
tras la pena está la calma
como tras la tumba el cielo;

y el hombre de su fe en pos,
cuando llora se arrodilla;
pues sabe que si se humilla,
está más cerca de Dios...

.....

Hija del amor; divina
luz del código cristiano,
tras del amor soberano
otro sol nos ilumina;

sol, que brilló sin fulgores
en otro mundo sombrío;
sol, que se eleva bravío
de la cruz a los fulgores;

astro que a la humanidad
abrsa en su ardiente llama;
virtud que la tierra aclama
al nombre de Caridad...!

¡Caridad...! sol de alegría;
del amor plácida esposa,
virtud cuya forma hermosa
es la forma de María...

¡Deja...! que tu luz me ayude;

permite a mi culto ardiente,
que te bendiga mi frente,
que mi plectro te salude.

De una edad, hasta otra edad,
todo tu poder lo abarca;
te vio el diluvio en el arca
salvando a la humanidad.

Tú eres luz sobre la luz,
y eres nombre entre los nombres;
por ti salvando a los hombres,
murió el Señor en la cruz.

Por ti comprendió el Creador
mundo y cielos al formar,
que era preciso crear
para dilatar su amor;

tú eres la santa palmera
cuya sombra no marchita;
eres la estrella bendita
por la humanidad entera;

eres el ángel que mece
el blando sueño del bueno;
dulce madre en cuyo seno
cabe todo el que padece.

La copa del bien profundo;
el cielo de nuestro encanto;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo.

«Venid,» murmuras; «tened,
sedientos, el triste lloro;
yo soy la copa de oro
que ha de calmar vuestra sed:

hambrientos, os daré pan;
desnudos, os daré abrigo;
para calmar al mendigo
mis plegarias se alzarán;

yo soy la rosa que brilla
sobre el sepulcro sin nombre;

soy la lágrima que el hombre
ve rodar por su mejilla,

ante la triste orfandad
o ante los grandes placeres;
porque también hay poderes,
dignos de la caridad...!

Soy el ángel que Dios nombra
para que sus pasos ciertos,
dirija a los niños yertos
que me llaman en la sombra.

La copa del bien profundo;
el cielo de todo encanto;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo...!»

.....
Tal es la virtud bendita
que mi pobre genio enciende:
¡feliz el que la comprende;
dichoso, quien la ejercita...!

Por ella unidos estamos
mostrando nuestra nobleza;
a la luz de su grandeza,
más grandes nos contemplamos;

que cuando el genio va en pos
de ese sol vivo y fecundo,
se eleva tanto del mundo,
que cuasi se acerca a Dios...!

ASIA

Oda

Dormido está el coloso; su diadema
rota en pedazos sobre el lecho impuro
se mira junto a él, y el sucio aliento
de la noche fatal que le adormece,
eleva de su trono las cenizas
por las llanuras donde ruge el viento.

Dormido está, y el arpa no le canta
como en mejores días,
ni el aura del placer besa su frente
con el eco fatal de sus orgías:
ni el atroz anatema del calvario
agita su cabeza,
ni llora delirante
al revolverse trémulo en el lecho
formado con cenizas de grandeza.

Duerme la reina del antiguo mundo;
la que miró en su seno
la orgullosa Babel; la que altanera,
fue verdugo de un Dios, y en sus blasones
grabó los cetros de la tierra entera;
la que arrojó de su potente suelo
el árbol pecador; la inmensa copa
donde hierve la lágrima primera
del hombre, que indeciso
entró del mal en la horrorosa vía
trocando en un infierno el paraíso;
la que miró en sus tierras maldecidas
el ronco mar, cuando de Dios la mano
convirtió al universo en oceano.

La tierra venturosa,

cuna segunda del mortal doliente,
que admiró de la Armenia en las colinas
el gran bajel que dominó las olas
adornado con púrpuras divinas;
y vio rodar en su feraz recinto
la semilla potente y soberana,
tronco del árbol de la raza humana.

Aquella tierra impía
madre de Baltasar, que alzó mil tronos
al fantasma del vicio maldiciente;
que vio a Sodoma sumergida en fuego;
rota la regia frente
de la altiva Salem; la tierra impura
que rasgaba sus lúgubres montañas,
para adornar con dioses sus entrañas,
y que llorando un tiempo su pasado,
miró romperse tan fatal grandeza
entre las negras manos del pecado.

Todo expiró bajo su impuro aliento;
de Nínibe altanera,
sólo quedan fantásticas ruinas;
Pentápolis murió, y aun en el viento
brilla el rayo de fúnebre memoria
que en océano de horror hundió su gloria.

Muerto Aspháltite está, y en sus riberas
ni una flor delicada
se mece al soplo de la errante brisa
que acaricia las áridas laderas
del Gólgota cruel; de esa montaña
sin fruto ni verdores
que a eterno llanto sin cesar provoca,
arrojando en lugar de puras flores
enardecidas lágrimas de roca.

Babilonia cayó; su hirviente río
arrebató su cetro poderoso,
y en el Pérsico mar hundiolo luego
con su gloria, su trono y poderío;
aún deslumbra la hoguera
que devoró sus templos y jardines,
y aún en la noche oscura,

de Éufrates ronco en la inferaz ribera
se agita Baltasar, triste llorando
sobre aquella ruínosa sepultura,
terror ayer de bárbaras naciones
que hoy canta su poder con maldiciones;

el arpa de David perdió su acento;
ya no crecen las flores
de los mustios collados
al suave empuje del glorioso viento,
ni éste lleva en sus alas

un canto bienhechor al Israelita;
ya no surcan guerreros
las ondas cristalinas
del plácido Jordán, ni la ancha tierra
tiembla al fragor de la sangrienta guerra.

Vinieron tras de aquella otras naciones
que cavaron la fosa a las pasadas;

Palmira... Babilonia...
no volverán ya más... entre peñones
expiró su poder; roto gigante
que tiene en vez de la triunfal diadema,
polvo de tumbas que los vientos quema.

.....

Todo murió; fantasmas de grandeza
pueblan tan sólo el vasto continente,
que en montañas de hielo
triste reclina su abatida frente;
que con manos de roca
ase un girón del orgulloso manto
de la Europa feliz; que al lado siente
los vírgenes latidos
de la América pura
que himnos de gloria al porvenir murmura,
y que sujeta con sus pies gigantes
las olas que en indómita porfía
empuja hasta sus plantas la Oceanía.

Desiertos por doquier fieros corceles,
descansan en la yerba que corona
los postrados fragmentos
de los ricos palacios
que orgullosos cruzaron los espacios
en lucha con los vientos;
el esclavo ignorante
se adormece en el polvo del tirano;
remueve las ruinas,
y en los negros sepulcros de los reyes,
arroja el puro grano
para calmar el hambre de sus bueyes;
en el ara olvidada
fabrica el ave con gentil arrullo
su plácida morada,
y con frente altanera
sobre el altar de un Dios duerme una fiera.

¡Ah! Si aquellos que un día
cobijaron la tierra con sus mantos,
abandonasen su morada fría
por tender de cariño una mirada
a su patria infeliz; si los que vieron
atónito a sus pies rodar el mundo,

mirasen sus naciones
postradas, sin aliento;
rasgados sus pendones
y el polvo de sus tronos por el viento;
y aquella augusta ropa,
dosel de los dormidos continentes,
alfombra siendo de la culta Europa;
si vieses sus ciudades
hundidas, despreciadas;
y su potente seno,
cuna de reyes, producir esclavos;
arrastradas sus glorias por el cieno;
callado el eco de sus hijos bravos:
si los que ayer vivieron,
de su lecho de paz la frente alzarán
por ver el mundo que tan mal rigieron,
sus hijos maldijeran,
y otra vez al sepulcro se volvieran.

Pero no será eterno ese letargo
de la raza de Sem; ya refulgente
el sol del porvenir su faz orea:
las tumbas veneradas
brillan al rayo de la luz hirviente
que roja centellea.
¡La luz del porvenir! Miradla pura
extender sus reflejos
sobre las cumbres de la vasta tierra...

Del Imperio celeste la cultura
palidece a su brillo soberano,
y la abrasada guerra
agita su pendón sobre las olas
del postrado y atónito Oceano.

Asia despertará, porque ya el día
se acerca en que los mundos
se enlazarán por siempre; el negro errante
que riega las arenas
del cárdeno desierto,
contra su pecho estrechará anhelante
al que en lechos de púrpura reclina
su frente fatigada,
de oro, sangre y dolores coronada.

El que nació en las vírgenes florestas

del mundo de Colón, al ver la aurora
del suspirado día,
contra su pecho estrechará al que llora
envuelto entre los hielos
del polvo boreal; la culta Europa,
impulsada por Dios, dará al espacio
sus bélicos pendones,
y unirá con su brazo las naciones.

Y Asia renacerá; pero otra vida
de gloria y de ventura
en el callado porvenir la espera;
la antorcha del cristiano
las sombras romperá con que otro mundo
tiñó la faz del criminal tirano;
de la Cruz a las plantas
todos los hombres hundirán sus frentes;
¡Hermano!... sonará de polo a polo,
¡Hermano! ¡Hermano! cantarán los mares
al besarlos unidos continentes;
y a ese grito sublime

Asia alzará sus sienes veneradas...
atrás, raza infeliz; corred, panteras,
a esconder en las hondas madrigueras
vuestras garras de roca ensangrentadas...!
Mirad cual espantados
baten el rojo suelo
de los tristes desiertos abrasado,
los salvajes corceles
golfos de espuma levantando al cielo;
oíd el acento humano
cruzando los abismos
del insondable mar, desde las playas
que baña el Indo con sus raudas olas,
hasta la gran ribera
bordada de banderas españolas;
corta el vapor las pálidas espumas
del Indo asolador; el gran desierto
siente rodar cortando sus arenas,
la audaz locomotora
que fabricó el esclavo
por mandato de Dios con sus cadenas.

Sobre las altas cumbres de Himalaya,
el lábaro triunfal al viento ondea;

del Líbano frondoso
la corona de cedros rueda al suelo,
y de sus troncos duros
que besaron las brisas pasajeras,
fabrica el cristianismo
las astas de sus mágicas banderas.

Todo, todo será porque la aurora
del porvenir radiante
profetiza ese mundo y esa hora.
Asia despertará; de entre ruinas
se alzarán el poderío
sacudiendo los fúnebres escombros,
sábana inmensa de su espectro frío,
y poniendo en su frente una diadema
más pura, más brillante
que en los pasados siglos,
con esfuerzo gigante
caminará sobre su yerta historia,
al templo de la luz y de la gloria.

Los pueblos se unirán; el pensamiento
dejará tras de sí las sueltas alas
del indómito viento:

sobre los trozos de las piedras rotas,
pedestales de un Dios falso y horrible,
se alzarán templos santos
al verdadero Dios; en vez del grito
del salvaje cruel que errante mora,
subirá al infinito
la voz de un pueblo que de gozo llora;
Jerusalén se tornará a la vida;
del Gólgota en la frente funeraria
la humanidad llorando arrepentida
levantará a los cielos su plegaria,
y la sangre de Dios, que allí rodando
gota a gota cayó sobre la frente
del mísero mortal, se irá borrando
del llanto eterno con la eterna fuente.

De la Arabia infeliz, brotarán flores;
torrentes cruzarán por las arenas
de la Persia abrasada
por el sol más ardiente coronada;
de la Siberia en el recinto solo

el mágico estandarte de la ciencia
espantará los témpanos del polo,
y Asia verá en su suelo
el verdadero pedestal del cielo.

.....

Y ya se acerca el día,
sus tímidos fulgores,
arrancan a los tiempos precursores
cantares de esperanza y alegría;
porque esa luz que riela
sobre el azul de los tendidos cielos,
es la que hará mañana
con su hálito fecundo,
de todas nuestras tierras, solo un mundo;
un hombre solo de la raza humana.

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman, tocando a muerto,
la campana y el cañón;
sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse a otras regiones,
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras, porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡a ti, a quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron:
a ti, por quien se inclinaron
los mundos de zona a zona;
a ti, soberbia matrona,
que libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona!..

Do quiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,

allí un sepulcro se eleva,
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el África, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Tembló el orbe a tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
canta tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...;
porque indómitos y fieros
saben hacer tus vasallos,
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aún hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta a mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre
con ansia abriré la historia;
presta luz a mi memoria,
y el mundo y la patria a coro,
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquél genio de ambición
que en su delirio profundo
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nación,

hirió al ibero león
ansiado a España regir;
y no llegó a percibir,
ebrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser,
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar:
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron,
gritando: ¡Venganza y guerra!

La virgen con patrio ardor
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio a muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate, y muere:
tu madre te vengará...!»

¡Y suenan patrias canciones
cantando santos deberes;
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones;
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba!...

.....
¡Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad!...
en la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero

jura con rostro altanero,
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

EL AMOR DIVINO

(Soneto)

La esclavitud en el amor adora,
y la miseria en los altares clama;
la pena llega a Dios, cuando le llama;
el hombre llega a Dios, cuando le implora.

Ya la estatua del mundo vencedora
no es el guerrero que postró a la fama;
es el martirio que a Nerón infama;
es el pecado que en el templo llora.

Los que lloráis... ¡amad...! grande y fecundo
rompe el amor los lazos con que oprimen
el vicio infame y el dolor profundo;

ante su altar esperan los que gimen;
una explosión de amor, dio vida al mundo,
otra después, lo redimió del crimen.

EL PAN EUCARÍSTICO

(Soneto)

Tú nos diste la luz, nos diste el viento,
la cumbre secular, y el oceano;
con tu gigante y poderosa mano,
hiciste al mundo del mortal asiento.

Tú nos diste el amor y el sentimiento
y el genio de las artes soberano;
tú bajaste a la tierra, como hermano
de la criatura que te alzó el tormento.

Tú diste al hombre del saber la palma;

la fe que alumbra; la razón que advierte;
la religión que los pesares calma;

¡y grande, santo, generoso y fuerte,
te diste Tú, como manjar del alma,
al mundo infame que te dio la muerte...!

A. G.

(Epístola)

Deja que lllore el corazón, dichoso
con poder aún llorar; la vida entera
es un gemido largo y doloroso,
y al extenderse en la mundana esfera
el que del genio la corona ardiente
con ansia loca levantar espera,
si oye el gemido lúgubre y doliente
que brota de la raza pecadora,
al sentirla llorar sus penas siente.

Por eso en mis canciones, no sonora

se alza la voz que adula en torpe canto
al que entre el mármol del alcázar mora;
a más altura mi cantar levanto;
hermano de la raza dolorida,
mi plectro es el dolor; mi voz el llanto.

Mas al buscar en mi alma conmovida
una cuerda dulcísima y templada
que responda a las penas de la vida,
recuerdo tu amistad, y una balada
de encantada ilusión el plectro toca,
purificando el ánimo cansada.

Tuya es la inspiración; el arpa loca
por ti despedirá blandos sonidos,
y brotará el raudal sobre la roca;
porque en ti ven mis ojos abatidos
la infancia y la virtud; las horas suaves
que pasaron sin penas ni gemidos.

Nuestras almas, unidas cual las naves

que del seguro puerto al mar lejano
juntas se lanzan por las olas graves,
del puerto a la infancia soberano
partieron para siempre, y hoy se agitan
en medio del indómito oceano.

Las horas a las horas precipitan
en el abismo horrendo de la nada;
rugen los mares y los vientos gritan,
y ante el altar de la amistad sagrada,
nuestras almas escuchan suspirando
latir doquier la humanidad cansada.

Por el mundo infeliz vamos cruzando,
de las de ayer venturas ideales
las purísimas flores deshojando.
El dulce hogar; las dichas virginales
que alumbró con su rayo la ventura,
se debilitan ya; las celestiales

horas de amor, que libres de amargura
reflejaban del alma la alegría,
huyeron para siempre; el agua pura,
llanto del corazón que fuera un día
símbolo de inocencia, ya no brota

de nuestros ojos tristes; la agonía
ha sucedido a la ilusión remota,
y del placer perdido sólo queda
el bien llorando y la esperanza rota.
Enlutado el destino, ver nos veda

el mañana risueño o esplendente
que guarda nuestra mísera vereda;
la paz huyó del pensamiento ardiente,
y el sol de la ambición con rayo impuro
ilumina las sombras de la mente.

¿Qué ha pasado en nosotros? Al seguro
plácido hogar, que cándida alegría
brindaba al pecho delicado y puro,
ha sucedido la borrasca impía,
donde ruedan al par la fe y el oro
entre el grito salvaje de la orgía.

Al lloro verdadero, el falso lloro;

la duda a la creencia; el desvarío,
al de sencilla paz dulce tesoro;
al irritado mar, el blando río;
la envidia, a la amistosa confianza,
y el te adoro... asqueroso, al ¡hijo mío!

Apenas se divisa en lontananza
el arbol de la pasada historia
que ilumina cansada la esperanza,
y al recordar nuestra perdida gloria,
si el pasado se acerca a nuestra frente,
es un nuevo tormento su memoria.

Del falso mundo en la voraz corriente,
impulsada al azar tiende su vela
la barca ruda del delirio ardiente;
pedazos de ventura son la estela
que deja tras de sí, y al puerto oscuro,
a impulso del dolor, remando vuela.

Y se extingue la paz; el viento puro
que nos meció tranquilos en la cuna,
huye en las alas de huracán impuro;
la plegaria que en notas una a una
brotó de nuestros labios, se convierte
en un eterno grito a la fortuna:
el mundo en divertirnos se divierte;
y sin aliento, con fe la rendida,
llegamos a las puertas de la muerte.

¿Qué nos queda después de la partida?
Al pecador, ¡el bárbaro tormento
de recordar las penas de la vida...!
Volvamos a nacer; deja un momento
que el espíritu triste y fatigado,
a la infancia feliz vuelva su asiento.

Mira el valle florido; mira el prado
donde el lirio regala sus aromas
al purísimo ambiente aletargado;
mira cruzar por las tendidas lomas
con dulce vuelo y cántico amoroso,
bandadas de blanquísimas palomas;

el pastor agitado y afanoso,
la hoguera anima que su luz derrama

por medio del rebaño silencioso;
tiende en la roca su modesta cama;
reza después, y el vigilante alano,
se estira a su placer junto a la llama;

¡Dios te guarde! murmura el aldeano
al pasar junto a ti; tras su tarea,
el fiel arrendador toca tu mano;
el aura de la tarde juguetea
con la vid y el olivo, y se oye lejos
el toque de oración sobre la aldea.

Del moribundo sol a los reflejos
en ella estás; tus padres venturosos
te llenan de caricias y consejos,
y a la luz de los robles que frondosos
te daban sombra en el pasado día,
te duermes en sus brazos amorosos...

¡Qué piélago insondable de agonía
nos separa del cuadro bosquejado
por el pobre pincel del alma mía...!
¿Qué encuentras ante ti? Marchito el prado;
el sol sin luz; la fuente sin rumores;
el cielo melancólico, enlutado...!
Si sueñas de la gloria los fulgores,
presientes el desprecio en tu carrera
y a tu noble ambición matas las flores;
la sonrisa del ángel que te espera
la miras sin placer; áspera y ruda
juzgas la voz de la amistad sincera;
la dulce paz a tu mirar se escuda,
y ves en un lugar cubrir al mundo
la sarcástica sombra de la duda.

Un ¡ay! terrible, de dolor profundo
se escapa de mi voz; mi alma se aterra
ante el charco doliente e infecundo...!
Lágrimas, sangre, destrucción y guerra;
mengua, ambición, mentira y desvarío,
son las flores que crecen en la tierra.

De las pasiones el hirviente río
arrastra sin cesar al triste humano
de la negra maldad al mar bravío.
Y allí desciende hasta el abismo insano,

si de la fe la tabla bendecida
no se viene a poner junto a su mano.

El amor, la esperanza apetecida
sueños tan sólo son que el alma crea!...
padecer y llorar... ¡esta es la vida...!

.....
Crucemos el océano que bravea
férvido a nuestros pies, fijos los ojos
en la luz de la fe que centellea.
No miremos los míseros despojos
que arrastra el vicio hasta el abismo impuro,
ni al infame placer que causa enojos.

Fija la vista en el celaje puro
que cubre el puerto del amor bendito,
volemos a él con ánimo seguro.
Si del dolor nos despedaza el grito;
si donde quiera al corazón alcanza
el eco pavoroso del delito,
sostengamos la fe, por confianza
de otro mundo mejor, que da la muerte
en pago de la vida, la esperanza.

Padecer y llorar no es para el fuerte
espíritu cristiano que refleja
la luz que Dios para el cristiano vierte;
si el torrente del mundo nos aleja
de lo que el alma adora, el desgraciado
al cielo subirá queja por queja.

El hombre con la huella del pecado
no puede hallar la paz apetecida
en el mundano mar siempre agitado;
pero al fin de su mísera corrida,
el bueno enjuga en el azul del cielo
las lágrimas ardientes de la vida.

Oye mi voz, amigo; oye el consuelo
que la amistad cual bálsamo amoroso
lleva a tus penas con amante anhelo.
Ten esperanza, y vivirás dichoso;
ama la fe; del corazón arroja
el áspid de la duda venenoso:
vuelve al árbol del bien hoja tras hoja
las que arrancó el dolor preciosas flores;

huye del mal que el corazón enoja,
y teniendo por gloria tus dolores,
sigue el camino que hasta Dios avanza,
¡y adorarás la vida, en la esperanza
de gozar más allá mundos mejores...!

EN EL ESCORIAL

(Meditación)

I

Quiero un templo levantar
que siempre mi gloria cante;
mole soberbia y gigante
que haga sentir y temblar.
Templo de aspecto profundo;

ascético, grave, santo;
que pese a la tierra tanto,
como mi poder al mundo;
que alce en su frente sombría
como ésta, que al orbe arredra,

una corona de piedra
tan grande como la mía;
y que de mi vuelo en pos
mi sepulcro cobijando,
quede tras de mí, cantando

mi grandeza, y la de Dios.
Tal dijo un rey altanero
al ver con fiero abandono,
cómo flotaba su trono
por cima del mundo entero.

Quiero un templo...; ante esta ley
de aquel monarca potente,
el mundo bajó la frente
para obedecer al rey:
presa de su despotismo

se agitó la muchedumbre;
el hierro saltó a la cumbre
desde el fondo del abismo:

por los valles y los montes
llegaban con ansia loca,

la plata, el mármol, la roca,
de lejanos horizontes:
toda la tierra en tropel
mandaba frutos a coro;
los Andes sus granos de oro;

sus mármoles Macael;
y por la mar cristalina
llegaban a nuestros puertos,
cedros de Armenia, cubiertos
con la túnica latina.

Del genio ardiente en la mano
se agitó el cincel divino;
el artista peregrino
trazó su gigante plano,
y entonces un pueblo entero

cantó a Dios con voz potente;
saltó la roca rugiente
del pavimento severo;
los mármoles seculares
lanzaron místicas luces;

del hierro, brotaron cruces;
de los peñones, altares:
en honda creciente brava
cedió un monte palmo a palmo;
cada peñón era un salmo

que a Dios el mundo cantaba;
y era porque el genio en pos
de su eterna y santa ley,
queriendo cantar a un rey
alzaba su canto a Dios...!

II

¡Esa es la mole... ese es
el templo que el mundo canta;
hoy que ante mí se levanta,
tiemblan cobardes mis pies!

Esa es la bóveda oscura
que hacia los sepulcros guía;
aquella tumba sombría,
es del rey la sepultura.

¡Pobre monarca...! ahí, está...;
es su nombre, y es su losa:
de su grandeza enojosa
sucio polvo queda ya.

El templo que al sol se lanza
rey de montes y nublados,
sus cimientos apretados
en las tumbas afianza;

así con planta segura,
nublando todo contento,
se elevó el remordimiento
sobre su conciencia impura;

y así de lo eterno en pos
humillando orgullo y nombre,
sobre la nada del hombre
se eleva el todo de Dios!...

.....

¡Sepulcros!... oscuridad...
luz que sollozando expira...
¡aquí dentro se respira
la nada, y la eternidad!

En esta mísera zona
donde todo espanto vierte,
duerme el sueño de la muerte
polvo que ciñó corona.

¡Ahí están!.. sus nombres son...
todos siguiendo el destino,
cruzaron por el camino
que hay del trono al panteón.

En las urnas funerales
duermen con sueño profundo;
¡semejantes ante el mundo,

hoy son en la muerte iguales!

El silencio a orar convida;
todo espanta; todo arredra;
sobre las urnas de piedra
está la noche dormida.

En el fondo, ante la luz
que alumbra mal a los muertos,
Dios con los brazos abiertos
nos llama desde la Cruz;

y entre la niebla incolora
que flota en cortina densa,
una voz murmura... ¡piensa!...
y otra voz repite... ¡llora!...

¡Ah!... mi cabeza se agita
y en el vértigo se inflama;
¡Felipe!... el mundo te llama;
un siglo en mi voz te grita.

Ante los juicios humanos
alza tu cabeza inerte;
¡despierta!... que ni en la muerte
deben dormir los tiranos!...

Tú quisiste en tu ansiedad,
ebrio de eterno renombre,
reasumir en solo un hombre,
a toda la humanidad:

tú de grandeza sediento
clavaste el brazo iracundo,
ansiando parar del mundo
el eterno movimiento.

Todo en vano... el mar bramó
con hondo bramido fuerte;
llegó a tu lecho la muerte;
la mar sobre ti saltó.

El pensamiento con ira
estalló en volcán de gloria:
si quieres saber su historia,
despierta, monarca, y mira!...

.....

La mar, la montaña, el viento,
la nube audaz, la caverna,
todo se agita en la eterna
túnica del pensamiento.

Lleno de noble ambición
el hombre estudia valiente,
la serenata potente
de los mundos en montón.

Ardiendo en santo heroísmo
sobre los mares se inclina;
todo su luz ilumina;
ya no hay sombra... no hay abismo.

Impulsa raudos vagones
por entre rocas severas;
hunde las viejas barreras,
valladar de las naciones;

con esfuerzo soberano
rápido, libre, sereno,
lanza por medio del trueno
todo el pensamiento humano;

y el rayo audaz, que a través
del nublado oscuro arde,
como un esclavo cobarde
muere y se apaga a sus pies.

Los opuestos continentes
unidos por siempre quedan;
ciudades de lino ruedan;
sobre todas las corrientes.

En el abismo, en el mar,
en los tímpanos polares,
en todo el globo hay altares,
todo el mundo es un altar.

Y el hombre lleno de amor
en su carrera inspirada,
no se complace en su nada,

sino que canta al Señor.

.....
Mar el espíritu humano
tinieblas ayer ceñía;
el sol del alma dormía
lejos de aquel oceano.

Ni una costa, ni un rumor
sobre aquella mar que asombra;
ancho piélago de sombra
desde el hombre hasta el Creador.

Hoy, la razón insondable,
Colón de mares profundos,
descubre orillas y mundos
sobre ese mar impalpable.

Contempla desde su zona
dos costas que el mar oprime;
ve en una al hombre que gime,
en otra, a Dios que perdona.

Y sobre el mar cristalino,
ceñido de augusta gala,
islas que forman escala
de lo humano a lo divino.

.....
¡Ah! si en la tumba te irguieras,
rey, y la tierra miraras,
de tu orgullo te asombraras
y al sepulcro te volvieras;
que viéndote sólo, aquí,
de nuestro siglo delante,
lo habías de ver tan gigante,
que te avergonzara a ti.

.....
Basta... el ánima oprimida
vacila un punto y se aterra;
estoy cantando a la tierra
los cánticos de la vida,
en estos hondos desiertos
no dan eco las canciones;
sólo salmos y oraciones
deben escuchar los muertos.

Él, con su férrea corona
agobió a un pueblo dormido;
hoy el pueblo conmovido
pide a Dios, y lo perdona.
Este templo dejó en pos
de su mundana contienda;
¡Rey!... ¡Que el templo te defienda
ante los juicios de Dios!...

LA FE

(Soneto)

«Yo soy amor, y del amor camino;
soy blanca nave del sagrado puerto;
por mí postrado en el peñón desierto
canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino
que cruza el mundo de pesares yerto;
soy árbol santo del eterno huerto;
rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarrar y llora;
sin mí el dolor sus amarguras vierte;
sin mí el sepulcro con furor devora:

aspirando mi luz, el alma es fuerte;
la pena se hace amor; la noche aurora;
la tumba claridad; faro la muerte.»

¡LÁGRIMAS!!...

I

¡Espectro del dolor! dame tu lira;
quiero cantar; el alma fatigada
por derramar sus lágrimas suspira...!

Quiero cantar... ¿y a qué? De los placeres
el vaso está ante mí; fúnebre y triste
ya no hierve en su seno envenenado

el infernal licor; de rojo viste
su dilatada boca,
que horrible y seca a delirar provoca.

Ayer yo lo veía;
el néctar en sus bordes serpeaba,
y delirante el corazón saltaba
cuando del néctar infernal bebía:

fantasmas de placer con dulce encanto
brotaban de sus férvidas espumas,
cubriendo con su manto

mi cabeza infeliz: hoy... triste y seco
se muestra al pecho mío,
y de su fondo hueco
en lugar del placer, se alza el hastío.

II

¡El amor cantaré! ¡Vana quimera!...
¡Qué bien suena esa voz! Es el gemido
del arpa que se extiende
por el fondo del bosque adormecido;
la plácida aureola
que de mi ayer el cielo tornasola;
más ¡ay! que al eco sin igual doliente,

de sus inciertos sonos,
resbalan sollozando por la frente
las sombras de mis muertas ilusiones!

Ayer, siguiendo por mi vida inquieta,
mujeres vio cruzar cual devaneo
mi frente de poeta.

La una, en sus sienes virginal corona
de jazmines y lirios ostentaba;
sus flotantes cabellos
el viento acariciaba,
placer y vida respirando en ellos:

con infantil amor la otra reía,
vertiendo por sus ojos
la luz primaveral de Andalucía:

amor aquella con sus labios rojos
brindaba al corazón... ¡todo mentira...!

Yo quise amar, y ardiente, arrebatado,
por do quiera agitándome indeciso,
crucé del mundo por el seno helado,
buscando del amor el paraíso.

A sus puertas llegué y entré sereno...
una nube de sangre y de dolores
ofuscó mi razón... miré su seno,
y al ver espinas en lugar de flores,
el cáliz de mi amor brotó veneno.

III

¡Gloria!... ¡nombre sin par! También el lloro
de mi pecho arrancó; recuerdo impío
salta a su nombre en mi cabeza ardiente,
desde el sepulcro del dolor sombrío.

Era mi ayer; sus arrulladas horas
en el regazo maternal durmiendo,
pasaban sin sentir; alegre el mundo
me brindaba sus flores;

la dulce voz de su cantar sonoro;
su fortuna, su gloria y sus amores:
en medio de tal bien, ¡adiós! un día
con dulcísima voz, triste me dijo
llorando sin cesar, la madre mía...

¡Me voy lejos de ti!; seguirla quise,
mas la losa cayó; creció mi duelo,
y los ojos del alma la miraron
tras del plácido azul buscando el cielo.

Entonces deliré; gemí cantando;
necesité para llorar la lira
y loco la busqué; toqué sus cuerdas...
mas al tocarlas del dolor herido,
las que tristes sonaron
bajo mis manos trémulas saltaron,
y el arpa rota moduló un gemido!...

Y maldije... y canté; mas ronco y seco
mi canto de dolor do quier retumba
llorando sin cesar, ¡porque es el eco
de una lira templada en una tumba!...

Y canté la ilusión: y la amargura,
la noche del pesar, el desvarío,
la esperanza, la fe, la desventura...
y el mundo en tanto, a mi alrededor impío,
al escuchar mis voces angustiadas,
tranquilo convertía
mis himnos de dolor en carcajadas!...

IV

Hoy... ¡Adónde voy ya!; cansado y solo
como el triste y errante peregrino,
encuentro por do quiera
tapizado de espinas el camino.

¡Adónde, adónde llevaré las flores
que arrojen mis cantares,
si son falsa ventura los amores
y abrasan de la gloria los altares!...

¿Mis penas cantaré? ¡Mas no...!; serena
una voz en mi pecho estremecido
con acento dulcísimo resuena;
un reflejo de luz mi frente toca;
es la luz de la fe, que la esperanza
eleva al cielo desde el alma loca.

¡Tú eres, Señor...!; conozco tu mirada
en ese rayo espléndido y sereno
que ilumina mi frente fatigada;
Tú, que al mortal que llora,
consuelas con la célica esperanza
de otra vida más bella y seductora
a cuyo seno la razón no alcanza.

¡Tan bueno y te olvidé!... perdón, Dios mío...
consuela mis pesares...;
como al férvido mar camina el río,
mis cánticos irán a tus altares.

Si te ofendí con delirante anhelo,
ya te bendigo con afán profundo;
¿quién dedica sus cánticos al mundo,
estando Tú tras el tendido cielo?...

EL ARTE MUSICAL

Poesía

Arte santo y poderoso,
tu grandeza al mundo llena;
alto y soberbio en la escena
y al pie del altar glorioso,

cantas allí la pasión
dando enseñanza y ejemplo;
aquí, columna del templo,
sustentas la religión.

El amor, la desventura,
la sublime gloria humana;
la fe potente cristiana
que nuevos mundos augura;

el dolor... estatua fría
que en el corazón reposa;
la ventura misteriosa,
la negra melancolía.

Todo a tu aliento sonoro
toma forma y resplandece;
todo se agiganta y crece
si reclama tu tesoro.

Fuerte ayer, alto, potente,
te vio la historia del mundo;
alto, sublime y profundo
te ve también el presente.

David, Moisés, Isaías,
espíritus colosales,
en tus ritmos inmortales
grabaron sus profecías.

La altiva Salem inquieta,
te oyó con profundo espanto;
tú diste notas de llanto
a los salmos del profeta.

Sublimaste la canción
que la tribu a Dios alzaba,
cuando la mar se tornaba
sepulcro de Faraón.

Y al pueblo que en honda lid
fue del ayer vida y luz,
tú le hiciste ver la cruz
en el arpa de David.

Grecia te elevó con brío,
y Roma te alzó en victoria;
por un laurel de tu gloria
dio Nerón su poderío;

y en las arcadas gigantes,
y en los tálamos de oro,
y en los cantos sin decoro
de Tirso y de Bacantes,

tu cetro grabó la ley
y alzó tu poder asiento;
y te adornó el sentimiento
con su corona de rey.

.....

La religión de Judea
habló contigo a las gentes;
tus acentos elocuentes
fueron buril de la idea;

la parábola divina;
los consejos celestiales;
las máximas inmortales
del Mártir de Palestina;

el versículo cristiano
que al mundo pagano doma,
resonando al pie de Roma
sin temor a Diocleciano;

el martirio... la ancha arena
que en su sangre se empapaba;
la fe santa que brotaba
deprimiendo su cadena,

todo en ti creció con brío
como en su propio elemento;
la música de tu acento
dio a los hechos poderío.

.....

Hoy, agitando señor
por los mundos tu estandarte
en cien columnas del arte
te levantas vencedor.

Aquí... Beethoven consuela;
allí da Harold su armonía;
lejos... el Ave María
cantan Gounod y Stradella.

Allá Mozart portentoso,
del arte cristiano ejemplo,
no da a las naves del templo
con su grandeza reposo.

Cimarosa, Mercadante,
Pasiello, Gluck, Palestrina;
Haydn, columna divina
del clasicismo brillante;

Donizetti, flor velada
que la pena descolora;
Bellini, cándida aurora
de una vida enamorada;

Meyerbeer, que al meditar
aterra con su sentir;
Offenbach, que hace reír,
y Thalberg, que hace pensar,

todos tu grandeza abonan
y entre sus brazos te llevan;
todos al crecer te elevan,

y al expirar te coronan.

.....

¿Mas por qué humillarse en pos
de tu grandeza que asombra,
si tú eres sólo una sombra
del arte santo de Dios?

¿Por qué ante la escena impía
ese entusiasmo profundo,
cuando es un cántico el mundo,
la creación una armonía...?

¿Por qué del genio altanero
nos ha de asombrar el nombre,
si a Dios lo comprende el hombre
como al artista primero...?

Artista... sí; de sus huellas
brota el genio peregrino;
su pentagrama divino
tiene por notas... estrellas.

Fuente de todos los dones,
genio del genio fecundo,
ve nacer de cada mundo
millares de inspiraciones.

Él, a Thalberg el cantor
del más hondo sentimiento,
presta en los gritos del viento
cadencias para el dolor;

él, agitando en los mares
la dulce brisa amorosa,
da a Bellini y Cimarosa
la noción de sus cantares;

alzando el nublado fiero
sobre el mar ronco de ira,
al gran Meyerbeer inspira
su noble canto severo;

y firmando su canción
con un signo de su nombre,

hace del alma del hombre
la lira de la creación...

Por eso al Artista Santo
mi pobre plectro se inclina;
fuente del genio divina,
su nombre bendigo y canto;

¡pues siempre es noble que en pos
del entusiasmo ferviente,
el hombre que al arte siente
salude en el arte a Dios!

RUINAS

(Soneto)

Arcos, templos, columnas seculares
ceniza son no más; en polvo vano,
Sidó reflejo del poder humano,
ve rodar sus sepulcros y sus lares,

de Roma la pagana, los altares
se hacinan sobre el mundo grano a grano;
Venus sin tronco, sin cabeza Jano
coronan sin pudor los muladares.

Los gimnasios, el circo, el ateneo
cayendo van; su túnica divina
cede el genio a la muerte por trofeo;

y el tiempo canta cuando así camina,
al Gran Poder, que puede a su deseo
hacer de la creación una ruina.

LA TEMPESTAD

(A Javier de Palacio)

¡Se acerca...! Yo la miro llegar con raudo vuelo;
sus fúnebres crespones cruzando el éter van;
las águilas que pueblan los ámbitos del cielo

se mecen en las nubes que arrastra el huracán.

Se acerca... a sus rugidos vacilan las montañas,
los mares se levantan con lúgubre clamor,
el viento azota rudo palacios y cabañas,
los hombres espantados se vuelven al Señor.

Resbalan por el aire las aves agoreras,
la voz de la campana se extiende en la ciudad;
intrépido el torrente carcome sus barreras;
por cima de la tierra saltó la tempestad.

.....

¡Acércate...! No tiemblo; tu aliento no me inquieta;
tu lúgubre alarido lo escucho sin temor;
elévame en tus alas y entonará el poeta
sus cánticos sublimes del trueno al estertor.

Y te alzaré al espacio en lucha fatigosa,
y al peso de sus plantas el Mundo temblará,
y en hombros de la nube con frente valerosa
al Trono del Altísimo sus cantos llevará.

Y dejaré la tierra, las nubes, el espacio:
y volará más alto del célico dosel;
y oírás latir los mundos al pie de su palacio
teniendo al sol por trono, y al orbe por laurel.

.....

Recuerdo en mi delirio que tú tienes historia,
en medio del pasado tu nombre veo brillar
y al recorrer sus velos temblando mi memoria
un mundo de recuerdos la viene acariciar.

Tú fuiste la que un día rugiendo en los espacios
llegaste a Babilonia que al Asia dominó,
y al Éufrates hirviendo lanzaste sus palacios
y el trono de sus déspotas afrenta del Señor.

La que abrasó a Sodoma; la que inflamó al Vesubio
haciéndole de fuego torrentes vomitar;
el hacha de Herculano; la madre del Diluvio;
la antorcha de Pompeya; la fe de Baltasar.

La que aterró a los hombres, aquel tremendo día
que vio alzarse en el Gólgota la antorcha de la luz,
llevando entre sus alas con ronca algarabía,
verdugos espantados a hundirse ante la Cruz.

.....

¡Acércate! no tiemblo... me encanta tu grandeza;
tus luces son mi gloria, tus truenos mi placer:
tus nubes la corona que sueña mi cabeza;
tus rayos son mi cetro, tu rabia mi poder.

Aquí, lejos del hombre, te miro frente a frente;
tú ruges, y yo canto tu bárbaro rumor;
repite sin descanso tu cántico valiente,
y no oiré de la tierra los gritos de dolor.

Que el mundo también tiene borrascas espantosas,
también rugiente trueno la altiva humanidad,
sembrando el rojo suelo de tumbas dolorosas
que cantan por do quiera su indómita crueldad.

También allí hay borrascas... Sus nubes son cañones
que rayos mil vomitan tronando en ronco son:
sus gotas son de sangre; su espacio las naciones,
su norte la esperanza, su viento la ambición.

Y así como tú rugen, y así como tú crecen;
y cuando el arco santo calmó su frenesí,
con mal oculta cólera cual tú desaparecen,
un rastro de sepulcros dejando tras de sí.

.....

Mas ya pasó la nube; las flores sus corolas
sacuden dulcemente del céfiro al amor:
el río vuelve a su cauce; la mar calma sus olas,
y en ellas se adormece tranquilo el pescador.

¡El viento se ha dormido...! El mar está sereno:
la brisa va cantando del cielo la bondad:
allá... lejos... muy lejos, se escucha sordo un trueno...
¡Es su último suspiro... pasó la tempestad!

¡Callad! que no despierte; las frentes siempre impuras,

hendid en los altares, de la plegaria en pos:
pedid misericordia... romped las vestiduras...
para espantar al crimen...! ¡La tempestad, es DIOS...!

A UN PLAGIARIO

(Soneto)

Ratero del Parnaso; bardo huero;
Petrarca en comisión; sabio anarquista;
del divino jardín contrabandista;
Judas del arte; sacristán de Homero;

acólito del genio verdadero;
de ajeno capital, capitalista;
conquistador sin medios de conquista;
Moreto de cartón; Tasso de cuero;

detén tu audacia ya; de tu delito
se ocupan, rebuscándote un fracaso,
cuantos aman del arte lo infinito;

y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado a las musas por escrito
que haya Guardia civil en el Parnaso.

EL MEDITERRÁNEO

(Oda)

(Al Sr. D. Fernando López García)

Mar de la historia; absorto en la ribera
que enfrena tu poder; oyendo el grito
indómito y rugiente
del huracán que rápido levanta
en desorden los rizos de tu frente,
yo te voy a cantar; el alma mía
oye con ansia loca
tu eterna y portentosa melodía;
y ve en tu faz inquieta
la inspiración y el arpa del poeta.

Yo te voy a cantar; calma un instante
tu faz soberbia; ten ese rugido
que brota de tu seno delirante,
y cruzando los golfos de la historia
ensalzaré tu nombre
y humillaré tus bárbaros cantares;
porque el alma del hombre,
es más grande que el mundo y que los mares...!

.....
.....

Tú eres el mar que el corazón admira;
no el mar rugiente que de polo a polo
revolviéndose en sábanas de espuma
se alza terrible y solo;
ni el mar alborotado
que del África al pie, nunca sereno,
se asienta en el abismo
y se corona con el ronco trueno;
ni aquel otro magnífico Oceano
que gira en espumante remolino,
hasta besar del Asia envilecida
las graves cordilleras
asentadas en Dioses; ni el mar bravo
que por el genio de Colón esclavo,
mostró arrancando asombros
al antiguo y soberbio continente,
un camino de luz sobre su frente,
y un mundo virginal sobre sus hombros.

Pero tú eres el mar de lo pasado;
libro gigante de hojas cristalinas,
que refleja en sus páginas brillantes
tronos, palacios, tumbas y ruinas.

.....

Tú eres el mar altivo y poderoso
que en roncós tumbos sin cesar tronando,
levantaba las naves
de Cartago y Bagdad; el mar soberbio
que llevaba la púrpura de Tiro
a las rocas de Calpe; el que escuchaba
los cánticos impuros

del fiero Baltasar, y oyó el gemido
del Asia que se hundía,
dejando sobre el mundo estremecido
la eterna maldición de su agonía.

El que sintió sobre su faz la sombra
del alto Partenón, y miró alzadas
en sus playas amenas,
las estatuas magníficas de Atenas
al cielo por el arte arrebatadas;

y a luz del volcán con ronco acento
de fuego entre un diluvio,
empujó al Oceano
los mármoles y templos de Herculano
revueltos con la lava del Vesubio.

Tú, el poderoso mar que arrancó al Nilo
el cetro y la corona
que ostentó Faraón; el mar severo
que en toda la extensión de su ancha zona
acompañaba con rumor tranquilo
los cánticos de Homero,

y escuchó entre el rumor de la batalla
el grito de la Grecia
que llorando su gloria
se arrojaba a la tumba dolorida,
dejando sobre el libro de la vida,
la página gigante de su historia.

El que vio levantada en sus riberas
a la ciudad de Rómulo
coronada de estatuas y jardines;
y miró sus banderas,

espanto de las águilas, cubriendo
con sus anchos crespones
al pueblo rey, que bajo infame yugo,
estrechaba con brazos de verdugo
la virgen libertad de las naciones.

Y vio a aquel pueblo un día
temer y vacilar bajo la planta
de un siglo vengador; y lo vio luego
rodar arrebatado por sus leyes,

dejando con sus hábitos de guerra,
a los pueblos dolor; sangre a los Reyes,
y sábanas de muertos a la tierra.

El que sin calma en hondo remolino,
acariciando el túmulo de Roma,
vio alzarse en sus ruinas
al cristiano valiente
escribiendo su código fecundo

con sangre de Jesús, y miró un día
retratada en sus líquidos cristales,
la Basílica inmensa
que se lanzó al espacio

de Miguel Ángel al potente anhelo,
ofreciendo con cántico profundo,
un pedestal a Dios; a la fe un mundo,
y un escalón al arte para el cielo.

.....
Tú eres el mar que el corazón admira;
mudo testigo de la furia humana,
has sentido rodar a los imperios
tumba buscando en tus revueltas olas;
has visto a las legiones
de cien Reyes y cien, cubrir tu frente
de víctimas y horror; a los reflejos
del rayo esplendoroso,
luz de la tempestad, has visto alzado
el puñal homicida
sobre el trono sangriento; entre el rugido
del trueno pavoroso,
corona de los Alpes, has oído
la voz de los tiranos
que en espantosa guerra
se arrancaban ansiosos de las manos,
cubiertos de baldón, cetros de tierra.

Y siempre igual, tranquilo o espumoso,
indiferentes lanzas tus raudales
de los Sirios hirvientes arenales
al Atlántico mar, y de la zona
que cubre con sus mármoles Venecia,
a la tumba de Grecia
que con trozos de mundos se corona;
y te revuelves con terrible canto

sujetando del Ebro la corriente,
y azotas el cadáver del Oriente
en el revuelto golfo de Lepanto.

.....

¡Cómo te admiro, mar!...; si el alma mía
frenética tuviera
de todo el universo la armonía;
la voz del huracán, y la del trueno;
y el canto del alud que se desata
de la soberbia cumbre; y el rugido
de la alta catarata
que rueda por la sierra,
y se sepulta en remolino ciego
buscando en las entrañas de la tierra
el germen del volcán; si yo pudiera
reunir en uno solo
los gritos de las mil generaciones
que poblaron la frente de la esfera,
al compás de tu ronca algarabía
mi poderoso acento
el pasado a la muerte arrancaría.

Porque el alma delira y se conmueve
cuando al mirar tus golfos cristalinos,
oyendo enamoradas barcarolas,
descorre del pasado los misterios
y piensa ver sobre tus crespas olas
agitando sus tumbas cien imperios.

Y al escuchar el canto pavoroso
del lúgubre cañón que al bueno aterra,
llamando con voz fuerte
al ángel de la muerte
con la trompa del ángel de la guerra,
inmenso rayo el porvenir alumbra;
y apartando cadenas y cañones,
la mente conmovida
mira alzarse otro mundo y otra vida,
sobre el polvo de cien generaciones...!

.....

¡Quién sabe...! acaso un día
feliz y libre la familia humana
vendrá tranquila a remover tu frente;
tus roncadas olas abrirán camino

a las velas de todas las naciones;
por la estrecha garganta
del Atlántico mar, vendrán las naves
que en sus aguas levanta
el raudal Misuri, con las coronas
de frutos y de flores
que crecen de la América en las zonas,
del espléndido sol a los fulgores;
y vendrán cual ofrenda de otros mares
las naves del Japón; y las que rompen
de los polos los hielos seculares;
las del Obi, del Ganges y del Lena,
con las que empujan hacia el mar sonoro,
el Rhin soberbio y el sangriento Sena,
y el Tajo puro que se arrastra en oro.

Y rodarán tus transparentes olas
sin víctimas ni horror; y el blanco lino
enjugará la sangre derramada
en Génova, Lepanto, y Navarino;
y el humo de la audaz locomotora
se unirá con el humo
del buque altivo, y se alzarán al espacio
plácida nube en delicado vuelo,
llevando como fruto de la guerra,
el beso de la mar y de la tierra
a los azules pórticos del cielo.

El día se acerca ya; la ciencia osada
carcome tus riberas
para enlazarte al piélago iracundo
que va del Indo a la región del hielo,
y se empuja con ronca algarabía
desde el África ardiente a la Oceanía.

En breve otro Oceano
a ti se enlazarán; montes de espuma
rodarán por la arena
desuniendo los viejos continentes,
y la Europa, calmando sus pesares,
estrechará con canto soberano,
del Asia vieja la fecunda mano
en la ronca garganta de dos mares.
Y empezará otra vida;
y el Mundo entero acercará la hora
en que hermanas y unidas las naciones,

esclavo todo de la humana ciencia,
sin armas, sin legiones,
con solo una misión y una creencia,
la Humanidad en su potente vuelo
sepultará al error hecho pedazos,
y al fin hará con sus potentes brazos,
escala el mundo, de su patria el cielo.

LA REDENCIÓN

(Soneto)

Se alzó la cruz; su rayo soberano
rompió el altar del paganismo impuro;
el alto Partenón antes seguro,
templó su orgullo ante el dolor pagano.

Desde el leño divino el sol cristiano
postró la niebla destrozando el muro,
y cayeron de horror en antro oscuro
Júpiter y Plutón, Saturno y Jano.

Veinte siglos pasaron; el madero
que Palestina alzó, tiende triunfales
sus santas ramas sobre el mundo artero,

y anuncia el estandarte a los mortales,
que ha de dormir el universo entero,
al rumor de sus hojas celestiales.

LA EXPIACIÓN

(Balada)

Llorando está el pescador
a los pies de la que adora;
«Ven», la dice, «a ser señora
de mi barco, y de mi amor;

yo endulzaré tu pesar;
bendeciré tu abandono;

mi barquilla será un trono,
y tú la reina del mar;

y besará nuestro Edén
la luz que en el mar riela;
y el viento dirá a la vela
nuestra dicha, y nuestro bien.

Sígueme...» Y la niña impía
al pescador acompaña.
Y no escucha en su cabaña
de su padre la agonía;

y van en la barca huyendo
del céfiro al soplo blando;
y siguen ellos gozando
¡y sigue el padre muriendo...!

De repente, el huracán
riza el piélago bravío;
ruge el trueno en el vacío
con incomparable afán;

allá... en la roca gigante

se eleva triste un anciano;
tiene tendida la mano
sobre el golfo palpitante,

y de la borrasca al son,
que el eco de Dios remeda,
ronca y formidable rueda
la paterna maldición;

y los dos amantes gimen
a aquella voz que estremece,
y hasta la barca parece
que se espanta de su crimen:

y al fin con grito fatal
del mar al empuje fuerte,
ruedan sábanas de muerte
sobre el lecho criminal.

.....
.....

¡Hijos, arrojad en pos
cuanto a la virtud no cuadre,
pues cuando maldice un padre
está maldiciendo Dios!

Suspiros de una madre
Duerme; en su sueño inocente
parece que a mí me nombra:
no se agita ni una sombra
por el cielo de su frente.

El ángel de la inocencia
la cobija con sus alas;
la dan las rosas sus galas
y los claveles su esencia,

y un rayo de luz, mendiga
de su aliento los olores;
¡madre de los pecadores,
que el Señor me la bendiga!...

Yo llevaré a tus altares
lirios, nardos y azucenas;
yo le contaré tus penas

cuando entienda de pesares,

«Mira», le diré, «hacia aquí»,
mi dedo en el cuadro fijo;
«Esa es la Madre, ese el Hijo,
murió por salvarte a ti».

Mas ¡ay! que en el tiempo vario
no la miren mis amores,
con la cruz de los dolores
caminando hacia el Calvario.

¡Si siempre estuviese así!...
Si yo la viera en mi anhelo
abrir los ojos de cielo
sólo por mirarme a mí!...

Si hicieses, Virgen María,
calmando mi angustia loca,
que no dijese mi boca

nada más que... ¡Madre mía!...

Y que mis brazos por lecho
tiernamente le guardaran
y que nunca la arrancaran
del sagrario de mi pecho...

.....

Mas ¡ay! el tiempo vendrá.
Mi voz la dará sonrojos;
lágrimas veré en sus ojos,
¡y por mí no llorará!

Y sufriré su desvío
aunque triste no me asombre,
y oiré en sus sueños un nombre...
¡y el nombre no será el mío!

Y tras de dichas extrañas
aunque a su amor no le cuadre,
harán que olvide a su madre
los hijos de sus entrañas.

Y cuando triste sucumba,
y extienda mi brazo anciano
¡quizá no encuentre su mano
para bajar a la tumba!

.....

Vedla; su sueño profundo
lo arrulla el plácido ambiente;
un cabello de su frente
vale más que todo el mundo.

Que no la despierte el canto
de mis pensamientos fijos;
¡ay! el amor de los hijos
lo pagamos con el llanto.

EL HEROÍSMO POLACO

(Canto)

¡Astro del porvenir, sol de la historia...!
¡Cantores del Morbén y del Parnaso,
que ilumináis el mundo de la gloria!
¡Tumbas de las Termópilas; oscuras,
abrasadas ruinas

de Sagunto y Numancia; humilde Roma,
que mísera te inclinas
presentándote al hombre
como eco solo de tu augusto nombre...!
¡Olas de Trafalgar! rugientes olas,

que sois por nuestro orgullo
capiteles de tumbas españolas...
prestadme inspiración... el arpa inquieta
ansiosa de cantar, rompe en sonidos
que se escapan del alma del poeta;

arda en potente inspiración tu llama...
con hálito de gloria
la libertad me inflama.
Necesito cantar, como el torrente
precipitarme al Rhin ronco rodando

del soberbio Montblanc por la pendiente;
como el nublado oscuro
lanzar el rayo de su seno impuro;
como el volcán que ruge delirante
en piélagos de fuego,

indómito brotar, tras sí dejando
al ronco mar bramando,
al mundo conmovido, y al sol ciego.

.....

¡Escuchad! ¡Escuchad! Sobre las olas
del Vístula rugiente
un grito ronco de venganza suena;
es de un pueblo gigante; en hora impía
la Mesalina vil, la reina impura
que en medio de la orgía
agotaba el licor de la locura;

la que con pecho insano
llevaba eternamente

el deleite en la frente
y el dogal de los pueblos en la mano;

la que humillando crímenes de Roma
heredó de Cartago el despotismo,
y el fuego impuro que abrasó a Sodoma;
la que empujó sus bárbaras legiones
desde el Cáucaso al Rhin y en son de guerra
hizo temblar a la espantada tierra
con la vil convulsión de sus pasiones,

sobre ese pueblo manantial de bravos
sangrienta se arrojó; montes de muertos
humillaron las cumbres altaneras;
vencieron los esclavos,

y el ángel bueno con dolor profundo
miró tras la victoria,
que era estrecha la gloria
para guardar los mártires del mundo.

Desde entonces Polonia desolada
lloró bajo ruinas
como Roma muriendo abandonada;
cien veces altanera
en hondas convulsiones
levantó su bandera;
cien veces y otras cien se la arrancaron,
y al pisar sus jirones
Dios, y justicia, y libertad pisaron.

Hoy la vuelve a elevar; ese rugido
que por el Norte truena
es su voz de venganza, el grito santo
de independencia por do quiera resuena;
la guerrera legión rauda se lanza
indómita a luchar; rocas y montes,
torrentes y colinas,
peñascos inseguros,
columna de los libres horizontes,
sepulcros, templos, muros;
todo con voz bendita
independencia canta;
todo vive y se agita,
se anima y se agiganta;
pues cuando una nación se alza potente

por arrancar su dignidad perdida
de los brazos del déspota inclemente,
la patria, que es colina, y es aldea,
historia, religión, recuerdo, idea,
para impulsar al bueno
a defender su Dios y sus hogares,
da voz con ansia loca,
al torrente, a la roca,
a la cruz, a la tumba, a los altares.

¿Y os atrevéis, tiranos?
Detened el dogal que al pueblo abrumba;
¡no más sangre... piedad... roja la pluma
solloza de dolor entre mis manos...!
Cuando los pueblos por el mal se oprimen,
los ángeles se espantan,
el mundo retrocede por el crimen
y los cadalsos maldiciones cantan:
arrojad esa máscara sangrienta,
y no por contemplaros vencedores
penséis que Dios vuestra maldad consienta;
de Dios en los arcanos
no es dable penetrar; grande y profundo
por castigo da el triunfo a la mentira...
¿Lo dudáis? Ved la cruz; allí se mira
vencido Dios, y vencedor el mundo.

.....

Pero todo es en vano... Las legiones
se aprestan a luchar; del moscovita
los bárbaros pendones
al cielo cubren, y de entre ellos lanza
sus lívidos reflejos
el encendido sol de la venganza.

Los tigres carniceros
rugiendo se aproximan; las fronteras
del pueblo libre saltan;
al pie de sus banderas
brotan cadalsos; fieras se levantan
las lívidas cuchillas; a su impuro
reflejo de baldón, por la victoria
cantando guerra se despeña el muro
al grito audaz de independencia y gloria...

El bárbaro inhumano

rugiendo de furor al muro llega
con el hachón en la sangrienta mano;
arde el hogar, indómitas se extienden
las llamas en hirviente remolino;
los arcos y las cúpulas se encienden,
y el fanatismo ciego
se agita en el delirio y el ultraje,
envolviendo a su Dios, que es el pillaje
con su túnica bárbara de fuego.

Vedlos... Vedlos pasar; turba sangrienta
que rueda sin conciencia en el abismo,
la venganza en sus cánticos alienta
y en sus frentes rebosa el despotismo.

El horror, la lujuria desgreñada
ruedan tras sus pendones
de la sazón afrenta; arrebatada
la muerte va también; con sus cañones
el César la llamó, y en vuelo insano
corre cantando guerra,
para escribir con tumbas a la tierra
la acusación terrible del tirano.

¿Mas qué hacen entre tanto las severas

indómitas legiones, que valientes
levantaron al cielo independientes
pidiendo libertades sus banderas?
Corred, hijos del Vístula y del Niemen
al combate feroz; alzád las frentes
al cielo libre; abandonad los lares
para buscar la tumba; el mundo entero
mañana esculpirá con brazo fiero
vuestros nombres de gloria en sus altares.

¿Os faltan armas? Escuchad... a coro
al libre sol que férvido aparece,
la creación las ofrece
con himno melancólico y sonoro.

«Yo seré tu cañón», con eco rudo
murmura en la montaña
el peñasco desnudo;
«yo tu lanza seré», grita el potente
roble soberbio; «con mis rudas olas»,

repite el ronco río,
«yo lavaré tu ultraje,
arrastrando con bárbaro coraje
los troncos viles hacia el mar bravío...»

Corred... corred, valientes,
haced armas los árboles, las rocas,
y fosos los torrentes;
en las soberbias cumbres
cambiad en armaduras los peñones,
y con cadenas fabricad cañones.

Cuando la patria en las conciencias late,
la creación es esclava del que bueno
por la sagrada libertad combate;
y el huracán y trueno
en himno ronco formidable y rudo,
murmuran a los bravos:
«A la batalla, esclavos,
que el mismo Dios os servirá de escudo.»

Mas no duermen los libres altaneros;
para el feroz combate
se animan con valor; arrebatada
Polonia altiva al contemplar su historia,

va a luchar otra vez por patria y gloria
con fe desesperada.

Las huestes ya se estrechan; las llanuras
sangrientas de Wagren sienten sus pasos
retumbando en modernas sepulturas;
cual móviles riberas
de un mar de fuego que tormenta amaga,
se acercan las banderas
de las contrarias huestes; ya retumba
el sonoro cañón... ¡Dame, Dios mío,
el rayo puro que abrasó el salterio
del divino profeta; da a mi frente
las voces agitadas
con que al sol de tu gloria
te bendicen las aguas despeñadas;
dame el grito divino
de toda la creación; que el arpa mía
resuene entre mis manos
con mística armonía,

para que oigan absortas las naciones
tu magnífica voz en mis canciones!...

Los enemigos con furor se chocan;
truenan el cañón, relámpagos de fuego
la tempestad provocan;
con vuelo arrebatado
la muerte audaz en remolino ciego
en la metralla rueda; el conmovido
suelo que en otros días
de Bonaparte al bélico alarido
sepulcro fue, sobre sus capas duras
vuelve a sentir la azada de la muerte,
que arroja con anhelo
la semilla del mártir a la tierra,
para que el alma que aventó la guerra
como espiga de luz flote en el cielo.

Sigue el combate; en montes se acumulan
los troncos destrozados; de los libres
la pequeña legión, vacila al peso
de la hueste gigante; los cañones
a los buenos rodean;
los libres batallones
ya mueren, no pelean;
en la mano la espada desfallece
cansada de matar; un solo instante,
y las libres banderas
donde flota de patria el grito santo,
rodaron con espanto
entre el ronco clamor de las panteras.

Mas no lo quiere Dios; de pronto un grito
llena los vientos; tiemblan los verdugos
a su profundo son; Polonia siente
nueva vida a sus ecos; cual matrona
magnífica y potente,
alza su voz y a la batalla zumba,
y agita su corona
y con brazo feroz cierra su tumba.

Doscientos héroes son que a las legiones
débiles y oprimidas
quieren salvar; «atrás, atrás», repiten
con magnífica voz; «por patria y gloria
vamos a la pelea;

la muerte es la victoria;
bendito el nombre de la patria sea.»

Dicen... juran... y van; con pecho fuerte
indómitos se agitan, y se lanzan
con la patria en el alma hacia la muerte;
ya al bronce llegan; el hirviente acero
se hunde en pecho enemigo
con espantoso afán; aún más avanzan;
el ronco cañón cede;
panteras y leones
rugiendo a las cureñas se afianzan;
¡la muerte retrocede!
queda en el aire la encendida tea
suspensa en el puñal; vacila un punto,
mas desciende después; el bronce grita
con estertóreo son; ¡venganza! suena,
y el rudo brazo de la muerte agita
con doscientos cadáveres la arena.

¡Muertos!... ¡muertos!... ¡Dios mío!...
cuando alumbraba apenas
la aurora de la vida
con rayos misteriosos sus cadenas...
cuando la ciencia porvenir de oro
les mostraba en su cielo refulgente...
y al contemplar su historia
pensaban levantar un sol de gloria
de su patria magnífica en la frente;
cuando do quier veían
madres que los besaban;
vírgenes que su amor les prometían;
cuando en sueño juvenil pensaban
que hasta los astros de oro
con sus rayos de luz los saludaban...

Mas ¿por qué ese dolor?; calma, poeta,
la canción de amargura,
que salta en olas desde el alma inquieta.
¡Callad!... ¡callad! esposas sin ventura
que al huérfano apretáis en vuestro seno
con bárbaro dolor; mata tus penas,
pobre virgen que vas a tus hogares
porque esperaste en vano en los altares
con la frente cubierta de azucenas.

¡Calla! madre sombría,
tú que con labio fijo
repites la agonía
de esa dulce María
que llora como tú, muerto a su Hijo!...

¡Callad!... ¡Callad! la muerte es la victoria,
cuando al sepulcro lóbrego se rueda
cubierto con el manto de la gloria;
así cayeron ellos; si os oyeran,
en el sepulcro mudo
de rabia y de dolor se estremecieran;
indignos de su gloria os juzgarían;
y en pos de sus enojos,
de la muerte a la vida volverían
a arrancaros el llanto de los ojos.

Cuando la patria al grito de su historia
al hijo bueno a la batalla excita,
el sepulcro es la gloria;
sobre el cadáver la victoria grita,
y la patria potente,
cual sol que asoma tras borrasca hirviente,
en la tumba del mártir resucita.

No con llanto se rompen las cadenas
que labran los tiranos;
la fe que hunde peñascos y montañas
y arranca de los mares los arcanos;
la fe que para el bueno en la pelea
es el brazo de Dios; la fe que es muro
donde flota seguro,
el estandarte santo de la idea;
la fe potente a cuyo solo nombre
se achica el mundo y se engrandece el hombre;
esa espada será de la victoria
para el pueblo valiente, que en vil yugo
quiera arrancar su gloria
de los brazos sangrientos de un verdugo.

Madres, padres, hermanos...
luchad con fe; que en sus potentes brazos
Polonia se levante,
y al poder de los déspotas espante.

Que «¡a la batalla!» grite
con fe robusta la nación entera,
y en pos de una bandera
con solo un corazón se precipite:
y... si acaso arrollada
vuelve a ser otra vez; si la matrona
vuelve a ver su corona
en la frente del déspota elevada...
imitad la conducta de los bravos,
y en el hondo sepulcro entrad serenos;
que a los ojos de Dios y de los buenos,
las tumbas valen más que los esclavos.

LA ÚLTIMA HORA

Suena el lúgubre tambor
como un recuerdo que llora;
la aguda campana implora
la clemencia del Señor;
el pueblo murmurador
ruge cual ronca pantera,
y envuelto en saya severa
el criminal con pie falso,
sube al terrible cadalso
una tras otra escalera.

Llega, se para... y suspira;
dirige la vista al frente,
y ve al dogal inclemente
que lo llama... y que lo mira;
ve al sacerdote que gira
pidiendo que en bien sucumba;
oye cómo el pueblo zumba,
y allá en la mansión sagrada,
mira moverse la azada
que está cavando su tumba.

De pronto su pensamiento
vibra recuerdo olvidado,
y de Dios y del tablado
se aparta con desaliento:
terrible, por un momento,
el dolor mata su fe;
pues lejos... muy lejos, ve

la montaña azul... la aldea...
y su casa que blanquea,
de la santa iglesia al pie.

Y ve al tristísimo hogar
que espanto y dolor respira;
ve a su esposa que suspira,
y oye a su madre llorar;
escucha balbucear
al hijo su nombre odiado,
y oye al vulgo desalmado
repetir con voz sonora...
«¡Ese huérfano que llora
es hijo de ajusticiado...!»

Calmando al fin su ansiedad
vuelve a la vida, y advierte
que el palo le dice... «muerte...»
y la cruz... «eternidad»:
lleno de santa humildad
se arrodilla con fervor,
y en un éxtasis de amor,
levantando el crucifijo,
pone entre el dogal y el hijo
los brazos del Redentor...!
¡Ya todo lo ve desierto...!
Muere su esperanza ciega...
el verdugo al palo llega...
la campana toca a muerto...
pasando con paso cierto
va un instante... y otro instante
él los cuenta, y anhelante,
a cada instante que pasa,
ve la vida más escasa...
y la muerte más delante...

Por fin agitado aspira
el último soplo leve;
cruje el tablado; la plebe
no quiere mirar... y mira...
el sangriento dogal gira;
«¡perdón!», murmura, «¡perdón!...»
y en la postrer convulsión
la muerte con brazo rey,
entrega el cuerpo a la ley,

y el alma a la religión.

A Marco Bruto

(Soneto)

Detén el vil puñal; detén tirano
la acción estoica de tu brazo fiero;
de la santa virtud el atrio austero
no se atraviesa con puñal en mano.

«¡Patria!» repites con afán insano
al levantar la muerte en el acero;
¿por qué la invocas en el golpe artero?
La patria es noble, el puñal villano.

¡Roma es ya libre! Corre al Aventino
que con lauros te espera en sus cabañas:
mas esconde el puñal dentro del lino;

¿no lo ocultas aún?... ¿aún lo acompañas?
¡por mentida virtud, fuiste asesino...
lo tendrás que esconder en tus entrañas!

MEDITACIÓN

I

El sol resplandeciente,
los nacarados mares ilumina
por la postrera vez desde Occidente;
en alta mar, doliente
se escucha el son de la canción marina.

La noche va llegando;
el espacio de sombras se reviste;
el mundo suspirando,
parece que se duerme preguntando...
¿Manantial de la luz, por qué te fuiste?

Su canto vespertino
repite el mar como en pasados días;
cumpliendo su destino,

levanta sin cesar en su camino
espumas y armonías.

El aura silenciosa
sobre el dormido mar tímida vuela:
la luna candorosa
va dejando en su marcha misteriosa
un suspiro de luz en cada vela.

Todo es murmullo, amor, arrobamiento,
y el mar dice a la brisa
y le dice a la mar el firmamento:
«Nuestro amado Señor está contento,
la calma es su sonrisa.»

II

Negras nubes en bandas tenebrosas
por el cielo cual águilas extienden
sus alas pavorosas:
las aguas borrascosas
a la luz del relámpago se encienden.

Volando en raudo vuelo
las aves con sus cánticos espantan;
todo es terror y anhelo;
las olas se levantan
a recibir las órdenes del cielo.

Ruge el trueno sombrío;
del relámpago audaz surca la llama
las ondas del vacío;
el huracán proclama
del cielo y de la tierra el desafío.

El rayo centellea
despedazando de la nube el seno;
el huracán los árboles cimbrea.
Y se oye entre el rumor de la pelea
el choque horrible de la mar y el trueno.

Todo es terror, y sombras, y locura,
y en tanto que la tierra se desquicia,
la borrasca murmura:
«Del Supremo Hacedor yo soy hechura...

Mi rabia... es su justicia.»

SERENATA

Lirio del valle,
luz de la aldea;
lago tranquilo
de olas serenas:
huye del lecho,
sal a la reja,
y recoge el suspiro que brota
de mis endechas.

La blanca luna
con luz serena
toca los bordes
de tu cancela;
duermen los prados,
duermen las selvas,
duermen las aves
en la arboleda;
todo calla, y reposa tranquilo
junto a la aldea.

Dicen que ha noches
cantó a tus rejas

forma amorosa
cántigas tiernas;
que habló de amores
a tu alma buena;
que tú le adoras
y que él te deja,
dicen que sufres;
que las violetas
con tus caricias
ya no se alegran;
que ya no cantas,
que ya no juegas;
¡que lloras mucho
si de él te acuerdas...!

.....

¡No llores, niña...!

La vida entera
es un gemido,
es una queja.
Si tan temprano
de tu inocencia
torpes afanes
arrancan penas,
para el tiempo en que el alma padece,
niña... ¿qué dejas?

.....

Mira que el llanto
que hoy te consuela
huye, y no vuelve
cuando se aleja;
que sus raudales
al fin se secan,
dejando en torno
lava que quema,
y que el pecho se rompe a los ayes
de la tormenta.

Lirio del valle,
flor de la aldea;
lago sereno,
blanca azucena...
Yo sé que tienes
donde tú rezas,
de la Virgen bendita una imagen
cándida y bella:
rézale mucho,
niña hechicera,
de la montaña
corta violetas,
besa sus manos,
cuida sus trenzas,
y ella, que es madre
del alma buena,
besará con su aliento las flores
de tu inocencia.

A UN MAL POETA ROMÁNTICO

(Soneto)

Escritor funeral; genio sin cena;
cantor de tumbas y demás horrores:
perpetuo cazador de ruiseñores;
espectro sin dinero y con melena.

Funerario conserje de la pena;
perseguidor de parcas y dolores;
Safo varón, que al recordar amores
quieres morir por abreviar la escena...

Deja la muerte ya... mas por si aspira
tu genio a abandonar la humana zona,
no busques árbol, ni cordel ni pira;

oye mi voz que la verdad abona;
ponte al cuello las cuerdas de tu lira,
y cuélgate después... de tu persona.

EUROPA Y SIRIA

(Oda)

¡Qué triste voz! ¿qué ronco clamoreo
viene a aumentar el doloroso grito
de la Europa infeliz? ¿adónde suena
ese gemido de dolor profundo,
doliente e infinito,
que estremece la atmósfera serena,
y con olas de horror oprime el mundo?

Brotó en las rocas donde posa el vuelo
el águila gigante
que altiva corta el cielo,
cuando al Jordán dirige su camino
a azotar con sus plumas
del arroyo divino las espumas;

allí, donde levanta con fiereza
el Líbano frondoso
sepultada en jardines la cabeza;
en ese suelo hermoso,
del árabe vergel; del griego oriente;

historia viva que el pasado enseña
al que en el mundo sin cesar camina,
mostrándole un espejo en cada ruina,
y un reguero de luz en cada peña.

.....

De allí el grito partió; pujante el eco
del mar de Grecia atravesó las olas;
Italia en medio de sus sueños de oro
la voz de libertad deja pendiente
en sus labios de sangre; enjuga el lloro
que cien años de guerra le arrancaran,
y sintiendo valiente
latir con fuego el corazón cristiano,
tiende a Siria la faz llena de enojos,
y no miran sus ojos
las bóvedas rodar del Vaticano.

A un mismo tiempo el funeral rugido
espantoso resuena
del poderoso Cáucaso en la frente;
en las aguas soberbias del Danubio;
estremece los bordes del Vesubio,
en las brillantes márgenes del Sena:
en la orilla del Támesis sombrío
se estrella arrebatado,
y arrancando do quier olas de lloro,
va desde el Rhin bravío,
del Betis claro hasta el raudal sonoro.

.....

Europa entera se conmueve y mira;
asombradas escuchan las naciones
el canto criminal; «mirad» se dicen,
«la raza impura, la sangrienta hiena
que tantos siglos ostentó salvaje,
de nuestros pueblos para eterno ultraje
entre las razas libres su cadena,
vuelve a salir de su feroz guarida,
y hambrienta destrozando
cuanto reflejan sus sangrientos ojos,
va montes de despojos
en su carrera bárbara dejando.»
Y los pueblos de Europa conmovidos
ante la sangre que en la Siria humea
a la fuerza prensando sus enconos,

vuelven sus ojos de dolor heridos,
quizá buscando reyes
amantes de Jesús, sobre los tronos.

.....

¡Que espectáculo, oh Dios! El Sacro Templo
es ceniza no más; hechas jirones,
las áureas vestiduras
por el suelo se ven; la sangre humea
sobre el cándido altar; los consagrados
vasos benditos que al Señor levanta
entre nubes de incienso el Sacerdote,
en manos del errante beduino
burla y escarnio son; el ara santa
que ayer a Dios tuviera,
bajo el peso se espanta
del salvaje brutal o de la fiera;
las hijas del cristiano,
de la selva hacia el monte van huyendo;
llorando va el anciano
hacia el Señor tendiendo
sus brazos con pavor, y en tanto impía
la turba destructora
persigue y mata a la indefensa gente,
llevando asoladora
de lujuria y furor tinta la frente.

.....

¡Cuán grande es el Señor! Su poderío,
es insondable arcano
que en vano el alma descifrar procura;
Él abre al Israelita
ancho camino en la corriente brava
del mar arrebatado, y en su seno
sepulta a Faraón; su gloria abruma,
envolviendo su pueblo y su corona
en turbulentos piélagos de espuma;

Él hace rebosar al Oceano
sobre las altas cumbres,
postrer baluarte del poder humano;
de miedo llena el corazón valiente
del fiero Baltasar, y ve su trono
flotando en la corriente
del Éufrates cruel; hunde a Sodoma
en rojos mares de ceniza y fuego,

y con su aliento que a los orbes doma,
hace en su poderío
templo y altar de la creación entera
la inmensidad gigante del vacío.

Él agita la mar; da vida al viento;
ilumina las pálidas estrellas
que viven de su aliento,
y porque al cielo y a la tierra asombre
lo incomprensible de su amor profundo,
Él hace al hombre para darle un mundo
y baja al mundo por salvar al hombre.

¡Y Dios ve al hombre osado
su grandeza insultar...! ¿A dónde tienes
el rayo rojo a tu mandato ciego
que a Babilonia hundió? ¿Dónde las llamas
que en una hora trocaron
de Pentápolis vil en mar de fuego?

¿Dó la gigante ola
que rompiendo soberbia su palacio,
cubrió cantando guerra
con sus entrañas de cristal la tierra,
y los anchos cimientos del espacio?

¿De la sacra justicia
¡oh Dios! aún no es la hora? ¿o es que esperas
que la Europa tremole sus banderas
hoy que llorando ha visto
tinto en sangre cristiana
el mármol sepulcral de Jesucristo...?

.....

Años hace, que ardiendo las naciones
al soplo de un gigante
que quiso con esfuerzo delirante
al mundo cobijar con sus pendones,
en purísima sangre se teñían;
era un déspota audaz; su sueño de oro
como su genio y su ambición profundo
era de Europa transformar las leyes,
y fundir las coronas de sus reyes
en una sola que abarcara el mundo.

Y el coloso se hundió, y otros vinieron...

y por un paso más en sus fronteras
en sangre sumergieron
su corona, su trono y sus banderas;
y eran todos cristianos...
el nombre de Jesús, desde la cuna
la antorcha fue que les abrió camino
del mundo por mitad, y cuando un día
cruzando tierras o rugientes olas
al rudo canto de la guerra impía
desplegaban sus regias banderolas,
al viento que sus pliegues agitaba
la santa cruz sobre el pendón besaba.

Y esos reyes que en alas de la guerra
lanzaban sus tesoros y vasallos
por arrancar a otras naciones tierra
que arrojar a los pies de sus caballos,
no escuchaban el grito
que tantos siglos agitando viene
los rojos arenales
de la abrasada Siria; no miraron
los altos minaretes
de la ciudad de Dios, siendo por mengua
trono del Almuadén; no vieron ellos
al árabe cruel dormir tranquilo
en la tumba de Abraham, ni a sus camellos
pastando en las laderas
del Gólgota infeliz; ¡ay! ni pensaron
que las sacras ruinas
donde de Cristo se asentó la cuna
quizás hundidas, viejas,
sirvieron de guarida a los leones
o de sucio redil a las ovejas.

¡No vieron a las vírgenes cristianas,
tenidas por rameras
del déspota feroz en los harenes;
ni en el desierto al pie de las palmeras
miraron al errante beduino
en brazos del festín, alzando acaso
la cabeza del triste peregrino
en su sangrienta saturnal por vaso!

¿Y aún hemos de sufrir? ¿Cómo las naves
en las alas del viento,
no llevan al cristiano

a otro lado del mar? ¿Por qué no truena
el lúgubre cañón, que con su acento
de horror y miedo los espacios llena?

¿Cómo el clarín sonoro,
y el herrado corcel, que alza valiente
del rey cristiano el paramento de oro,
no van cruzando la abrasada tierra
al grito rudo de venganza y guerra?

Las vírgenes llorasas,
piden venganza en el desierto llano;
en las movibles losas
que cobijan los restos del cristiano,
«¡guerra!» grabado está; «¡guerra!» murmura
el último gemido
del anciano, flotando en la espesura;
y al ver del buque la gallarda popa
mecerse altiva sobre el mar gigante,
la víctima expirante
sus brazos tiende a la cercana Europa.

¡A ellos, guerreros!; ya los arenales
que treinta siglos el murmullo oyeron,
de las naciones que en el polvo hundieron
sus frentes criminales,
esperándoos están; de la venganza
al fin sonó la hora;
ya por el mar avanza
el buque galo, en la tajante proa
de guerra y destrucción llevando el lema;
ya los aceros en el aire brillan,
y ya el cañón que retumbando quema,
del plácido Jordán despierta el eco,
diciendo al son de su tronar profundo...
¡en el nombre de Dios, despierta el mundo...!

¡A ellos, cristianos! El feroz beduino
temblando guarda en la caverna impura
la copa y el puñal del asesino;
sacudan nuestros míseros hermanos
ante la luz que en occidente asoma
de ese pueblo cobarde el torpe yugo,
y rodará el verdugo
a los pies de la cándida paloma;
y su valor veremos

transformarse en baldón y eterna mengua,
cuando en sus grutas lóbregas entremos
a turbar el festín de los blasfemos
y a azotarles el rostro con la lengua.

Al fiero galopar de sus corceles
que fecundan los sirios vendavales,
se cubrirán sus yermos arenales
de espesísimas selvas de laureles;
y su sangre a torrentes derramada,
impura huyendo de la luz del día,
de la montaña llenará las bocas,
y bajará rodando por las rocas
al hondo seno de la mar bravía.

.....

¡Atrás, esclavos! Del error la niebla
se arrastra ante la luz; ese ruido,
ese lento y continuo clamoreo
que los espacios ardorosos puebla;
ese rumor que sin cesar levanta
del lecho del error vuestros asombros,
lo hace la humanidad, alzando en hombros,
un nuevo mundo que al antiguo espanta;
que el árbol de la cruz; ese árbol santo
que con aras de fe mece la tierra;
esa luz soberana,
que de cadalso vil pasó en un día
a ser fanal de la razón cristiana,
con amorosos lazos
va a confundir las razas y los nombres,
habiendo de los hombres
una sola familia entre sus brazos.

Y la tierra que altiva nos provoca,
ha de ser el gigante coliseo
do lucharán atletas las naciones;
Ricardos... Lusiñanes...
de las tumbas alzado... sobre los muros
de la oriental Damasco, los pendones
de la fe y de la luz al aire ondean;
Jerusalén se puebla de guerreros:
las torres de Bendek se bambolean
al golpe triunfador de los aceros;
las aguas del Jordán abren camino

al siervo de Jesús; sobre el Calvario
se postra sin temor el peregrino,
y colgada en los místicos laureles
sus cánticos suspira
de un nuevo Tasso la templada lira.

.....

¡Qué hermoso porvenir! Sobre las cumbres
del gigantesco Líbano, bañada
por la lumbre del sol, la cruz divina
se eleva majestuosa
dominando el jardín de Palestina.

Ante su rayo ardiente
que el Éufrates refleja
en las olas de luz de su corriente,
el imperio celeste se levanta;
el canto del cristiano
se estrelló en las riberas
del Ganges colosal, y ante los ecos
que retumbaron en los hondos huecos
de sus anchas y graves cordilleras,
los pueblos estrechándose las manos
gritaron con amor... ¡todos hermanos...!
Y cruzan las arenas del desierto
libres locomotoras y vagones
el comercio y la ciencia fomentando;
y del Obi y del Lena por las olas,
se miran resbalando
de China y del Japón los pabellones
entre naves francesas y españolas.
Y mudos los cañones
no levantan su voz, ni los festines
de impuras saturnales
adulan con sus ecos,
de esa raza maldita de Caínes
que unidos todos, y a su patria fieles,
a los pies del altar brotan Abeles.

.....

Y Siria santa encenderá la hoguera
que ha de extender al soplo del cristiano
su luz de gloria por el Asia entera.

.....

Pero vana ilusión; los altos reyes
con calmar a los pueblos se contentan;
de Damasco y Alepo en los mercados
las tajantes cuchillas,
sobre el tablado fúnebre se asientan;
¿y basta ya?... si las ofensas fueran
a los reyes, no a Dios; si ellos heridos
en lo que llaman honra se sintieran,
para calmar su enojo soberano
no bastara de sangre un Oceano.

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué estalla
rugiendo el corazón?... Los pueblos quieren
su sangre derramar en la batalla;
librar a Siria de ultrajante yugo,
y mirar en la mano del guerrero
la espada del cristiano caballero...
pero jamás el hacha del verdugo.

Silencio... basta ya... la frente loca
que la lumbre bebió de los altares,
un punto deliró... calma, poeta,
la inspiración sagrada
que salta en olas desde el alma inquieta;
no más en dulce tono
sigas cantando el nombre del cristiano;
¿buscas laureles? A los pies del trono
canta, y los hallarás; besa la mano
que ostenta el cetro real... o aunque te asombre
de mi triste sentencia lo profundo,
haz tu lira pedazos, en un mundo,
en que, por más que Dios, se tiene al hombre.

ANTE LA TUMBA DE ESPRONCEDA

El día primero de noviembre
Esa es su tumba... su cadáver frío
descansa en paz; un grito delirante
lanzó diciendo: «¡el universo es mío!»
y hoy... polvo sólo es... La noche oscura
del incierto no ser guarda sus restos
cobijando su humilde sepultura.

Ni una luz, ni una flor, ni una corona
en su tumba se ven; pasan y pasan
las turbas silenciosas
sobre otras urnas derramando rosas,
y no ve el alma inquieta
acercarse una forma dolorida
a rezar a la tumba del poeta.

.....

Mas yo llego hasta ti, sombra querida;
cuando la infancia me dejó, inocente
tus cantos escuché; del sol divino
un rayo se posó sobre tu frente
que hirió mi corazón y el alma mía;
el mundo comprendió que tú soñabas,
cuando en alas del genio te elevabas
por la desierta inmensidad sombría:

¡Oh! ¡cuánto te admiré!... Raudo, sin tino,
cruzando arrebatado
por tu inmenso y magnífico camino,
vi otros mundos flotar; de otros placeres
la copa embriagadora
a mis labios llevé y el dulce aliento
aspiré de las vírgenes mujeres
que arrojaba en tropel tu pensamiento.

Y yo... monarca allí, fiero escuchaba
con bárbara alegría
la voz del trueno que ante mí rugía;
¡y volaba! ¡y volaba!...
y flotando en confuso remolino
el horizonte inmenso se ensanchaba...
Jamás en mi camino
un obstáculo hallé, y el pensamiento,
cruzaba arrebatado,
teniendo en su carrera,
el sol por carro, por corcel el viento,
¡por pedestal la humanidad entera...!

Y luego desperté; pequeño, humilde
me vi en la tierra; a mi alrededor giraban
otros seres cual yo; de sus amores
busqué el florido edén, y la mentira
me salió a recibir; entre las flores

que brinda la amistad hundí la frente,
y espinas dolorosas la ciñeron;
de pena amargo lloro
por mis ojos saltó, y al fin... demente
maldije al ver a la mezquina gente
rindiendo culto a la ambición y al oro.

Y recordé tu acento dolorido...
no hay amor, ni amistad, todo es mentira;
el mundo es un sepulcro que navega
con velas de dolor; la gloria nada;
un sueño los placeres; la fe ciega;
pálida luz entre la noche oscura
la negra desventura...
esto solo es verdad; con un gemido
de la cuna arrancamos,
ya entrar por las puertas del olvido
cansados de llorar, nos lo dejamos;
miseria es todo y ambición y duelo:
¡ah! ¿por qué en mi agonía
tan sin encantos se me muestra el día,
tan pobre el mundo y tan oscuro el cielo?

Otra vez escuché tu voz doliente;
el arpa funeraria
alzaba entre el delirio una plegaria
perfumada en el ámbar de tu frente:
llorabas tú; la tumba removida
estaba aún a tus pies: allí guardada
quedaba para siempre,
con tu amor criminal, tu fe sagrada.

¡Teresa...! Con amante desvarío
gritaba tu dolor, y allá lejano
el dulce nombre de tu dicha hermano,
cantaba el mar y murmuraba el río.
En golfos de dolor el laúd bañaste,
y un poema de lágrimas sin cuento
el mundo recogió; triste poema
que agita al pensamiento,
oprime el corazón y el alma quema.

Escuchando tus quejas, un recuerdo
vino a herir mi razón; también la tumba
guardaba de mi amor restos queridos...
¡mi madre!... y yo infeliz al oír tus ecos

por la desgracia heridos,
llorando repetía...
«si con tan dulce acento yo cantara
el nombre de mi madre cantaría.»

Mas ya la noche plácida y serena
por las montañas viene; en los sepulcros
la paz vuelve a reinar; flota el silencio
tras de la turba de recuerdos llena
que corre en polvoroso remolino
a sus dulces hogares; ya la luna
envuelta de la noche en el misterio
empieza su camino
con su lumbre bañando el cementerio.

Calló su voz la humanidad doliente;
perdió su aliento el aura enamorada,
y la campana que aturdió mi frente
también se duerme de llorar cansada:
su cáliz abren las risueñas flores
al beso de las sombras, y entre tanto
la mano del pasado triste y fría,
cava la fosa al aspirante día.

¡Todos se van!... Las lágrimas se secan

fuera de los sepulcros; la ventura
se alza tras el dolor, y ¡ay! indecisa
va borrando una plácida sonrisa
el llanto que arrancó la sepultura.

Se fueron ya... silencio, paz y calma...
el mundo duerme cual cansado atleta;
¡brisas de muerte... refrescad el alma
que no cabe en la frente del poeta!

Allí la humanidad... aquí... el olvido;
allí el placer que al corazón pervierte;
aquí el descanso para el pecho herido;
allí la vida... a mi alrededor la muerte.

Aquí el mañana pavoroso y frío
puerta de un más allá que el hombre espera;
aquí la inmensidad; aquí el vacío;
la ciudad de las tumbas, que severa
confunde el polvo del que en carros de oro

la púrpura arrastró, con el impuro
de la ramera vil, que en honda guerra
con la santa virtud, bajó a la tumba
a ocultar su rubor bajo la tierra.

Allá lejos los ecos de la orgía;
gritos de maldición, besos traidores,
acentos de alegría;
sarcasmos, esperanzas y dolores;
aquí... ¡sólo el ruido
sordo, lento y tenaz, con que inhumanos
en turba miserable y asquerosa
se arrastran los gusanos
buscando en su ansia inquieta
el seno de la hermosa
o la apagada frente del poeta!

¡Cantor del mundo...! adiós; duerme tranquilo;
indiferente, por tu losa humilde
pasó la humanidad; tú la cantaste,
¡y ella te olvida! Compasión tan sólo
inspira el alma su desdén profundo;
te olvida a ti que desde polo a polo
dominastes el mundo
diciendo con fiereza:

«Cuanto abarca mi frente poderosa
es mezquino escabel de mi grandeza.»
¡Pobre generación! Indiferente
ha de cruzar mañana
otra generación sobre tu frente.

¡Quién sabe! Acaso el mundo
escucha aquella voz altiva y clara,
con que arrogante un día
te arrojaste sus vicios a la cara,
y teme ante tu losa
ver alzarse tu sombra gigantea,
mostrando por enojos
a sus necios y míseros agravios,
el desprecio valiente de tus ojos,
y la amarga sonrisa de tus labios.

¡Adiós, poeta! Si mi triste canto
tu paz vino a turbar, mi voz perdona;
es que quise dejarte una corona

bañada con las olas de mi llanto:
por tu amor la tejí, y ahora sin calma
la pongo en tu sepulcro... ya me alejo;
¡adiós! ¡adiós! en mi corona dejo
todas las flores que encontré en el alma.
¡Las lágrimas se agolpan a mis ojos
al contemplar tu triste sepultura...!

¡Solo... nadie ante mí!... ¿pero, qué importa
ese desdén profundo
con que mezquino te desprecia el hombre,
si tengo yo para guardar tu nombre,
un altar tan gigante como el mundo?

LA CATEDRAL DE JAÉN

Sobre un monte a cuyo pie
duerme una ciudad sombría,
juntos se vieron un día
la Duda, el Arte y la Fe.

La Duda lívida, impura,
tal cual los ámbitos puebla,
llevaba un manto de niebla
por única vestidura.

El Arte, un rayo de luz
sobre su cetro esplendente;
la Fe, su antorcha en la frente
y entre las manos la Cruz.

«¿Quién sois?» la Duda gritó
ronca mostrando sus celos;
«Somos luces de los cielos»,
el Arte le contestó:

«¿Y tú?» «La estrella que lanza
rayos de dolor profundo.»
«¿Quién es tu enemigo?» «El mundo.»
«¿Qué te falta?» «La esperanza.»

«¿Y a dónde vosotros dos
vais en tan dulce corrida?»
«Hacia esa vega florida

a elevar un templo a Dios.

Desde ese plácido edén
que forman bosques oscuros,
por enmedio de esos muros
en que se asienta Jaén,

ha tiempo que alzan sus manos
codiciando nuestras flores,
caballeros y pastores;
sacerdotes y aldeanos:

sobre esa fronda bravía
que es la galanura ejemplo,
quieren elevar un templo,
para la Virgen María:

En él cantarán las penas
de esa Madre de las flores;
en él con manos de amores
pondrán lirios y azucenas:

en él cuando la oración
resuene en himno sonoro,
PADRE, gritarán a coro,
máندانos tu bendición.

Y en él sus almas sencillas
verán cantando su nombre,
que nunca es más grande el hombre,
que cuando está de rodillas.»

«¿Qué harán en el Templo?» «Amar.»
«¿Y después de amar?» «Crear.»
«¿Cuál será su premio?» «Ver.»
«¿Y su tributo?» «Rezar.»

«¡Basta...!» gritó con dolor
la Duda triste y doliente;
«todo sueña, todo miente;
no hay ventura, no hay amor.»

Yo entre la niebla escondida
del gran pensamiento humano,
busco siempre, y busco en vano
las esencias de la vida.

¡Siempre de un sueño detrás
agitándome do quier,
ha siglos que busco el SER
y no lo encuentro jamás...!

En ese inmenso oceano
que del espíritu brota,
dicen que su luz remota
profundiza todo arcano;

y de mi delirio en pos,
aunque en vértigo me agito,
no hallo ese mundo infinito
que tiene por nombre... ¡Dios...!

Colón que acaso delira,
se alza el criterio infecundo;
quiere llegar a ese mundo,
y ese mundo se retira.

Por eso mi voz le asombra;
porque es mi tiniebla tanta,
¡que hasta la noche se espanta
cuando penetro en su sombra!

«A Dios buscas... ¡ay de ti!...»
dijo llorando la Fe;
«Dios se siente, y no se ve;
ven, lo sentirás en mí.

No ve a Dios, quien loco intenta
sorprenderlo en sus arcanos;
quien en delirios tiranos
la fe y la razón afrenta:

no el que con ansia mezquina
blasfema en horrendo grito,
y quiere de lo infinito
romper la santa cortina...

Ve a Dios, el hombre que en calma
lleva un amor misterioso;
el que mira con reposo
la Jerusalén del alma.

El que se levanta fuerte
sobre la materia impura;
el que con planta segura
pisa el trono de la muerte;

el que siente la verdad;
el que a la virtud da flores;
el que lleva en sus dolores
la luz de la eternidad.

.....

Cuando ruge el oceano
y el trueno su sien corona,
rasgando la blanca lona
del pobre batel lejano,

si hay un pecho noble y fuerte
que pone en Dios confianza,
Dios está en esa esperanza
que se resiste a la muerte.

Está en el dolor que implora
junto al cadáver querido;
está en el santo gemido

del que reza cuando llora.

Vive en la dulce inquietud
del que aspira a otra existencia;
tiene templo en la conciencia,
tiene altar en la virtud;

por eso no alces en pos
de la soberbia tus alas;
que en la sombra, no hay escalas
para llegar hasta Dios.»

.....

Calló la Fe; arrebatada
alzó el Arte su cabeza;
«Contempla bien mi grandeza»
dijo a la Duda espantada.

«Buscando al Supremo Ser,

la humanidad me llamó;
el Santo Amor me engendró,
coronándome el saber.

La belleza fue mi ley;
el mundo acató mi imperio;
en uno y otro hemisferio
grabé mi cetro de rey.

Forjé estatuas colosales;
sacudí montes y breñas;
a Dios cantaron las peñas
con acentos inmortales.

De amor el lazo fecundo
hizo al orbe mi proscenio,
y al santo soplo del genio
llené de belleza el mundo:

aquí el altar; en la roca
la tumba de luz ceñida;
bajo la montaña erguida
cuya cumbre al cielo toca,

el claustro triste y severo
por donde Brahama mezquino,
abre al amor un camino
colosal y duradero.

Lejos el dolmen sagrado;
allá el pórtico valiente;
la pirámide potente
que mira el tiempo asombrado,

sobre la margen que agita
del Nilo el embate rudo;
más lejos, cual templo mudo,
la roca del Troglodita.

Donde quiera una creación
canta mi ley soberana;
la eterna corriente humana
lleva en hombros mi blasón,

porque Dios al darme asiento
en la vida y en la historia,

me dio un rayo de su gloria
y un suspiro de su aliento.»

.....

Calló el Arte; triste y muda,
vacilante y conmovida,
confesándose vencida
se hundió llorando la Duda;

y cuando solos quedaron
la Fe y el Arte divino,
para cumplir su destino
sobre el monte se abrazaron.

.....

Entonces del genio al grito
como fantasma evocado,
sobre el terreno trazado
se alza el pilar de granito.

La cumbre dobla su alteza;
sacude el hacha el obrero;
el genio fuerte y severo
llama a la naturaleza.

En gran concierto sonoro
los artistas inmortales,
celebran los esponsales
de la roca con el oro.

Crece el muro colosal;
la nave se alza y alienta;
fuerte la columna asienta
su mole en el pedestal,

y al beso de los cinceles
que ornán el santo recinto,
brotan flores de Corinto
de los altos capiteles.

Sobre base soberana
el arco vibra y cimbrea:
piedra a piedra va la idea
recibiendo forma humana,

y el artista alzando vuelo,
fija la fe en su estandarte,
con flores que coge el arte,
teje coronas al cielo.

Detalles grandes y leves
forman concierto sonoro;
ya brotan formando coro
flores, frisos y relieves;

ya en las columnas más puras
los nobles arcos se aferran;
ya las bóvedas se cierran
sobre las naves seguras;

con metro divino cantan
cien estatuas a porfía;
titanes de la armonía
los órganos se levantan,

y el genio del arte en pos
da a la cúpula su brillo,
dejándola como anillo
de aquella esposa de Dios.

.....

Los años pasando van,
y el templo su mole ostenta;
lo que por Dios se sustenta
los años no lo hundirán.

Corren y corren edades
junto a la Iglesia grandiosa;
por su cúpula ostentosa
resbalan las tempestades,

y eterna y firme levanta
su continente sereno;
ni la hace temblar el trueno,
ni la muerte la quebranta.

Y es porque la alta piedad
los frutos del bien aprueba;
y lo que por Dios se eleva,

tiene luz de eternidad.

DANTE

(Soneto)

Coloso entre los genios soberanos,
te alza la gloria en pedestal seguro;
Beatriz suspira, sobre el mármol duro
que guarda el genio entre sus santas manos.

Tu voz se escucha; jóvenes y ancianos
llegan contigo hasta el lasciate oscuro;
de tu noble creación el rayo puro,
refleja sin cesar en los humanos.

Moriste sin morir... urna mortuoria
abrió en el mármol a tu cuerpo inerte
el cincel inspirado en tu memoria;

mas tu nombre inmortal se eleva fuerte;
que para abrir sepulcros a la gloria,
no encuentra mármol ni cincel la muerte.

AMOR, TEORÍA Y PRÁCTICA

I

Bello es amar, cuando la vida entera
se contempla en la luz de una mirada:
cuando el aura ligera
extiende en blancos giros,
los plácidos de amor dulces suspiros.

Bello es amar; el corazón ardiente
sólo vive de amor; para amar fueron
las flores y la luz; el mar hirviente
que ruge enardecido,
se calma con los besos de la luna
que vaga en el espacio,
cual buque entre carámbanos perdido,
amor es cuanto nace; cuanto crece:

el torrente y el mar, la flor y el río;
el tímido murmullo
que nace en la colina,
y levanta sus notas al vacío
como un remedo de la voz divina:
amor es el lucero, y es la aurora,
es en fin la creación; Dios, en su nombre,
llenó de mundos la región vacía,
y dio por templo su creación al hombre;
y le dio un paraíso;
y en él le hizo feliz hasta aquel día
en que la suerte quiso,
que Eva encontrase al enemigo insano
tendido al pie del funeral manzano.

II

Cuántas veces mis quejas
llegaron a tus débiles orejas;
murmura el amador entristecido;
cuántas veces dejando,
tan sólo por tu amor, el lecho blando,
llegué hasta tus cristales
y entre las notas de tu amor sincero,
escuchaba el rumor de las canales
¡cayendo en mi sombrero!

¡Cuántas veces, bien mío,
miré tu calle trasformada en río,
y tú miraste con dolor de un rato
al bien que amabas convertido en pato!

¡Horas dichosas! Delicioso arrullo
de la dorada juventud; encantos
que nunca olvidaré... ¿Dime, te acuerdas
de aquellas dulces horas;
tan fugaces, tan puras, tan sonoras?

Yo feliz te decía...
«Tú eres mi amor: en ti bebe la luna
el plácido reflejo que te envía;
al beso de tu aliento,
sus alas posa enamorado el viento»;

y en tanto que esto yo te murmuraba,

el viento que lo oía,
con furia me empujaba
por la desierta callejuela umbría.

III

Casados ya... ¡Casados...!
¡Cómo el tiempo se pasa...! Treinta veces
el purísimo sol de primavera
ha inundado la tierra en lagos de oro;
las flores han brotado
brindando al corazón grato tesoro,
y nosotros felices
con otro amor, sin celos ni pasiones,
del pasado arrancamos las raíces,
como arranca el pesar las ilusiones.

Ya no hay aquel amor tímido y tonto
que en éxtasis continuo nos tenía;
en dulce bienandanza,
como el sobrino sigue tras la tía
ha seguido al amor, la confianza.

Te amo con frenesí; mas no lo digo

como en aquellas horas
en que canté a tu amor por el postigo:
tras de aquellas jornadas
¡han venido unas horas tan pesadas...!

En vez de aquel afán tan de mal tono
con que yo entusiasmado
te hablaba de mi amor como de un trono,
hablamos de los frutos accesibles
y de otros comestibles,
amor estomacal y flatulento
que sepulta en el vientre el sentimiento.

Algunas veces... pero no te enfades;
si vengo tarde a recordarte amores,
de tremendo furor en un residuo,
detienes con tu brazo
la empezada inflexión de mi individuo;
y tu voz celestial, aquel acento
dulce como el arrullo

que en las hojas del árbol deja el viento
me aplica tantos términos nocivos,
que en medio de tal mengua,
maldigo al diccionario de la lengua
tan rico en adjetivos.

.....

¿Quién ayer lo creyera? En noche oscura
se trocó la mañana esplendorosa;
¡amor! ¡amor...! en vano ya lo imploro...
¡su imagen misteriosa
no responde a mi lloro...!

La noche del estúpido egoísmo
me cerca por doquier... «¡esposa mía!»
murmura el labio con esfuerzo rudo,
y a tan triste agonía
responde un estornudo;
¡el rapé es mi rival...! ¡quién lo diría...!

IV

¡Todo en el mundo pasa...!

Pasó Tiro y Bagdad, pasó Cartago;
Alejandro pasó con sus legiones,
y... pasó nuestro amor; el tiempo impió
aunque de esto te duelas,
se llevó en sus alones
mis dientes y tus muelas,
con los restos de antiguas ilusiones.

Hoy sin ningún escudo,
miras sobre mi frente
piramidal el gorro puntiagudo...

Yo te miro también, estrella mía,
sin luz y sin amor... sin dentadura...
alzo la vista a tu cabeza fría,
y ¡oh triste desconsuelo...!
¡mísera juventud! ¡mundano brillo...!
ya no tienes más pelo
que el que guarda un papel en mi bolsillo...

V

De la vejez el fúnebre cortejo
se me acerca terrible; ya soy viejo:
también fiera, inclemente,
las arrugas marcó sobre tu frente.

¡La campana sonora
que anunció nuestro plácido concierto,
espera ya la hora
para tocar a muerto...!

Todo pasó; pasó nuestra ventura
nuestro cándido amor; fiero el destino,
en vez de la de ayer, casta hermosura,
nos deja en pergamino;
trasposición se llama esta figura.

Miro a mi corazón, y... nada... nada...
monótono ruido
me anuncia su existencia; alegre el mundo
eleva hasta mi frente su latido;
otras generaciones

a la tumba nos llevan a empujones.
¡Ilusiones, amor! Apenas veo
sus sombras misteriosas
a lo lejos flotar, dejando rosas
sobre el cáliz hirviente del deseo.

Y también pasarán esos amores;
y esa generación que ahora gozando
viene alegre cantando
coronada de flores,
mañana vieja, triste, abandonada,
recordará con hondo desconsuelo
las dulces horas de la edad pasada.

El amor en el mundo es la teoría
del purísimo amor que guarda el cielo;
desengañese usted, Doña María;
la mísera criatura
con la ley del eterno en cruda guerra
quiere hallar ese amor en esta hondura;
cuando es una verdad desoladora

que en este mundo, aunque mi voz le asombre,
vive más un corsé que una señora,
y un tacón de una bota, más que un hombre.

EL CANTO DEL PROFETA

(Oda)

A mi apreciable amigo
Don Francisco López Vizcaíno.

I

¡Jerusalén...! Jerusalén la hermosa...
el címbalo sonoro
te asegura tormenta pavorosa;
no desoigas su lloro,
ni el dulce canto de sus cuerdas de oro.

El bárbaro sombrío
que allá en las selvas donde nace el día
indómito corcel monta bravío,
con salvaje alegría
en alas de huracán odio te envía.

Sobre ti sus legiones
soberbio empujará con brazo fiero;
romperá tus blasones,
y tu cuerpo altanero
tronco será bajo su hirviente acero,

porque te hiciste impura
como ramera de encendida frente
que el vaso infame apura;
cual torpe maldiciente
que ante el altar de Dios, a Dios no siente.

La sierpe del pecado
con ansia loca se enroscó en tu seno
en deleite espantoso aletargado,
y al retumbar el trueno,
dejó tu corazón todo veneno.
¿Dónde fueron tus flores,

santo huerto de amor? ¿Dónde tu calma,
sagrado mar de olores?
¿Dónde la dulce palma
que el candor de la fe puso en tu alma?

Tu vestidura hermosa
bordada de carmín de blanco y oro,
cubre tu frente de placer ansiosa,
y en tu seno que adoro
ya no deja el amor su dulce lloro.

.....

¡Jerusalén... Jerusalén, despierta...!
Con sarcasmos impuros
enemigo feroz llama a tu puerta;
fantásticos y oscuros
sus pendones se ven desde tus muros.

Soberbio y arrogante
empujó sus indómitos corceles
con ímpetu pujante,
y jura en cantos crueles,
arrastrar en el polvo tus laureles.

Y caerán tus palacios
en honda confusión, quejas y acentos
dejando en los espacios;
¡y en los dormidos vientos
no cabrá la canción de tus lamentos...!

Los cedros perfumados
que en rápidas galerías
llegaron de los puertos agitados,
bajo las hordas fieras
alimento serán de las hogueras.

Siervos serán tus reyes,
ligero polvo tu soberbio manto;
ceniza vil tus leyes;
tus esperanzas llanto;
tu ventura dolor, tu dicha espanto.

Y cantarán cual lúbricas ramerías
las hijas de Sión, dando rendidas
besos impuros a las turbas fieras;

las frentes encendidas
contando el precio porque son vendidas.

En raudos torbellinos
las llamas se alzarán al firmamento
por los muros abriéndose camino,
y de Dios al asiento,
sus quejas lanzarán el mar y el viento.

II

Celeste desposada;
estrella de Judá; blanca azucena
por Dios acariciada;
mueve la faz serena;
Jesús desciende y con su amor te llena.

Las arpas que a Dios cantan
con dulce canto por el templo giran;
los profetas del polvo se levantan;
los ángeles te miran;
las vírgenes de amor, de amor suspiran.

Porque nace en tu seno
el de eterna bondad místico río,
calla su voz al trueno;
las nieblas del vacío
le coronan con gotas de rocío.

Le cantan los pastores
cruzando las cañadas;
espárcense las flores;
las aguas despeñadas
lo bendicen saltando en las cascadas.

Tomillos y romeros
en los montes levantan sus aromas;
se aclaran los veneros;
inclinanse las lomas,
y repiten arrullos las palomas.

Porque en tu seno alienta
la luz de la alegría;
el arco vencedor de la tormenta;
el Hijo de María,

la dulce aurora del hermoso día.

III

¡Salem! ¡Salem! Te escondes
cual adúltera vil que rompió el freno;
te llamo y no respondes;
el crimen en tu seno
ronco te grita con su voz de trueno.

Revuélvense los mares;
arde con rayo impuro
el fuego criminal en los altares,
y ante Dios inseguro
cantando guerra se despeña el muro.

¿Por qué la turba grita?
¿Por qué con rumbo incierto
escrespado el Cedrón se precipita?
¿Por qué está en desconcierto
la espantada creación tocando a muerto?

Secáronse las flores;
tigre iracundo ensangrentó el ganado;
huyeron los pastores,
y en el espacio airado
viento de muerte murmuró mi lado.

Y se mira un madero
del relámpago lívido a la lumbre;
y ruge ronco el huracán severo;
y en pedregosa cumbre
se revuelve feroz la muchedumbre.

Y gritos y canciones
resuenan en salvaje algarabía;
rugidos, maldiciones,
y es una raza impía,
que cava a un Dios la sepultura fría.

¡Sodoma criminal! ¡Nínive impura
de la tumba inhumana,
la frente levantad con amargura;
Jerusalén insana
en brazos de Satán es vuestra hermana...!

IV

Llora, pobre Salem; doliente llora
por el pueblo asesino
en noche sin aurora
correrá su camino,
y ebrio de crimen rodará sin tino.

Cual nube gigantea
indómito enemigo hacia la altura
volará en la pelea,
y en olas de bravura
inundará bramando la llanura.

Y arrastrará la púrpura rendida;
y el dulce plectro de oro;
y la mujer vendida,
con incitante lloro
desnudo el pecho le dirá... «¡te adoro...!»

Sin altares ni reyes
el hijo de Judá rasgado el manto
destrozará sus leyes,
y en eterno quebranto
para su gran dolor no tendrá llanto.

«¡Anda!» con ancha boca
le dirá el hondo mar; «¡anda!» la oscura
peña que al cielo toca;
«detente...» la amargura;
¡«duérmete en el dolor...» la desventura...!

Rugirán tempestades
sobre el que fue dichoso;
le cerrarán las puertas las ciudades,
y maldito y odioso
ni aun en la tumba encontrará reposo.

.....

Llora, Jerusalén; tu pueblo amante
con boca dolorida
el cáliz colosal apura errante,
y en su triste corrida

¡tan sólo en el dolor encuentra vida...!

CERVANTES

Gloria a Cervantes, loor
al genio que en alto vuelo,
mojó en raudales del cielo
la pluma del escritor;
gloria al genio seductor,

que asombra, encanta o divierte;
lauros al atleta fuerte
que con sus hercúleos brazos,
arrojó un mundo en pedazos
a las plantas de la muerte.

Él con su genio profundo
y la fe por estandarte,
cual nuevo Colón del arte
buscó para el arte un mundo;
con entusiasmo fecundo

trabajó artista y guerrero;
y al fin consiguió altanero
con gloria que aturde al hombre,
fijar su potente nombre
junto a Dante, y junto a Homero.

Él vio otra aurora lucir
por enmedio del nublado
e hirió de muerte el pasado
presintiendo el porvenir;
dejó en la tierra al morir,

su nombre que el mundo aclama;
de su inspiración la llama
que brilla radiante y pura,
y una copa de amargura
tan grande como su fama.

Titán de la inspiración
con la distancia creciendo,
va un aplauso recibiendo
de cada generación;

y es tan grande la ovación

que da el mundo a su memoria,
que si cantando victoria
se alzase en la tumba fría,
en la tumba se hundiría
bajo el peso de su gloria.

Al escuchar los rumores
que produce su talento,
toma vuelo el pensamiento
para otros mundos mejores;
porque son tan seductores

y es tan pura su belleza,
que cuando a escribir empieza
sobre el mundo su proscenio,
todas las cumbres del genio
se humillan a su grandeza.

APIO HERDONIO

(Oda)

En vano, en vano pasan
los siglos murmurando
sobre el sepulcro humilde de los buenos;
las horas van llegando
a las doradas puertas de la vida;

se acercan, aparecen,
suspensas en el tiempo un punto quedan,
y al fin pasan, y ruedan,
y en el eterno mar desaparecen.

Polvo son las coronas,

polvo la roja espada
que en sangre inunda las revueltas zonas;
ceniza las legiones
del déspota feroz, que al cielo insulta
al clavar en sepulcros sus pendones;

polvo los dioses son; humo tan sólo

la estatua griega que arrancó a la gloria
su rayo celestial; soplo la vida,
viento la tradición, niebla la historia.

Aire es la nube que el espacio llena;
nada la inmensidad; los astros de oro,
imperceptibles átomos de arena
que arrastra Dios en cadencioso coro;
pobre reflejo de la luz celeste
es el hirviente sol; remedio impuro

de la cólera santa,
el ronco mar que arrebatado gira,
y que siglos y siglos fluctuando,
en su cárcel de roca está cantando
de su pobre grandeza la mentira.

Cuanto la mente admira,
ceniza es nada más que el polvo hiere;
pues la creación radiante y soberana
bajo la muerte dormirá mañana,
y no puede ser grande lo que muere.

Pero el rayo divino
que desciende de Dios; el rayo puro,
que abrasa de los genios el camino;
aquel que en otros días
ardió en la lira del cantor hebreo,

y abrasó con sus llamas
las arpas de David y Jeremías;
esa luz portentosa
en cuya ara sagrada,
dejan con fe gloriosa
la imprenta Gutenberg, César la espada,

Cicerón y Bossuet de la elocuencia
la túnica sagrada,
Franklin el rayo arrebatado al trueno,
Virginio su puñal «¡honra!» gritando

al desgarrar el palpitante seno
de la esclava infeliz, su genio Apeles,
Calderón y Petrarca sus cantares,
Murillo sus pinceles,
Colón el mundo que arrancó a los mares;

esa luz que del bueno en la memoria
se llama eternidad, se llama gloria,
por siempre vivirá, que aunque mañana
se desgarre la tierra
bajo el soplo de Dios, y en negro caos

se vuelque el mar, y despeñado el río
de la indomable destrucción arrastre
en trozos la creación por el vacío,
aún su rayo fecundo
se extenderá por la mansión callada,

recordando a la noche de la nada
que en su seno apagado rodó el mundo.

Mas no el renombre del feroz guerrero
que de negra ambición siguiendo el río
en sangre tiñe el criminal acero,

es el que el alma arrebatada anhela...
¡César!... ¡Napoleón!... Ante sus nombres
la humanidad suspira, el mar sombrío,
removiendo en sepulcros su oleaje,
horror cantando hacia los astros sube;

la muerte afila su puñal impío,
y la agitada nube
desciende con terror sobre la frente
del soberbio Montblanc, temiendo acaso
que en el peñón altísimo y sereno

se eleven soberanas,
las águilas francesas o romanas
cerrando el paso al huracán y al trueno.

Mas esos nombres que la mente admira,
falsas grandezas son; la espada rota
dejaron sobre el mundo, y en sus tumbas
la maldición del universo flota;
en vano el arte gime
dulcísimos cantares,
levantando en la estatua o en el lienzo
a sus nombres magníficos altares;

en vano al mundo con su genio asombran

y en vano el mar de su grandeza agitan,
que si los ciegos sus victorias cantan,
las madres de sus tumbas se levantan
y volviéndose a Dios, «¡venganza!...» gritan.

Pero esa gloria pura
hija del bien, que nunca alzó su vuelo
sobre tronos, ni tumbas, ni ruinas;
esa esencia del cielo

que, sin que al mundo asombre,
por cima de los siglos
levanta altivo y vencedor al hombre,
del bueno en la memoria,
esa es la eternidad, esa es la gloria.

A la luz de ese rayo venturoso
el libre te contempla, a ti, del mundo
soberano blasón, Herdonio altivo;
jamás el arte su cincel sagrado
ocupó en tu memoria, ni el poeta
levantó hasta tu solio refulgente
el rico fruto de su altiva frente.
Mas yo, que el arpa santa
con delirio pulsé; yo que sereno
canté a la mar que ruga y se agiganta,

al huracán, al trueno,
a cuanto libre y bueno
sobre la tierra impura se levanta,
a ti alzaré mis pálidos cantares,
que desprecian del déspota inhumano
los cínicos altares,
pues tu virtud que tu recuerdo abona
el noble esfuerzo del cantor corona.

.....

Bajo una noche de baldón impuro
la humanidad dormía
de Roma en la soberbia sepultura;
esclavo el pensamiento,
apenas se agitaba; del tirano
el bélico pendón cruzaba el viento;
del Lacio las legiones
asolaban al mundo; Grecia muda

sus estatuas le daba y sus canciones;
Babilonia su cetro; Tiro esclava
su manto hecho jirones;
de Cartago las rápidas galeras
agitaban las hondas del Tirreno
perdón pidiendo al pueblo soberano;
desde el Ganges rugiente
hasta el monte que mira en sus laderas
levantadas las bélicas banderas
del cántabro valiente,
el pueblo rey en dominante yugo
el guerrero pendón soberbio alzaba,
y el mundo se arrastraba
a las plantas de Roma su verdugo.

De repente altanero
Herdonio ardiendo en fuego sacrosanto,
desnuda el libre acero;
y repitiendo el canto
que de Esparta y Atenas
arrancara las bárbaras cadenas,
«¡libertad, libertad...!» trémulo grita;
del Capitolio los soberbios muros
arrebatao escala; Roma entera
cual torrente a luchar se precipita;
la indómita bandera
domina el muro con pujante vuelo,
y en los aires tremola
pidiendo gloria y protección al cielo;
escala tras escala,
el tirano arrastrando sus legiones,
a dormir del Capitolio prueba
los altos torreones;
Herdonio rueda sobre el alto muro,
y la sagrada libertad se eleva
envuelta en manto oscuro,
para llevar a Dios de asombro lleno
el sangriento puñal que el vil esclavo,
parricida feroz hundió en su seno.

¿Qué hace la plebe impía,
que al bueno no socorre? ¡Esclavos viles!
Ese valiente que en vosotros fía,
es vuestro vengador; oyó el gemido
que se escapaba sin cesar al cielo
de vuestro pecho herido;

vio el pensamiento humano
a los pies del tirano;
rompió del porvenir la nube oscura,
y vio alzarse la sombra del imperio
presando a la razón; vio a las naciones
arrastrando su rota vestidura
a los pies de Tiberios y Nerones;
escuchó el eco horrible
con que en la lucha fuerte
el paria vil en su deshonra bravo,
al César saludaba ante la muerte
para morir esclavo;
oyó el terrible grito de agonía
que en el Circo feroz la madre alzaba,
cuando el hijo rodaba
del pueblo entre la ronca gritería;
en asqueroso lecho
vio a la humilde doncella
profanada la frente, impuro el pecho,
al déspota esperando,
y a Dios y al universo avergonzando.

Vio al hombre envilecido
profanar su misión santa y sublime
al carro de los Césares uncido;
vio a la espantada tierra
convertida en despojo de la guerra;
a la fuerza en razón; la ley en nada;
la batalla en altar; en Dios la espada.

Sobre el peñón maldito
que ve Jerusalén triste y doliente
cual sombra de un delito,
adivinó la Cruz; vio al pueblo rudo
girar al pie del celestial cordero
cual tigre carnicero;
oyó el terrible grito
de la creación que ante el cadáver mudo
en himno ronco de furor rodaba,
y a la lucha corrió con noble anhelo
juzgando necesario,
alzarse en Roma precursor fecundo,
para anunciar al mundo
la libertad cercana del Calvario.

¿Mas qué hacéis entretanto los que viles

bajo el peso de negra tiranía,
en polvo os arrastráis como reptiles?

¡Volad... volad...! esclavos,
como vuela el simoun; a sus pendones
del entusiasmo santo unid la tea...
¡que no muere una idea
cuando tiene por muros corazones...!

Corred a la batalla
arrasándolo todo en el camino
como volcán que estalla;
no deis paz al acero,
hasta aplastar a los que al bueno oprimen,
y evitaréis con vuestro esfuerzo santo
¡lágrimas al Señor, al mundo un crimen,
y a la creación espanto...!

.....

Pero todo es en vano; Herdonio rueda,
y al despotismo infame
tras negra lucha sanguinaria y breve,
su vil pendón sobre los muros clava;
nadie a morir se atreve...
¡Señor... será la plebe
digna de ser esclava...!

.....

Herdonio... duerme en paz; indiferente
a tu recuerdo santo, el mundo gira
del tiempo en el torrente;
jamás de tu sepulcro en el camino
dejó la religión sus oraciones,
ni el arte sus canciones
ni el fruto hermoso del cincel divino.

Sobre cada grandeza
que con tierra en la tierra se agiganta
y que en la tumba a descender empieza,
de admiración un grito se levanta;
y en impuro concierto
el arte y la oración que compra el oro,
viles adulan en indigno coro
hasta la tumba donde yace el muerto.

Mas a ti nadie llega; tu memoria
no tiene sobre el mundo otro terreno
que el corazón del bueno;
acaso el polvo santo
donde latió tu espíritu sublime
lo esparcieron las bárbaras legiones
para mengua del mundo; acaso impío
algún tirano al destrozar tu tumba
dejó insepulto tu cadáver frío,
y acaso el huracán... aquél gran día
en que Dios en el Gólgota moría,
tus cenizas llevó con raudo vuelo
del redentor a la apenada frente,
para que al fin de su destierro humano
te diese allá en el cielo,
la tumba refulgente
que aquí en la tierra te negó el tirano.

Descansa en paz; ni llanto ni oraciones
arranca tu memoria;
te olvidan las naciones;
te olvida el arte; te olvidó la historia;
en su incesante giro
la humanidad no deja ante tu losa
ni un canto ni un suspiro;
mas venganza tendrás; porque mañana
cuando exhale la lira del poeta
himnos de libertad; cuando el fecundo
sol de esperanza que matiza el mundo
se lance de la nube a borbotones,
entonces tus hermanos
al recordar tu poderoso aliento,
alzarán a tu gloria un monumento
con las tumbas de todos los tiranos.

A MI ESPOSA LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PATROCINIO PADILLA

(oneto)

Es altar la familia; piedra santa,
el dulce amor que en la mujer reposa;
sobre esta piedra colosal y hermosa
sus cúpulas de luz la fe levanta.

En el árbol familia, libre encanta
ruiseñor la mujer siempre amorosa;
y dulce o varonil, madre y esposa,
su amor bendice, o sus dolores canta.

Niño era yo, y entre angustioso grito
la muerte hundió mi hogar; su labio fiero,
lo dejó sin calor, triste y marchito;

hoy eres tú mi corazón entero...
¡columna de mi amor! que Dios bendito,
te dé más vida que a mi hogar primero.

A ESPAÑA

(Soneo)

Solar de pundonor; de valor ríó;
columna y valladar de las naciones;
el mundo al tremolar de tus pendones
se espanta de tu noble poderío.

Con Cartago y con Roma, el hado impío
te hizo luchar, por armas tus peñones;
del árabe las bárbaras legiones,
flotaron cual aristas a tu brío.

Venciste sin cesar; y ¡ay! apenada
riegas con llanto de dolor profundo
tu corona gloriosa y venerada;

¡Patria! levanta tu esplendor fecundo;
no te destroces con tu propia espada;
véncete a ti, como venciste al mundo...

LA FE Y LA RAZÓN

I

Cuando la cruz coronó
a la cúpula valiente

que Miguel Ángel potente
sobre el templo levantó,

Dios que escuchaba el cincel
más cercano cada día;
Dios que las piedras veía
subir, subir hasta Él,

al ver la mole arrogante
suspensa en mitad del cielo;
contemplando el raudo vuelo
de aquella creación gigante;

al ver como hasta su pie
soberbio el templo se alzó,
«¡Quién llega hasta mí...!» gritó,
y el templo dijo: «¡La Fe...!»

Entonces Dios, siempre bueno,
bendijo belleza tanta;
por no herir la mole santa
pasó arrebatado el trueno;

la hirviente borrasca impía
al estrellarse en sus muros
llenó los cielos oscuros
de religiosa armonía,

y el sol dejando el tesoro
de su magnífica frente
sobre aquel templo esplendente
tan brillante, tan sonoro,

dio viveza a sus calados;
movimiento a sus pilares;
besó en los blancos altares
los mármoles delicados;

y dando con efusión
su luz clara y purpurina,
fue la lámpara divina
de la gran decoración.

.....

Desde entonces, por liviano

murió el arte viejo y rudo;
sobre el peñón quedó mudo
de asombro el cincel pagano;

la artística Roma en coro
saludó el arte infinito,
con el gran arco de Tito,
con el Circo y con el Foro;

y las estatuas de Atenas
honra de la Grecia esclava;
aquellas diosas de lava
que arrancan fuego a las venas,

en sus pedestales rudos
mudas de vergüenza vieron,
como las yedras cubrieron
sus pechos antes desnudos;

¡y era porque ante el fulgor
de la cristiana pureza,
hasta la naturaleza
velaba por el pudor...!

II

Todo cambió con la luz
que en aquel templo elevaron;
él marca cómo brotaron
nuevas artes de la cruz.

La piedra que antes liviana
hizo eternas las pasiones
arrancando sensaciones
a la impudicia pagana,

bajo el cristiano cincel
que en la gloria se ilumina,
tomó la forma divina
de la virgen de Israel:

retrato del Redentor
la faz amorosa y grave,
trazó el contorno suave
de la madre del dolor;

copió el sollozo, el suspiro,
la fe, la vida, la gloria;
llenó de encantos la escoria
de nuestro pobre retiro;

y era porque Dios, hermano
de los que le amaban fieles
mandaba al mundo cinceles,
para el artista cristiano.

.....

Y no tan sólo el peñón
su ser el arte cambiaba;
también el lienzo entonaba
su más solemne canción.

Mientras Cellini a la historia
daba su nombre y su brillo,
ya fermentaba Murillo
con el fuego de su gloria:

el gigante apareció;
lo eterno brillaba en él;
donde llegó su pincel
sólo su pincel llegó;

empapado en la grandeza
del espíritu cristiano,
con su aliento sobrehumano
domó a la naturaleza;

y de su potencia en pos
volando en vuelo fecundo,
después de abarcar al mundo,
pintó a la gloria, y a Dios.

Gigante que al orbe asombra
bajó a la tumba dejando
al arte nuevo pensando,
y al arte viejo en la sombra;

porque en su audaz corazón
que en sus creaciones se ve,
vivieron mundos de fe,

con mundos de inspiración.

III

¡Revolución esplendente!...
Cuán inmenso es su poder...
la luz se principia a ver
en cada creación naciente.

Cantando un himno profundo
se alzan moles colosales;
con manto de catedrales
principia a cubrir el mundo.

Y no es ya en el Partenón
donde el arte se ilumina;
la basílica mezquina
de la griega ostentación,

es pequeña ante la idea
que en el templo soberano,
cual sol del arte cristiano
bajo la cruz centellea.

El genio volando en pos
del más inspirado anhelo,
coge en la cúpula el cielo
para ofrecérsela a Dios.

Alza la nave altanera
por cima del monte grave;
la cruz corona a la nave
como la luna a la esfera,

y al par que en la estatua brilla,
y el lienzo se anima y llora,
y el arpa consoladora
trémula al genio se humilla;

el cincel, y la canción,
el lienzo, el mármol, el oro,
y el órgano que en el coro
canta nuestra redención,

al alzar su canto allí,

donde a Dios el alma ve,
dicen: «Señor, soy la fe
que se levanta hasta ti.»

IV

Hoy... dormido está el laúd;
dormido el pincel divino;
la estatua gira sin tino
del arte en el ataúd.

Ya lo duros pedernales
no toman formas humanas;
mudas las artes cristianas
no levantan catedrales.

Sólo la música pura,
sólo el arte de Stradela,
como un ruiseñor que vela
de la fronda en la espesura,

cantando gloria o pasión
desde un árbol de otro mundo,
contempla el astro fecundo
de la gran revolución.

V

Es otro siglo... ¡Escuchad!...
El hierro arrumba y golpea;
en el taller de la idea
se funde la humanidad.

El genio que se lanzó
ayer tras de la belleza,
roba a la naturaleza
lo que cien siglos guardó.

A su luz el pensamiento
domina montes y mares;
los peñascos seculares
se desprenden de su asiento,

y en vez de alzarse a la altura

en cúpulas o palacios;
en vez de hendir los espacios
al sol de la arquitectura,

bajan formando torrentes
de la tierra a las entrañas;
unen abiertas montañas,
forman arcos, forman puentes;

y cuando el hombre sereno
los arranca al monte mismo,
o descienden al abismo
o se levantan al trueno.

El cincel que nos asombra
por las obras que animaba,
hoy en las rocas se clava
«¡Paso!» gritando a la sombra:

abre inmensas galerías
en las montañas más graves;
por sus magníficas naves
gigantescas y sombrías.

Raudas, hirvientes, sonoras
corren cubiertas de galas,
locomotoras con alas
más rápidas que las horas.

Allí penetra y se extiende
el hilo en que va el acento;
cuando pasa el pensamiento
la negra sombra se enciende;

porque al verse sorprendida
la virgen naturaleza,
canta a la humana grandeza
confesándose vencida.

VI

¡Siglos de fe y de razón!...
¿Cuál es más grande, Dios mío?
¡Ayer, arte y desvarío...
hoy... ciencia y revolución!...

Ayer el peñón sereno
la gloria de Dios cantaba;
¡hoy la tormenta es esclava,
esclavo el rayo y el trueno!

Ayer el lienzo brilló
con el fuego de Dios mismo;
hoy se ilumina el abismo
que Dios con la mar cubrió.

Ayer en la sombra muda
brillaba la fe bendita;
hoy... entre la luz se agita
cual negra sombra la duda.

Ayer con la fe por guía
sin otra luz ni otro muro,
en lecho de sombra oscuro
la humanidad se dormía;

hoy con fiera voluntad
fijo y seguro timón,
la barca de la razón
conduce a la humanidad;

y por la mar adelanta...
y no detiene su vuelo;
y desde el mundo hasta el cielo,
todo vacila a su planta;

ya está lejos... ¿Dónde irá?
¿Será presa de su ardor?
¡Busca un puerto!... tiene amor...
La nave se salvará.

VII

¡Miradla!... No hay que temer;
siglo que en tan honda liza
tan grandes obras realiza,
sabe adorar y creer.

Mundo que de su ansia en pos
vuela en tan rápido vuelo,

no está solo; desde el cielo
le tiende su mano Dios.

Si los templos seculares
cantan de ayer las creencias,
hoy nuestras propias conciencias
son templos y son altares.

Libre el pensamiento humano
a Dios ofrece su culto;
ese templo tan oculto
es el templo más cristiano.

Alzando en su utilidad
el siglo cuanto proclama,
no se ama a sí, sino que ama
a Dios, en la humanidad.

Por eso la reflexión
nos dice al vernos sentir,
que la fe no ha de morir
ahogada por la razón;

sino que en vuelo fecundo
las dos uniendo sus lazos,
van a confundir sus brazos
para redimir al mundo.

DESPEDIDA

Con el alma dolorida
voy siguiendo mi camino,
y hoy me arrebató el destino
de la patria que es mi vida;
como tierna despedida
voy a dar forma y calor
a mi duelo asolador,
porque en la vital faena,
el alma estalla de pena
si no abre cauce al dolor.

Mañana en otros lugares
mirando gentes extrañas,
veré soberbias montañas,

que esconderán mis hogares;
quizá los férvidos mares
que oculten la patria mía;
mas siempre mi fantasía
recordará con anhelo,
estas flores y este cielo
de mi dulce Andalucía.

Que aquí son más los rumores
de los lagos cristalinos
y son más dulces los trinos
de los pájaros cantores;
aquí rebosan las flores
en los prados virginales;
y confunden sus canales
aguas de fuentes y lomas,
y van juntas las palomas
con las águilas reales.

Aquí por celeste don
de que no da el mundo ejemplo,
cada frente tiene un templo
de arrogante inspiración;
aquí viva exposición
presenta el suelo fecundo;
que Dios con amor profundo
dándonos galas y genio,
hizo a mi patria el proscenio
de la belleza del mundo...

Aquí hay soberbias vestales
que hunden el alma en cadenas,
por ser estatuas de Atenas
fuera de sus pedestales;
hay vírgenes ideales
que con su hermosura fiel
dejando atrás el pincel
son por su dulzura y brillo,
realidades de Murillo,
modelos de Rafael.

Aquí también la nación
tiene página brillante;
aquí está Bailén, gigante
dogal de Napoleón;

España por su cañón
gritó a los vencidos bravos:
«Corred por montes y cabos
a domar pueblos inmundos;
que en el taller de mis mundos
no se fabrican esclavos.»

Arte, belleza, poesía,
valor, virtudes, historia;
¡he aquí los timbres de gloria
que tiene la patria mía!
Al dejarla, pena impía
quita aliento a mi razón;
mas se templa la aflicción
cuando el alma considera,
que con fe la patria entera
se guarda en el corazón.

AMOR MUNDANO

(Soneto)

Yo la juraba amor; por fiel trofeo
mi vida la ofrecí con mis destinos;
sus ojos grandes, cándidos, divinos,
contemplaban mi loco devaneo.

Como tiemblan las almas al deseo
temblaban los remansos cristalinos;
el ruiñeñor cantaba entre los pinos
los cantos de Julieta y de Romeo.

Recordando un amor que es maravilla,
«Tú serás mi Isabel», grité con pena
doblando en su presencia la rodilla;

y ella me dijo con su voz serena:
«Ya me duele el estómago, Marsilla;
convídame a cenar, que no estoy buena.»

AL EJÉRCITO ESPAÑOL, EN EL ACTO DE HACER PÚBLICA LA DECLARACIÓN
DE GUERRA DE ESPAÑA A MARRUECOS

Improvisación

¡Ellos son! ¡ellos son! Ved sus pendones
sobre las olas de la mar rugiente,
que besa las arenas
del África infeliz; ellos, los hijos
de la invicta nación en cuya frente
brillaron cien coronas,
cuando al compás del victorioso canto,
sintió latir los Mundos
entre las orlas de su regio manto.

Vedlos allí; bajo sus pasos fieros,
la tierra se estremece; absorto el mundo
pregunta quiénes son; gimen los mares
llevando con orgullo sus bajeles,
y al despedirse de los patrios lares,
se espantan los infieles.

Los héroes de sus tumbas se levantan
para verlos marchar; ¡Guzmán! ¡Padilla!
¡venid! ¡venid! y admiraréis erguidos
los bélicos leones de Castilla.
Venid; ya la pelea
se agita por do quier; la media luna
huirá otra vez ante el hispano aliento,
como nube de arena
que del desierto al mar empuja el viento...

.....

¡Ellos son! ¡ellos son! Los altos hijos
de Sagunto y Numancia; los que un día
vieron postrarse ante su inmensa gloria
todos los tronos de la baja tierra;
los que al compás de su guerrero canto
dieron su ley a la nación romana,
y hundieron la soberbia mahometana
en las revueltas olas de Lepanto.

Los que siglo tras siglo en honda lucha
bajo la Cruz sagrada
respiraron las auras de la guerra
sin rendirse jamás; los valerosos
que al ronco grito de su patria amada

con santo amor lucharon,
y estrecho el mundo a su valor hallaron.

Los que al audaz coloso
que halló pobre escabel de su grandeza
las cumbres del Moncayo poderoso,
en brazos de su intrépida bravura
le arrancaron el cetro y la victoria,
y con frente serena,
polvo hicieron su gloria
sobre el vasto peñón de Santa Elena.

¡Ellos son! ¡ellos son...! Los que hoy sin calma
cruzan la mar bravía
buscando el lauro y la brillante palma
para honra y gloria de la patria mía.

Ya van a la victoria; ya severa,
la santa Cruz en sus pendones flota;
ya la noble bandera
dobla la mar remota
buscando con afán otra ribera.
¡Madres, padres, hermanos...!
Por ellos no lloréis; las bendiciones
del morador del alto firmamento
sustentan sus pendones,
y el abrasado viento
que en la costa africana
bate la arena ardiente,
llevando entre sus alas la victoria
les hará respirar auras de gloria.

Ellos heroicos son: en sus cabezas
se reflejan brillantes
los lauros de magníficas grandezas,
héroes sus padres fueron;
héroes tienen que ser sus sucesores;
no temas por tus hijos, pueblo fuerte,
porque es tal su bravura
¡que al herirlos cruel tiembla la muerte...!

Y tú, madre; no llores... que mañana
a tu regazo volverá ese hijo
¡ay! a que borres con amantes besos
de su frente la sangre musulmana,
y te hundirá bajo los mil laureles

que arrebató a los bárbaros infieles;
y si alguno arrastrado en la pelea
bajo el alfanje infiel pierde la vida,
cantos eternos le dará la historia;
gloria los mundos y los cielos gloria.

.....
.....

Y tú Señor, que agitas con tu aliento
las ardientes arenas del Sahara;
que haces rugir al mar, volar al viento,
y estremeces con hondo poderío
cuantos mundos ocupan el vacío.

Tú, que al orbe das leyes;
padre del universo, Rey de reyes;
astro de salvación que desde el cielo
bajaste a la colina
para nutrir el suelo
con tu sangre divina...
¡protégelos, Señor!... ellos te quieren...
por ti van a luchar; en sus conciencias,
vive tu imagen sacrosanta y pura,
y tu nombre y el nombre de su patria
repiten con ternura.

¡Protégelos, Señor! Que llegue un día
en que espantados tigres y leones,
el rojo sol del África bravía
ilumine de Cristo los pendones;
la hora bendita en que la tierra impura
salude a Dios bajo su nombre solo,
desde el desierto que produce llamas,
hasta el helado polo.

¡Protégelos, Señor! Ya el mar murmura;
del africano el espantoso grito
se escucha por doquier; roja fulgura
su gumía destructora,
y respira con bárbaro contento
auras de sangre en el hispano viento.

¡Protégelos, Señor! Y allá en la tarde
del suspirado día,
atentos todos a la costa ardiente

del África abrasada;
cuando la nave audaz, se alce valiente
sobre el mar español con la victoria
con santo amor y como tú deseas
diremos todos al cantar tu gloria...
¡Poderoso Señor, bendito seas!

ATILA

Nací poderoso; mis ojos giraron
buscando en el mundo sangriento laurel;
miré a las alturas... los soles temblaron
venganza en mi frente creyendo leer.

Ceñí la corona y al grito de guerra
crucé las montañas rugiendo feroz;
el tigre iracundo que muerde la tierra,
lamiendo mis plantas cobarde tembló.

Crujieron los robles del bosque en la hondura;
los pinos rodaron con sordo rumor;
ardieron los pueblos, alzando a la altura
brillantes hogueras, afrenta del sol.

Naciones y tronos, ciudades y leyes
de alfombra sirvieron al bárbaro audaz;
si alzaba mi brazo, temblaban los Reyes
sentencias de muerte temiendo escuchar.

Besó la victoria mi carro de guerra;
la muerte espantada mi genio aplaudió,
y al verme tan fiero, nombrome la tierra
verdugo del hombre y azote de Dios.

.....

Miraba una tarde con ojo iracundo
al cielo esplendente soñando matar;
sudarios de muerte tapaban al mundo;
flotaba en el éter sangriento cendal.

De un pueblo lejano los gritos oía
y brindis y acentos de alegre festín;
y hermosas doncellas mi mente veía

tejiendo coronas en danza feliz.

«¡A mí los guerreros...!» clamé en mi delirio;
«Un pueblo provoca mi bárbaro afán;
que llore con sangre terrible martirio...
¡mi brazo de hierro su frente hundirá...!»

Y raudo corriendo con ansia de fiera,
blandiendo en las manos el hacha feroz,
llegué a sus murallas, pisé su bandera...
mi ardiente caballo sus muros saltó.

¡Qué gozo! Sus arcos alfombran mi planta,
sus templos profanos hundidos se ven;
la sombra del crimen al verme se espanta;
el mundo cadáver se arrastra a mis pies...!

Hermosas mujeres en rápidos giros
me miran queriendo mi rabia calmar;
sus labios de rosa brotando suspiros,
enjugar la sangre que arroja mi faz.

Y en copas brillantes me ofrecen licores
los altos monarcas del reino infeliz;
y mármoles, arcos, columnas y flores
con lenguas de fuego me cantan a mí.

Y yo poderoso sintiendo en mi pecho
la hoguera rugiente de impura pasión,
arrastro a la virgen al tálamo, hecho
con restos de tumbas del pueblo señor.

Y bebo la sangre del torpe vencido,
y en montes de muertos enclavo mis pies;
y miro la toga del cónsul caído
cubriendo los lomos del regio corcel.

.....

En hora maldita soñé la ventura
de amar con el fuego de todo el amor,
y ansiando delicias, del mundo en la anchura
celestes doncella mi vista encontré.

La traje a mi lecho mentido cariño;
la alcé hasta mi trono; la di mi poder;

el tigre iracundo con ansia de niño,
cual manso cordero besaba sus pies.

Porque era la diosa, como una mañana
del mágico cielo que cubre la mar;
más grata que el eco de trompa lejana
que canta victoria con ronco compás.

Y el héroe gozaba... cantaba la hermosa
la gloria del bravo y el genio del dios;
y el arpa vibrando con voz cadenciosa
llevaba a los cielos su dulce canción.

.....

En noche callada sin calma dormía
soñando combates y glorias sin fin;
mi brazo de hierro la espada blandía
y un mundo de esclavos volaba tras mí.

Buscaba coronas... buscaba placeres
y tronos, y rayos para una mujer,
y carros de fuego con otras mujeres
besando la tierra que alzase su pie.

De pronto resuena terrible alarido;
levanto los brazos con ansia feroz...
despierto... mi lecho de sangre teñido,
me eleva expirante... mi tumba se abrió...

La muerte se acerca terrible y sombría;
dilato la vista con bárbaro afán;
¡la esclava que amante mi cuerpo ceñía,
clavado en el pecho me muestra un puñal!

«¡Venganza!» murmuro con voz angustiada
asido a la muerte... queriendo vivir...
y en torno repite feroz carcajada
la sombra del crimen que viene por mí.

Y escucho a lo lejos la voz de la danza
y risas y cantos de dulce compás;
y caigo en la tumba gritando «¡venganza!»
¡bebiendo mi sangre...! ¡mordiéndome el puñal...!

ESPERANZA

(Soneto)

¡Benedicid al Señor! Alzad las manos,
siervos de ayer, sin sangre ni cadenas;
ya ruedan las fortísimas almenas,
murallas de soberbios y tiranos.

Ya no hay persas, ni godos, ni germanos,
ni verdugos cual Roma, o cual Atenas;
que en las cimas del Gólgota serenas
murió Jesús por enlazar hermanos.

¡Hermosa libertad! ¡presta tus dones...!
Desde el Indo hasta el Rhin, del Volga al Tibre
repite tus magníficas canciones...

Que tu poder en las conciencias vibre,
para que digan pronto las naciones:
bendigamos a Dios... ¡el mundo es libre...!

LA INSPIRACIÓN

(Oda)

¡Ah! ¡que la mente inquieta
siente latir la inspiración, y siente
revelación espléndida el poeta...!

¡Paso a la inspiración... paso al torrente
que despeñado salta
de roca en roca; a los abismos rueda,
y del fondo otra vez surge potente...!

¿Adónde va? ¿qué borde la domina?
Mar sin orilla, viento sin barrera,
desde el mundo hasta Dios vuela sin calma;
su indómita bandera
que nutre el genio para luz del alma,
sobre el mundo magnífica tremola;
vedla flotar en valles y colinas,
en bosques rudos, en quebradas fieras,

en tumbas, en ruinas,
en escombros de pueblos sepultados,
en templos seculares,
en columnas, en pórticos y altares.

Dios la formó; desde su noble asiento
«Ve», la dijo: «a adornar la gloria mía»;
y ella voló en el viento,
llegó a la fantasía,
y produjo del arte la armonía
al levantar a Dios el pensamiento.

¡Inspiración! ¡Inspiración! ¡Qué hermosa
por el espacio vas...! Tu noble manto
al sacudirse el hálito del genio
borda al mundo de espléndidas creaciones;
el orbe es el proscenio
donde aplauden tus obras las naciones.

A tu empuje severo,
se alza el hombre triunfal; por tu grandeza
brota el túmulo austero
revelación de eternidad y vida;
muda naturaleza
depone sus magníficos altares
de rocas hacinadas
a los pies de tus cúpulas bravías,
que libres e inspiradas
repiten soberanas armonías.

Las peñas saltan de la cumbre al valle
si tu genio las cúspides oreo;
como el agua de Oreb brota en la roca,
si tu genio la toca,
de la roca también surge la idea.

¡Paso a la inspiración! Los altos pinos
con el viento modulan sus canciones;
la mar hirviente en sus espumas canta;
el pájaro en sus trinos;
el agua en la garganta
de cimas colosales
por donde bulle lúgubre el torrente;
el volcán en sus antros funerales;
el suelto alud en la fatal pendiente.

Templado al son del universo entero
tu plectro colosal aturde y ciega,
y de Dios en el nombre,
supera al mundo; a lo infinito llega;
refleja al cielo, y transfigura al hombre.

Del vaso de la mar saca armonías;
acordes de la roca
que azota el huracán; nuevos rumores
del torrente que choca
con espectros de torres y de muros,
y de los ecos duros
del trueno que retumba en el nublado
arrebata la ira,
y con grito inmortal pavor inspira.

Sentado en la pendiente de la historia
yo la miro cruzar de mundo a mundo
en el alma inmortal siempre encendida.
La vi surgir al prepotente sea...
del artista sin fin, y vi la nada
adornarse en el arte; vi del genio
la túnica inflamada
bordar la esfera de esplendor y gloria,
y en Tabor de belleza
ceñir de luz al ser; el universo
dio tipo a la creación, y el alma pura
desde su pobre pedestal mezquino,
se levantó a la altura
en ansia eterna del laurel divino.

Aquí cantó a la libertad; más lejos
arcadas en ruinas,
son últimos reflejos
de un poder que pasó; lóbregas grutas
desde el lecho del Indo, forman vía
hasta la negra entraña
donde el ara sangrienta no se orea,
con espanto y horror de la montaña,
y del volcán que junto al ara humea;
columnas y pilares
hablan allá de un Dios, cuya armonía
es la deformidad; mudos altares
en que la yerba crece
atestiguan la fe de un pueblo entero;
y en alfabeto humano

canta el arte fecundo,
la aspiración de un mundo
de la inerte materia soberano.

¿Quién como tú? Donde tu genio excitas
brota la luz; la eternidad te inflama;
si a los bronce agitas,
se eternizan los bronce en tu llama.

¿Qué de las peñas fuera
que en columna o en arco a Dios bendicen?
¿qué de aquellos festones,
de rosas, de caulículos, de rizos,
de fuertes dentellones
ornamento del templo?... En la montaña
como muerta belleza
peñascos sólo sin valor serían;
mas la llamó tu voz; a ti cedieron,
y al resplandor sublime de tu gloria
en tu llama de gloria se encendieron.

.....

Yo vi a la edad primera
nombrar a Dios, y lo nombró en tu lira;
y al decir «¡yo te adoro!»
se levantó en el viento
el amor, desde el címbalo sonoro,
o en columna de jaspe el sentimiento.

La libertad sobre el tirano erguida
soberbio monumento
te ofreció en Salamina y en Platea;
la virtud, la amistad, la fe, la vida,
cuanto elevado orea
el céfiro inmortal, vive en tus brazos;
porque en tu seno fuerte,
el despotismo vil se hace pedazos
y vacila la muerte.

Eterna en Dios, la destrucción constante
se detiene a tu brillo esplendoroso;
yo vi bajo la yedra
del arco derruido
himnos de gloria repetir la piedra;
sentí al friso gritar bajo el arado

del tosco labrador; vi en el desierto
aislado capitel decir tu nombre
al peregrino incierto;
palacios y ciudades
miré en la sombra muda;
brazos de estatuas, zócalos y flores,
escombros de magníficas edades;
y allí en aquel proscenio
de negra destrucción y de dolores,
un cántico se oía;
y era la voz del genio
que cantaba en su tumba todavía...

.....

Vedlos... sus hijos son; ¡paso a la gloria...!
Empujados por cien generaciones
los sustenta en sus cúspides la historia.

Homero, Rafael, Petrarca, Dante,
Virgilio, Calderón, Tasso, Quintana,
y Murillo, y Rembrandt, del sol brillante
reciben los soberbios resplandores;
y otros genios también con faz radiante
oyen de gloria el poderoso grito,
y a lo inmortal se aferran
y escalan por el arte lo infinito.

Los tiempos agitados
tampoco muerden las sagradas tumbas
donde viven los muertos inspirados;
corren los siglos; tras de pasos ciertos,
los horas a las horas se encaminan;
pirámides de muertos
van llegando al osario,
que se nutre de escombros de naciones;
y entre tal destrucción, en tal pelea,
dominando a los mundos y a la historia,
los genios siempre grandes,
fijan su noble planta
del mundano poder sobre los Andes,
su alto poder entonan,
y en su propia grandeza se coronan.

¡Paso al genio...! Mirad... son sus creaciones,

latentes en el alma que suspira;
¡Margarita... Beatriz...! sombras amadas...
¡Laura doliente... pálida Julieta...!
Arpas enamoradas
que cantáis los amores del poeta...
¡Sed fe de amor...! Fecundizar el fuego
que fue puro en los Alpes, y en las glosas
del dulce ruiseñor, y en la ribera
que borda el Rhin de pámpanos y rosas...
¡Imágenes benditas
de fe y de caridad...! Lienzo sublime
donde la forma audaz se transfigura
y por lo eterno gime...

Vírgenes sin contorno
que del genio potente de Murillo
en santa procesión vagáis en torno...
nobles lienzos de fe que el genio orea
haciéndoles latir en los amores
de la infinita idea...
cuadros de vida y luz, sombra y rumores...
no apaguéis los colores
en que el orbe pasmado se recrea.

Y vosotras, naciones esplendentes,
Italia... Grecia... España...
levantad vuestra voz; dulce Apenino,
soberbio Pirineo;
Patmos de oro y laurel, golfo divino
que bulles en canales,
espejo de fragmentos inmortales;
cántabro mar; magníficos escombros
de siglos por los siglos hacinados
que esparce el tiempo al sacudir sus hombros...;
unid los cantos de la historia entera
del genio en alabanza,
y a través de los montes y los mares,
el rudo Dante, Calderón y Homero,
unirán sus cantares
dando esplendor al universo entero.

.....

¡Poder del genio! ¡inspiración gloriosa!
La túnica ostentosa

que del pasado fuera pompa y gala,
en vano la razón si desvaría
pretenderá romper; suelta a los vientos
en pórticos y foros los festones
de tu manto de gloria; canta, llora...
alza los monumentos
que adoran las naciones,
y elévate de triunfos soberana;
la razón es tu ser, no tu verdugo;
fundamento del alma, en ti se ayuda,
se acerca a ti, te reconoce hermana,
y al mundo deja, y en tu fe se escuda.

Aquel vil desvarío
que afrentó a la razón, y arrasó altares,
ojivas nobles, criptas y sepulcros;
el que adoró la forma corrompida,
y derribando a Dios con mano artera
levantó sobre el ara
con espanto del templo a la ramera,
enemigo sin fuerza y sin aliento
a tu fúlgido rayo,
rueda como Luzbel; te ve, se asombra,
se despeña del nublo, abre la cumbre,
y mordiendo la sombra,
se aterra de tu santa pesadumbre.

Pasad... pasad... en vano,
fantasmas de la duda,
pretenderéis oscurecer mi mente;
fuerte es la inspiración... Dios le da brío;
abrid paso al torrente
que corre desde Adán raudo y profundo,
y ha de llegar intrépido y bravío
a la tarde del mundo.

Dios lo quiere, y será; cuando vacile
el orbe ante el Poder; cuando en pedazos
los astros colosales
desciendan por el viento,
y rotas las barreras
del turbio mar, rebase las montañas,
y el volcán sacudido
de su postrer latido
desgarrando del globo las entrañas;
la inspiración en la última criatura

levantará su acento
fuerte en la destrucción; verá en ruinas
cien montañas pasar; oirá el lamento
del vaso de la mar despedazado
por la borrasca loca,
que arrancará las aguas espumantes
de su cárcel de roca;
se inspirará en horror, y rica y fuerte
acompañando la potente ira,
dominará la muerte
levantándose a Dios desde su lira.

EL USURERO

I

Sentado estás contemplando
los productos de tus ansias;
la noche de tu conciencia
tiene en tinieblas tu alma.

Desde un libro al otro libro

corren torpes tus miradas,
y el oro pesas y pesas
con la ambición por balanza.

Planta mísera y estéril,
sólo en escombros arraigas;
tu patria son las ruinas,
tus flores crecen en lágrimas.

El hambre, solar que explotas,
pálido a tu puerta llama,
y cuando «¡piedad!» te grita,
al darle pan, se lo arrancas.

¡Caridad! ¡Rosa del cielo...!
Hija de la Cruz cristiana
madre de las buenas obras,
esposa de la esperanza...
míralo... ¿por qué no llegas?
¿por qué su pecho no ablandas?

¿por qué tus jugos de gloria
no prestan fuego a sus ramas?
¿por qué a su pálida frente
no das rumor con tus alas,
ni das a su amor perfumes,
ni pones dique a sus ansias?

Y la caridad responde...
«Voy con el pobre a su casa;
floto en los hondos suspiros;
palpito en las esperanzas;
me cubro con los harapos
del mendigo y de la anciana;
doy duelo y timbre al gemido,
doy colorido a las lágrimas,
y siempre lo miro yerto,
no encuentro fibra en su alma;
la ambición tapa mi boca,
la codicia me rechaza;
no hay virtud en su conciencia,
ni hay calor en sus entrañas...»

II

Ven conmigo, ven conmigo,
torpe mercader infame;
ven a contemplar tu obra;
ven quizás a avergonzarte.

En ese revuelto lecho
mira un busto miserable:
era una pobre mendiga,
era pobre y era madre.

Sus hijos, flores que mueren
de la miseria en la cárcel,
lloran sin saber si lloran,
rezan sin saber qué hacen.

Insepulto por miseria
ese pobre cuerpo yace,
y un hijo... la única alhaja
coge para sepultarle.

A tu casa va, usurero;

¡míralo...! ¡piensa en tu madre...!
Va por enterrar la suya...
es huérfano... tiene hambre...
a ti se acerca, y no puede;
anda y vuelve vacilante...
quiere expresarse y solloza...
su mano tiembla... ¿qué haces?

Es un santo crucifijo
lo que a tu casa se trae.
¿Lo miras? ¿rezas acaso?
¿Contemplas ese cadáver
santo, hermoso, dolorido,
puro, dulce y venerable?

¿Estás mirando en su rostro
de las espinas fatales
las huellas quizás? ¿Recoges
en noble ilusión las frases
de aquella boca bendita
que en soplo de bien constante
hizo palpitar la tierra,
pidió amor, templó maldades,

besó al hombre su verdugo
y hoy se cierra perdonándole?
¿Meditas quizá la infamia
de aquella turba culpable?
¿Ves el Calvario? ¿Retornas
por medio de las edades
a Jerusalén? ¿Percibes
el paso doliente y grave
de la víctima que en hombros
sustenta la cruz? ¿La madre
ves quizá tierna, amorosa,
dolorida, vacilante,
muertos de llorar sus ojos,
que besa llorando el ángel?
¿Te detienes? ¿qué meditas?
¿qué es lo que tu mano trae?
Es un peso... lo levantas...
pesas el santo cadáver...
lo ves otra vez... lo tocas...
lo devuelves... ¡es culpable...!

No es oro, y tú lo rechazas,

porque ni pesa ni vale.
¡Cristo también algún día
pesará tu tronco infame!
¡pues tronco sólo es el alma
que se alimenta de sangre...!
También tu negra conciencia
torpe, estúpida y cobarde
caerá en la balanza; el cielo,
tribunal inapelable,
te juzgará; tu sentencia,
quien te conoce, la sabe.

III

¿Eres padre? Ven conmigo,
quiero consolar tus penas;
mira un cuadro de familia
dulce, como la primera
santa ilusión encantada
que brota de la inocencia.

En el umbral de una choza
limpia, plácida, y modesta,

y al pie de fuertes nogales
que al cubrirla la sombrean,
palpita un lienzo divino
de Murillo o de Rivera.

Es una madre muy joven;
su frente cándida y tersa,
no puede con los cabellos
que el céfiro desordena;

tiene los ojos hermosos
como el alma que reflejan,
fuerte y robusta la espalda,
ancho el seno, pura y recta
la línea de sus facciones,
dignas de Chepre o de Atenas.

Estatua de amor bendito
a un ángel puro contempla,
ángel que al sentir sus labios,
«madre... madre...» balbucea.

Al pie de un nogal frondoso
cuyo solo tronco cierra
todo el horizonte, un joven
con dulces ojos observa
aquellos amores santos
que en forma humana se besan.

Pasos suenan en el bosque;
¡se repiten...! Ya se acercan,
y una figura, un mendigo
al cándido grupo llega.
La madre con ansia noble
coge una humilde moneda,
y en la mano suplicante
con dulce rubor la deja;

«No puedo más», triste dice,
y se excusa por la ofrenda,
y el pobre «Dios te bendiga»,
repite cuando se aleja.
«Hijo», murmura la madre
al niño que vive en ella,
y que aún no entiende palabras
ni entiende las obras buenas;

«hijo, cuando el desvalido
llame mañana a tu puerta,
dale pan si tiene hambre,
si tiene sed, su sed temple;
si padece, si suspira,
si solloza, si se queja,
llora con él; si te llama,
responde a su voz; si ciega,
dale tu mano piadosa;
ponlo otra vez en la senda.

Jesús, el cordero dulce
que ves en la cruz aquella,
murió por ti; grande y bueno
sembró su amor en la tierra,
y ante el cetro de la muerte
rindió su santa cabeza.

No abandones al que llora;
la caridad, mensajera

es de Dios; el que la sigue
al pie del eterno llega.»

.....

¿Qué dices de tal doctrina?
¿tienes hijos? Cuando sean
hombres como tú, mañana
cuando en la social faena
se presenten, ¿qué recuerdos
te deberán por herencia?

¿Han visto cuadros tan puros?
¿Han visto la santa escena
que la caridad practica
donde hay amor? ¿Las eternas
poderosas vibraciones
que parten del alma buena
y que al estallar en obras
nos animan y consuelan,
las han comprendido?... ¡Calla...!

Con tu codicia rastrera,
sangre pobre y corrompida
les has filtrado en las venas.
Tus hijos no oyen los ecos
del consuelo a las dolencias;
con otro licor se sacian,
otro pan los alimenta.

Ellos ven tasar el llanto;
poner rédito a las penas;
saben que el hambre es dinero;
sólo en el oro ven fuerza.

Tasando necesidades
te ven las horas enteras,
y ven brotar su abundancia
de las desgracias ajenas.

El corazón no lo sienten
cuando a tu pecho se acercan;
que un usurero, a ser padre,
de ser padre se avergüenza.

No saben la fe de Cristo,
ni el valor de Cristo aprecian;

¡que un crucifijo en tus manos
sólo vale lo que pesa...!

Atracado estás de oro
como de carne la hiena;
serpiente social, tú vives
enroscado en la miseria,

y haces de andrajos diamantes,
y haces del hambre moneda;
del desconsuelo esperanza,
gloria vil de la materia.

Tu fábrica, sus cimientos
en tu corazón asienta,
y no hay piedad en sus obras,
que es tu corazón de piedra.

Cuando lloras, nadie te oye;
si sufres, nadie se acerca;
si llamas, triste silencio;
si mueres... pocos te rezan.

La impiedad, que fue tu guía,
cuando sufres no te deja;
¡la caridad! no la implores;
¡el amor! a ti no llega;
no hay piedad para el infame
muladar de tu grandeza.

.....

Llora, miserable, llora,
pide a Dios con ansia eterna;
sofoca con tus plegarias
de tus víctimas las quejas;

la vara, que cristalino
raudal arrancó a la peña,
puede aún arrancar virtudes
de tu corazón de fiera.

Llora... comprende lo grande
de practicar obras buenas;
ten fe en el amor divino;
no tiembles si al bien te acercas...
y a Dios pide... que es su gracia

más grande que tu miseria.

ESPAÑA E ITALIA

¡España! Su nombre solo
domina el mundo asombrado;
su estandarte, colocado
sobre el Atlas y en el Polo,

proclama con alto brío
al orbe ante quien tremola,
de la alta tierra española
la grandeza y poderío.

¡Italia! También nobleza
refleja en sus hijos fieles;
los más hermosos laureles
toman brillo en su cabeza.

Del cristiano el estandarte,
es su vida y su tesoro;
con rico manto de oro
la cubre el genio del arte,

y en lucha que nadie doma
contra el germano o la Galia,
es grande al llamarse Italia,
como brillante al ser Roma.

Flores que la tierra aspira
dan envidia a las naciones;
porque valen sus blasones
más que el mundo que los mira:

por eso en eternas lides
no dan paz a sus querellas;
por eso cubren sus huellas
con Farnesios y con Cides,

y por eso entre el espanto
de la tierra y de la historia,
firman páginas de gloria
como Numancia y Lepanto.

.....
Los golfos encantadores,
los montes de azul eterno,
los valles donde el invierno
no puede matar las flores;

los cielos, de Dios alfombra,
que las cubren y las miran;
las estrellas que suspiran
si no las ven en la sombra;

las ciudades de altos muros,
los sepulcros altaneros,
los templos siempre severos,
los pechos siempre seguros;

las entusiastas porfías,
las glorias de sus varones,
sus estatuas, sus canciones,
sus lienzos, sus armonías,

todo las une en la historia
y sus grandezas proclama;
todo las lleva a la fama
sobre caminos de gloria...

.....
¡España! ¡Italia!... Las dos
proceden de un mismo ser;
Roma, les dio su poder;
¡su genio gigante, Dios!...

Ingrata la humanidad,
a las dos rasgó las venas;
sangre tiñó sus cadenas
al grito de libertad.

Y elevando su estandarte
las dos en bárbaras lides,
dieron a la Guerra Cides,
como colosos al arte.

Hermanas ante la historia,

su luz al orbe fascina;
¡el sol que las ilumina
se llama el sol de la gloria!...

Si Miguel Ángel en pos
de su gran genio profundo
resucita en Roma un mundo
por asemejarse a Dios,

aquí, con frente altanera,
¡Cervantes, alma inspirada,
con sólo una carcajada
derriba una edad entera!

Aquí se adora el laurel;
allí, de la gloria el brillo;
¡en España, está Murillo!...
¡en Italia, Rafael...!

Allí la absorta razón
canta al cantor del infierno;
aquí, ciñe lauro eterno
la frente de Calderón.

Aquí el entusiasmo mora;
allí la grandeza inflama,
aquí, se vive y se ama;
allí, se canta y se adora.

Por eso el mundo suspira
si en ellas su duelo templa;
por eso quien las contempla,
al amarlas, las admira...

.....

Hoy agitadas, ardientes,
por cien pasiones minadas,
tristes, ciegas, apenadas,
llenas de sangre y dolientes,

en hondas luchas caminan;
sobre sepulcros golpean;
pendón fratricida ondean;
montes de muertos hacinan;

apóstoles criminales
hieren a las dos naciones;
sus insensatos pendones,
que llevan los vendavales,

levantan el rudo lema
de una libertad impía;
su luz, oscurece al día;
su aliento de guerra, quema.

Hiriendo a la humanidad
quieren, en mengua del hombre,
hundir de Jesús el nombre
para alzar la libertad;

sin mirar faltos de luz
y ebrios de error infecundo,
que la libertad del mundo
tiene por madre la Cruz.

.....

¡Ah! ¡que las nobles naciones
cumplan su misión de gloria;
que no arranquen de la historia
sus más hermosos blasones!

Que con la Francia su hermana,
unidas contra la muerte,
formen el pueblo más fuerte
de toda la raza humana.

Que no las hagan pedazos
torpes querellas mezquinas;
que las águilas latinas
se eleven desde sus brazos,

y dilatando las alas
sobre el mundo y bajo el cielo,
den vida y amor al suelo
con su luz y con sus galas.

.....

¡Francia noble!... ¡España altiva!
Italia mártir, doliente...
pueblos que del continente

sois la eterna siempreviva;

cumplid vuestra alta misión,
dando al Hacedor tributo;
la libertad es un fruto
que vive en la religión.

MARÍA

(Oda)

I

Los que lloráis sin calma;
los que con hondo anhelo
vais en la pena desgarrando el alma;
los que al sentir el duelo
ebrios de duda os olvidáis del cielo.

Esposas sin amores;
esclavos en cadenas;
vírgenes sin frescura y sin colores;
huérfanos, que entre hienas
no tenéis otro hogar que vuestras penas...

Madres dolientes; pobres ateridos
que en los atrios lloráis; pálidos seres,
informe unión de sombras y gemidos;
tristísimas mujeres
que apuráis el dolor tras los placeres.

Sedientos de ventura;
espíritus sin paz, almas sombrías
en donde vive errante la amargura;
imágenes impías
que vais muertas sin flores ni armonías;

¿por qué acrecéis el duelo?
¿por qué os destroza el mundanal quebranto
con sus garras de hielo?
¿por qué con dulce llanto
no buscáis el raudal del amor santo?

Hay un mar venturoso,
en cuyo seno dulce y cristalino
halla el dolor reposo;
¡los que vagáis sin tino...
dirigiros con fe por su camino...!

Sus brisas son aliento
del Supremo Señor; a sus rumores,
dan las alas del ángel movimiento;
su ribera de amores
tiene Justos y Vírgenes por flores.

En él, deja su estela
la santa nave que al Señor camina;
en él, dulce riel
la estrella que ilumina
sobre alta cumbre la ciudad divina.

¡Ah! Si lloráis sin calma,
buscad otra ribera
de duelo y de pesar, de horror al alma;
el que vivir espera,
no levanta la muerte por bandera...

II

Estrella misteriosa;
dulce laurel sagrado;
espuma vagarosa;
mar siempre sosegado;
jardín de amor por el amor cuidado.

Imagen venerable;
corazón de la vida que en fe alienta;
columna inquebrantable
que en el hombre se asienta,
y llegando hasta Dios a Dios sustenta.

¡Consuelo, luz, ventura...
madre, refugio, hermana...
vida santa y dulzura...!
¡Purísima mañana,
gozo inefable, caridad cristiana...!

¡Gloria de las esferas...!

¡Del mundo cielo, de los cielos día...!
¡Madre! si no existieras,
triste el mundo estaría,
y el hombre en su orfandad... ¡te inventaría...!

III

Yo he visto a las ciudades
rodar en polvo vano;
tras rudas tempestades,
vi al corazón humano
asombrar con su furia al Oceano.

Contemplé a la miseria
rodando sin amor y sin consuelo;
vi a la brutal materia
amenazando al cielo,
y en ansia loca levantar su vuelo.

En saturnal odiosa
he visto cien Bacantes
mal prendida la veste licenciosa,
y en senos palpitantes,
el crimen y el dolor luchar gigantes.

He visto en peso frío
a un lado la virtud adormecida,
al otro el oro impío;
y en pos de la partida,
señor el oro, y la virtud rendida.

Por el furor desnudo
he mirado el puñal; lo he visto insano
romper cien veces el cadáver mudo,
y he mirado al tirano
levantarse ante Dios contra su hermano...

Y vi en cadalso fiero
a la justicia sin pudor violada;
y al verdugo altanero;
y a la virtud sagrada,
sobre el poste del crimen reclinada.

Y quise en mi tormento
maldecir y dudar con ansia impía;

mas percibí tu acento,
y al verte, Madre mía,
¡tu aliento fue mi fe, tu amor mi guía...!

IV

Te vi pura y brillante
llevar al Hombre Dios; sentí tu grito,
de gracia al cielo por su don amante:
vi tu amor infinito
velar la cuna del amor bendito.

Te vi junto al madero
cuando el orbe rugiendo en ansia loca
lloraba por la muerte del Cordero;
vi al beso de tu boca,
temblar al trueno y palpitir la roca.

Te vi tender valiente
tus brazos al Señor pálido y yerto;
te vi triste y doliente
besar con labio cierto,
una vez y otra vez, a Cristo muerto.

Te vi junto a la fosa
sublime sollozando;
te vi santa y hermosa
las manos levantando,
bendiciendo al Señor... ¡y perdonando...!

Entonces, Madre pura,
lloré tu duelo en tan sagrada escena
olvidando la vida y su amargura;
¡quien siente su cadena,
ni se atreve a llorar junto a tu pena...!

A ESPAÑA

(Por las victorias del Pacífico)

Como muerta te juzgaron;
e hijos tuyos te ofendieron;
el sol de tu gloria vieron

y en su orgullo no cegaron:
«Duerme», los viles gritaron;

«nuestra madre, la que un día
salvando la mar bravía
dominó nuestra ribera,
rota la vieja bandera
se acerca a la tumba fría.»

«Pasó su imperio al azar;
secos están sus laureles;
sus indómitos bajeles
se hundieron en Trafalgar;
cansada de pelear

mira sin sangre sus venas;
sus horas grandes y buenas
cambiáronse en amarguras,
y canta sus desventuras
al compás de sus cadenas.»

Así, con vil deslealtad,
dijeron torpes y vanas,
dos repúblicas livianas,
mengua de la libertad;
de su madre la piedad

juzgaron degradación;
con miedo en el corazón
sobre su madre se alzaron,
y en su afán la amenazaron
con el puñal de Nerón...

Mas ¡ah! que el furor delante
no vieron en su deseo,
que nunca llega el pigmeo
al corazón del gigante;
tocó el puñal vacilante

de nuestros lauros la rama;
los héroes que el mundo aclama
sobre los mares se irguieron;
¡lo que por su patria hicieron,
ya es asombro de la fama...!

¿Dónde están esas acciones

que son de la España mengua?
¿dónde hay brazo, dónde hay lengua,
que insulte nuestros blasones?
¿quién abate los pendones

de este pueblo sin segundo?
¿quién toca al laurel fecundo
que arrancando de su historia,
cubre con ramas de gloria
todas las glorias del mundo?

¡Degradación...! Tal idea
merece que se la aclame,
digna por torpe e infame
del pueblo vil que la crea.
No es cobarde quien pelea

dominando su ruina;
no es cobarde quien hacina
cuando muerta se la llama,
tumbas que cubre la fama
con su túnica divina.

¿Qué raza supo luchar
como en Lepanto y vencer?
¿qué pueblo supo caer,
como España en Trafalgar?
¿quién hizo a Roma temblar

asombrando a las edades?
¿quién tras rudas tempestades
vio en todas sus convulsiones,
murallas de corazones
guardando sus libertades?

¿Qué pueblo, cual él, fecundo
domó los mares desiertos?
¿qué pueblo llenó de muertos
el Atlántico profundo?
¿quién postró de todo un mundo

cien siglos de vida y cien?
¿qué raza, erguida la sien
y en pos de esperanzas grandes,
levantó sobre los Andes
la cruz de Jerusalén?

El Líbano, el Helicón.
el Cáucaso, el Atla fiero,
el Rhin, el Nido severo,
el Ganges, el Marañón...
¡no hay corriente ni peñón,

piélago, cumbre o ribera,
donde la hispana bandera
deje de decir con gloria,
que está escrita nuestra historia
con sepulcros en la esfera...!

Y en vano poder mezquino
nos herirá con su saña;
porque es necesaria España
de los mundos al destino;
su genio sigue un camino

grande, elevado y fecundo;
templo en la historia profundo
si vacilase algún día,
al hundirse, aplastaría
con sus escombros al mundo...

Guerras, sombras, tempestades,
ha poco nos agitaron;
nuestros padres expiraron
sin luz y sin libertades;
estúpidas liviandades

mancharon la regia cumbre;
del sol la vívida lumbre
no vio nuestras dos riberas,
y hundió el mar nuestras galeras
¡harto de su pesadumbre!...

¡Cayó España...! Nuevo Atlante,
cedió al destino tirano;
el peso del Oceano
dobló su espalda pujante;
mas de súbito, un gigante

toca a sus glorias divinas;
¡España vio en sus colinas
arder extranjero rayo,

y al fuego del Dos de Mayo
resucita entre ruinas!...

De allí su grandeza truena
y nueva vida ambiciona;
San Marcial, Bailén, Gerona,
llevan sus cantos al Sena;
de fe y de pujanza llena,

asombra a la nueva edad;
la aclama la humanidad
muralla del continente,
y al alzarse independiente,
se alza con la libertad...

Hoy se agiganta su gloria,
y aún más su acento retumba;
ya los laureles de Otumba
reverdecen en su historia;
fatigada la victoria

se alza del mar a través;
los pueblos en su interés
de asombro y de amor se agitan,
y en sus túmulos palpitan
Pizarro y Hernán Cortés.

«¡Gloria!» en Lepanto resuena,
«¡Gloria!» Trafalgar murmura;
la mar, ancha sepultura,
mueve sus tumbas de arena;
de muertos larga cadena

cruza los dos oceanos,
y en golfos americanos
cantan cánticos divinos,
almas de nuestros marinos
saludando a sus hermanos...

¡Allí tras hondos afanes,
glorias y glorias se enlazan;
allí sobre el mar, se abrazan
los Núñez y los Bazanes;
cien soberbios capitanes

ornan la nueva victoria

y el mar quede nuestra historia
siente el poder ostentoso,
ruge y se agita orgulloso
de sostener tanta gloria!

.....

Mas ¡ah! que el arpa sonora
bajo la pena se inclina...
¡nuevas víctimas hacina
la pasión desoladora!...
Ya la España vencedora

cambia en dolor su altivez;
de luto cubren su tez
sombras y duelos prolijos;
¡que están luchando sus hijos
con sus hijos otra vez!...

¡Nueva lid! ¡nuevo rencor!
¡nuevos sepulcros de hermanos!
España, rojas las manos,
desfallece de dolor...
llanto desconsolador

sienten las manos brotar;
¡que mueren sin vacilar
sus hijos en cruda guerra,
fratricidas en la tierra,
y gigantes en el mal!...

¡Bárbaro, crudo destino
que así nuestras glorias mata...!
¿por qué la soberbia ingrata
nos corta siempre el camino?
¿por qué ese esfuerzo mezquino

para hacer de un pueblo dos?
¿a qué delirar en pos
de miserables empeños?
¿a qué mostrarnos pequeños,
si nos hizo grandes Dios?

¡Patria... tu aflicción deploro,
y en tu regazo suspiro;
cuando tu grandeza miro,

más tus desventuras lloro;
nuevas víctimas en coro

se mezclan en tu memoria,
y como siempre, tu historia
revuelve en su desventura,
el llanto de la amargura
con el llanto de la gloria!

FILOSOFÍA DE UN VICIO

¿Qué es beber? ¿cómo decir
al que tal quiere saber?
No se puede definir,
que hasta vivir, es beber
la esperanza de morir.

Las abejas en las flores
beben sus mieles preciadas,
y los dulces amadores
beben luz en las miradas,
beben gloria en los amores.

Dios, inmenso mar profundo
de amor, de gloria y bondad,
es bebedor tan fecundo,
que tiene por vaso el mundo...
por licor, la humanidad.

Por eso cuando el pecado
se alza sobre el mundo ciego,
rompe Dios el vaso airado,
y arroja el licor viciado
sobre montañas de fuego.

En estos hondos aduares
donde hasta el dolor se agota,
bebemos entre pesares
la ventura gota a gota,
los desengaños a mares.

De la pena el brazo fuerte
con furor nos encadena,
y tanto licor nos vierte,

que al descender a la muerte
vamos borrachos de pena.

Por eso juntos brindemos
sin pensar en lo que fuimos
ni llorar lo que seremos;
y ya que unidos nos vemos,
bebamos... pues que vivimos.

LA MARCHA DEL CALIFA

(A Muley-Abbas)

Aláh es grande; Mahoma su profeta;
él altivo preside
del humano el incógnito destino;
él el poder y la grandeza mide;
él eleva al creyente en la otra vida

hasta el mágico Edén en donde mora,
el coro virgen que al amor convida;
él numera las hojas que estremece
el huracán bravío;
por su mirada el astro resplandece;
por él hacia la mar camina el río.

Por él suena la voz; huele el olfato,
y por él, gran Muley,
naciste cuasi rey
en lugar de nacer gallina o pato.

Por él, Califa, con tu brazo impío
elevaste la altiva media luna
citando al español a desafío;
por él tras lucha fiera
rodaste al fin sobre tus huestes rotas
postrando en tierra tu soberbio alarde;
por él viniste a corregir las notas
y por él hoy te vas; Aláh te guarde.

Vas a partir; la cortesana villa
por largo tiempo vestirá de luto
al recordar tus gracias... africano;
vas a partir, y de pensarlo lloro;
ya no veré tu despejada frente,

ni tus miradas al amor despiertas,
ni tu boca inocente,
almacén de marfil con cuatro puertas;
ni admiraré tu porte
ni de tu hermosa barba los matices,
ni veré esas narices
que envidian las narices de la corte;
ni veré ese alquicel blanco y flotante
que recordar me hacía
el alquicel de tu compadre o suegro
el soberbio Boabdil, que en horas fieras
al África se fue con tantas veras;
que de tanto correr se volvió negro.

Aláh es grande; Mahoma su profeta;
guardadas en su mano
están las esperanzas y alegrías;
él a pesar de nuestro duelo eterno
al África te llama,
quizá previendo como buen hermano,
que está encima el invierno
y te encuentras en ropas de verano.

Por eso España llora,
porque España, Califa, te quería
sin ninguna doblez, sin condiciones,
tan sólo por amor a tu hermosura,
y no hay que hablar de cuentas ni de ceros
en este centro de las dos Castillas,
que España da contenta sus dineros
por mirarte en cuclillas;
equivoca postura
que según las diversas religiones
puede tener distintas traducciones.

Nuestras razas, amigas siempre fueron;
salvo allá en lontananza
algunos disgustillos que tuvieron
por exceso quizá de confianza
en Túnez, el Salado, Covadonga,
en Clavijo, las Navas,
Caltañazor, Orán, Sevilla,
en los mares de Génova y Lepanto,
en Aragón, en Murcia y en Castilla;
por lo demás, la historia es buen testigo,
el pueblo castellano

siempre apreció a tu pueblo como amigo,
y aun me atrevo a decir que como hermano.

Hoy ese mismo pueblo, fiel te adora;
te aclama, desatina
si al cabo de una hora y otra hora
sorprende tu perfil, tras la cortina
de tu rica y soberbia estancia mora;
y es tal a ti su amor, que haces dichoso
al que te ve tan blanco y tan hermoso.

Aláh es grande... Aláh tan sólo sabe
lo que conviene hacer; él nada trunca;
mas a pesar de Aláh, yo te lo imploro...
no te vayas, carísimo tesoro,
o si acaso te vas, no vuelvas nunca.

No es tan mala la vida
que pasas por aquí: si otra deseas,
recuerda sólo un rato
el que vives muy bien, y muy barato,
que comes, no trabajas, y paseas.

Si es que recuerdas con dolor profundo
las ricas producciones
de tu suelo natal, detén la vista
sobre las de esta deliciosa tierra;
aquí hay cedros magníficos y cañas;

piñones, y bellotas,
y dátiles, y cocos, y castañas;
hay finos y arrozales,
y aunque sé, porque estudio geografía,
que es tu tierra muy rica en animales,

te diré que aquí hay tigres, y camellos,
y de seda magníficos gusanos,
y caballos de raza, que por bellos
has de juzgar paisanos.
Hay águilas pujantes,

y cuervos que acechando los festines
se alimentan de restos repugnantes;
y hay entre otros excesos,
en este suelo que por rico aterra,
muchísimos camuesos,

y quizá más naranjos que en tu tierra.
Moro... ve con Aláh; todo arreglado
lo dejas tras de ti; ya, ni aun raíces
nos quedan del pasado;
éramos pobres, y nos dejas ricos;

te hemos visto además... somos felices.
En breve el mar sereno
feliz te llevará sobre sus olas
a los brazos del fiero Sidi-Hemete,
mojadas aun tus fénebres mejillas

con todo el llanto de las dos Castillas.
Y llorarán las hembras españolas...
y llorarán los hombres...
y al recordar tus glorias
de pena rebosando,

llorarán los establos y las norias,
y hasta el Banco Español de San Fernando.
¡Adiós! ¡adiós! te vas... destino insano...
ya en la locomotora
te espera el maquinista...

lágrimas y dolor... todo es en vano;
memorias a tu hermano;
que te conserves bien, y hasta otra vista.

SOBRE EL VOLCÁN

¡Es el cráter! Abajo entre las sombras
se oye al fuego tronar
la nube que corona la montaña
también tronando está.

Cañón de roca que a los cielos mira
en breve va a estallar;
mensajeras las cúspides de humo
llegan al huracán.

¡Sobre tu borde estoy! Yo te contemplo;
levántate a luchar;
tu lava seca al pensamiento mío,

jamás calcinará.

Las corrientes de fuego que del mundo
por las entrañas van,
al pasar a tus pies miran el cielo
y hasta él quieren llegar.

En tu boca, flamígeras serpean;
se lanzan más allá...
y al fin se tornan en ceniza fría...
¡así es la humanidad...!

En torno de tu cráter, la montaña
yerta y pálida está...
tú asesinas las vides y los árboles;
el fuego es tu puñal.

Mas ya principias; tus entrañas secas
rugen por estallar,
como rugen hambrientos los chacales
sobre el festín brutal.

Hasta el nublado la columna sube,
flota y se ensancha audaz;
sudario de venganza cubre al mundo;
¡temblad! ¡seres! ¡temblad...!

En el oscuro y poderoso tronco
de la negra espiral,
vibra raudo relámpago que esparce
siniestra claridad.

Rojo está el monte, roja la caverna,
rojo y trémulo el mar;
sangre brotan las aguas y las rocas,
¡sangre! ¡sangre! no más.

Ya los pobres labriegos de los valles
se aterran de tu afán...
la campana solloza en la Abadía
¡piedad! Señor... ¡piedad!

Vertiginoso el piélago iracundo
siente tu fuerza audaz;
sacudiendo tu fuego sus entrañas,
lo quiere hacer bosar.

Las llamas crecen; trepan por la nube;
hacia los astros van;
los astros espantados, a Dios dicen...
el mundo ardiendo está...

El mar que se alza en irritada espuma
llegar quiere al volcán;
el humo al sol; la roca a las estrellas;
el fuego... ¡más allá...!

¡Espanto por do quier...! Sonó a los mundos
el término de paz;
el incendio amenaza al universo;
¡quién lo dominará!

Las llamas en los antros de la tierra
mueren sin claridad
soberanas un punto, a la venganza
se lanzan con afán.

Esclavas de los montes, como Atlante
sustentó al ancho mar,
sustentaron cien siglos de los mundos
el peso colosal.

Hoy se sublevan; en torrentes suben;
victoria cantan ya;
ceniza van a hacer del universo,
¡ceniza nada más...!

Bosques... mares... augustas cordilleras...
mísera humanidad...
pedid a Dios, pedid; fuego es el cielo,
fuego el monte y el mar.

Mas ¡ah! silencio... La montaña pierde
su palidez fatal...
¡Suenan el grito de Dios!... escuchad... dice...
«De aquí no pasarás...»

Cede el coloso; en densos pabellones
flota el humo al azar...
se apaga el fuego... ¡el sol desde la cumbre
brilla con majestad...!

¡Orgullosa poder...! Estás vencido...
no te levantes más;
Dios en tu cráter colocó su mano,
¡Dios aplastó al titán...!

Tranquila está la plácida colina;
tranquilo duerme el mar...
¡oscuro como el crimen y sombrío
se alza mudo el volcán...!

.....

¡Poder del mundo! ¡ciencia soberana!
¡soberbia humanidad...!
¡Lava rebelde que hacia Dios te elevas
queriendo a Dios llegar...!

Oye la voz que sobre el cráter grita...
oye el grito triunfal...
lo que dice al volcán dice a tu orgullo:
«¡De aquí no pasarás...!»

MAGDALENA

Miradla... cede o avanza,
por do quiera sollozando;
su túnica no la alcanza;
que va tras ella flotando,
también como su esperanza.

De sus trenzas el tesoro
rueda en cascada brillante,
y tras las hebras de oro,
se ve su triste semblante
calcinado por el lloro.

Fue lúbrica cortesana,
y ahora es pobre penitente;
de su frente soberana
rodó la corona ardiente
a un soplo de fe cristiana.

«¿Dónde está Jesús?» llorosa
dice en valles y colinas;
«¿dónde está su faz hermosa?»

¿dónde las dulces doctrinas
de su doctrina piadosa?»

Y lo ve... llega... y murmura...
«Yo soy la mujer impura,»
y hunde en polvo su belleza,
y ante la eterna grandeza
se confunde en amargura.

Jesús la mira, y bendito
dice con eco sublime:
«Tienes el rostro marchito...
yo perdono tu delito;
quien me quiere, se redime.»

¡Bondad del eterno Ser!
¡obra digna del Señor!...
¡ah! que yo te vuelva a ver...
¡lienzo santo del poder...
cuadro hermoso del amor!

Reclinada la que implora;
Jesús, noble ante el delito,
y en forma consoladora,
el perdón, ángel bendito
besando a la pecadora.

.....

¡Cristo! ¡rosa de piedad...!
¡mártir del amor fecundo!
da vida a la humanidad;
la flor de la caridad
se va secando en el mundo.

Pon tus espléndidas manos
sobre pueblos y coronas;
siembra piedad entre hermanos,
y así como tú perdonas,
¡que perdonen los tiranos...!

LA RELIGIÓN

(anto)

A mi querido amigo el distinguido poeta D. Juan Antonio Viedma

I

«Yo soy la fe; mi trono es la belleza;
mi cetro el puro amor; la verdad santa
mi eterna aspiración y mi grandeza;
mi nombre vive escrito
por el genio inmortal, en cien blasones
de roca y de granito,
corona y esplendor de las naciones.

Mi aliento es Dios; el hombre mi tesoro
cuando su mano tiende hacia la mía;
cuando enjuga su lloro
en mi seno de amor, y se extasía
volando al cielo entre mis alas de oro.

Sin mí, el dolor abrume
cual la tormenta al mar, en esas horas
negras y destructoras
en que ruedan los truenos por la espuma;
sin mí es la ciencia del talento yugo;
oscura la verdad; la vida incierta;
sin mí la humanidad respira muerta
en la vil negación que es su verdugo.

Yo soy la religión; soy la esperanza
con que cuenta al pasar del mundo al cielo
la mísera criatura,
vil aferrada al suelo
por un grano de arena; soy la vida
del alma poderosa
que al verse grande y a la tierra uncida,
con esfuerzo triunfal tiende sus alas
desde el peñón ajeno,
y entra de Dios en el eterno seno
entre pompas y músicas y galas.

Cuanto produjo al arte, no es fecundo
si no busca mi luz; en vano el foro,
y el circo del romano,
asombro falso arrancarán al mundo
mostrando sus detalles por tesoro;
donde no está mi aliento, no hay belleza;

lo bello es Dios; mi genio su camino;
la vil naturaleza,
mi esclava puede ser, no mi destino.»

II

«El amor inmortal, el genio fuerte,
el Dios de las edades;
el que ligó la vida con la muerte;
el infinito, el santo,
el solo grande en la región serena
del alma noble y buena,
sintió su amor inmenso, rebosando
en su propia grandeza; miró oscura
la nada ante su pie, la luz hermosa,
reflejo de sí mismo,
iluminó la sombra; ardió la idea,
y ante el potente sea
palpitó la creación en el abismo.

Y fue la luz; el dedo del gigante
la bóveda trazó; mundos de oro
en la cúpula audaz se condensaron,
y otros mundos caían
y alumbraban la nada mortuoria,
como espigas de gloria
que del manto de Dios se desprendían;
cual corazón del cuerpo vacilante,
el sol lució; su vuelo en el espacio
hizo vibrar la luz; fuerte y fecundo
vio alzado su palacio
en la cima del mundo,
y alumbró la creación; el aire, el fuego,
las aguas agitadas,
cruzaron por las sombras espantadas
en remolino ciego;
las tierras y las olas se besaron
bajo la fuerte voluntad; los mares
roncos alzando entre la densa bruma
magníficos cantares,
rizaron con su espuma
los bordes de la arena; jugo y vida
pidió el tronco al peñón; y sus destinos
enlazando a la par, grande y sereno
hundió el monte en el trueno

su corona de abetos y de pinos

Bajo el santo poder bañó la vida
de vida a la materia;
se armonizó la forma; corrió fuerte
por la robusta arteria
la sangre a su placer, y en la armonía
el instinto nació, por tierra y viento,
por montes y por mares
cruzaron al azar libres legiones
de monstruos y de fieras;
y al Hacedor cantaron,
y en el árbol creación se aposentaron.

Nació el hombre; criatura preferida,
vi a la materia del divino aliento
una chispa en su seno, y encendida
con el fuego de Dios, al ver su gloria,
al contemplarse en Él, al ver las fuentes,
los astros, las espumas,
las cumbres, los volcanes, los torrentes;
al admirar el pensamiento humano
aquel esfuerzo del amor fecundo,
bendijo Adán a la suprema esencia;
y haciendo altar el mundo,
brotó la religión en su conciencia.»

III

«Esa mi cuna fue; nací en el hombre
y en él quise vivir; yo en la mañana
del mundo y de la historia,
dejé en el tronco de la raza humana
el jugo de la gloria.

Santifiqué la ofrenda
del justo y bueno; con potente mano
de Dios tomé el amor eterno y puro
para sembrarlo en el terreno humano...
y el hombre no me oyó; consigo en guerra
sólo en el crimen y en el mal fecundo,
¡con la sangre de Abel manchó la tierra
para rubor del mundo...!

Por montes y por mares

vio absorta la creación, de sangre humana
teñidos los altares,
y en fatal armonía
miró el infierno en su insaciable furia,
al crimen abrazado a la lujuria,
y teniendo el placer junto a la orgía.

Y Dios se irguió; su sacrosanto enojo
empujó al oceano
por cima de peñones y montañas,
y el ponto soberano
devoró la creación en sus entrañas.
Una nave en su frente
flotó en enseña del amor divino;
el mar fue su columna; allí el humilde
que al Supremo Hacedor pagó tributo
sobre la mar flotaba,
y abriendo de otros mundos el camino,
apoyado en mi amor a Dios cantaba.

Y otras gentes vinieron;
el pecado de nuevo se alzó en guerra
y Pentápolis vil, bárbara ansiando
arrancar mis blasones de la tierra,
torpe y libidinosa
saturó de placer la copa hirviente
y la apuró gustosa;
al horror de sus ciegas liviandades,
vi montañas de fuego
rodar sobre los muros
de las cinco ciudades,
y otra justicia contemplé... ¡Sodoma!
¡Gomorra criminal! Cuantas pecaron,
en sombra se tornaron;
las aras del festín siempre manchadas
cayeron en ruinas; los brutales
ídolos del placer, hechos pavesas,
ornaron los terribles funerales;
cuantos a Dios soberbios ofendieron
en llamas se extinguieron,
y sus cenizas que del suelo huían
sin espacio flotaban;
los vientos de su seno las lanzaban
y las nubes después las devolvían.

Y vi entre las naciones

por consuelo del mundo y de los seres,
cruzar santas legiones
de ungidos y profetas
cantando al sólo bien; de Abraham glorioso
el pacto contemplé; sentí en mis manos
la escala de Jacob; besé la piedra
donde inclinó su frente el patriarca,
y de Dios en el nombre
con mano conmovida,
al cielo levanté la piedra ungida
cual nuevo pacto entre el creador y el hombre.

Asentando mi esencia poderosa
vi a Moisés en la cumbre
del alto Sinaí; lo vi sereno
del rojo mar en la ribera undosa
conduciendo a Israel; miré las tiendas
del ciego Faraón, amenazando
al pueblo que guiaba
el profeta triunfal con fe bendita;
vi al oráculo orar, y al santo ruego
tembloroso camino
abrir al Israelita
sobre las olas el poder divino.

Vi al Egipcio feroz de rabia mudo
lanzarse al ponto rudo,
y contemplé severa
cómo el viento enlazaba
el cántico del mar que se cerraba
con el cántico a Dios en la ribera.

.....

¡Cuán alta soy, Señor! Cuanta grandeza
tu grandeza me da... Yo en la corriente
de los siglos que cruzan por la historia,
me alzo grande y fulgente
del mundo para gloria;

yo levanté en mis hombros los altares
que Salomón te alzó; para su ayuda
sacudí las montañas seculares.
Sentada en las colinas,
cauce del santo río,
con Dévora canté tu poderío
al compás de las aguas cristalinas;

mi fe robusta rebosó en el alma
del gigantesco atleta,
y su brazo empujé, cuando en ejemplo
de su poder profundo,
sacudió la columna y hundió el templo,
entre el pavor del mundo.

¡Yo alimenté de Sara la fe pura,
la castidad de Rut, de Ester y Lía,
el dulcísimo amor y la hermosura;
mis ecos de armonía
bañaron el salterio
del Santo rey David, cuando cantaba,
y arrancando a los siglos el misterio
los siglos de la cruz profetizaba...!

Yo di fuerza a Judit, contra el gigante
de Palestina estrago
y la sangre enjugué de su semblante;
las santas profecías
de Daniel e Isaías,
por mí sobre Salem se estremecieron
y por montes y valles y collados,
gritando muerte fueron
a los pueblos de crimen embriagados.

Y otros pueblos también, de un Dios mentido
haciéndome la vía
cubrieron con mi nombre sus trofeos;
por mí el Egipcio inerte
los montes amasó, y alzó profano
tumbas de piedra con potente mano,
para en su seno coronar la muerte;

por mí Buda socava las montañas
con ciego fanatismo,
y rompe sin descanso sus entrañas
cual si buscase a Dios en el abismo;
por mí tras la letal mitología,

Venus y Marte en el jardín de Atenas
cubrieron los altares,
santificando de la forma el yugo;
por mí fue el Partenón; y Apolo y Ceres
del genio sensual grato tesoro,

cantaron los placeres
en las lúbricas termas, y en el foro;

por mí Numa trazó la jerarquía
del sacerdocio en Roma; por mí altivo
el arte del pagano
sacudiendo las cumbres ponderosas
los mármoles empuja a las ciudades,
cubriendo los dominios del romano
con bosques de deidades.

Por mí hasta el borde del triunfal madero
llegó brumosa la corriente humana
de luces y de sombras rebosando,
y yo llegué con ella, contemplando
su santo amor o su maldad liviana.»

IV

«¡Al fin se alzó la Cruz...! Santo Dios mío,
¿qué llama me alumbró cuando en la cumbre
te vi sangriento, doloroso y frío?

Mirando los dos mundos,
vi el pasado desierto;
sombras fugaces en letal sudario
flotaban como sábanas de muerto
sobre el alto Calvario.

Tus brazos extendidos,
tu cabeza de amor, tu seno roto,
tu divina humildad, tu voz sagrada,
los ecos de tus leyes que aún latían,
me hicieron contemplar avergonzada
a los siglos pasados que se hundían.

Y en el nombre de Dios alcé mi acento...

¿Qué hacéis junto a la Cruz? ¡Atrás, deidades;
atrás, pompas impías
de torpes liviandades...!
¡Impúdicas Dianas!
Dioses beodos, reyes sin corona,
diosas viles del barro cortesanas...
cobardes coliseos,

gimnasios sin pudor,
ciegas mujeres,
sacerdotes del templo mercaderes...
aras manchadas, bosques seculares
donde el peñón del celta o del germano
recuerda de otro culto los altares...
¡atrás!... ¡atrás!... la luz nos ilumina,
sobre el Calvario mana...
¡la grandeza divina
viene a vivir en la miseria humana!...

Hundid, mundos pasados,
ante el ara triunfal vuestras cabezas,
y haced con los fragmentos
de dioses y de leyes
humildes monumentos;
levantad por ofrenda sus escombros,
y con amor profundo,
arrodillaros ante el sol de un mundo
que lo sostiene Dios sobre sus hombros.»

V

«Desde el Calvario, me elevé pujante
cual águila divina
que busca el foco de la luz radiante.
Tomé la Cruz, y a la conciencia humana
con ella me lancé; cántico austero
alcé al Señor, y en lengua soberana
canté su gloria al universo entero.

Sobre la dura roca
donde el martirio fue, rompí la lira
que acompañó mis cánticos pasados;
y uniendo la creación con Jesucristo,
mostré a la Cruz y a Adán, fuertes pilares
que sostienen al arco prepotente
por donde fue pasando
ancho raudal la humanidad creciente,
llevando entre sus olas
barcas de amor que la virtud cantaban,
y la Cruz en los tiempos percibían,
y a Cristo y a la Cruz profetizaban.

¡Llegó la redención! clamé con llanto

al ver cómo la muerte seca y muda
lenta llegaba hasta el cadáver santo.
Y el Apóstol me oyó; y otros me oyeron;
y cual raudal humilde
que partiendo de fuente cristalina
resbala en la colina,
y llega al valle, y crece, y serpentea,
y recibe tributo
de nieves, de torrentes y de lagos;
y corre, y corre, y bosa en sus orillas,
y recibe ya masas como mares,
y al fin soberbio avanza
y en mar de espuma sobre el mar se lanza,
así la fe de Dios, santo arroyuelo,
del Calvario brotó; bajó a los valles;
la Siria y la Judea
nutrieron su caudal; sangre bendita
tiñó los cauces del torrente puro;
llegó raudo a Nerón; se alzó potente
de Vitelio a Constancio; lanzó al foro
su rápida corriente
arrastrando flamines, y vestales,
dioses de barro y oro,
y coronas de encina y pedestales.

Del Éufrates de Dios, las oleadas
subieron más aún; fuertes cubrieron
los pórticos y arcadas
del circo criminal, y al fin profundo,
cumpliendo su destino,
al ensanchar su cauce Constantino
cual mar de amor desembocó en el mundo.

Roma se hundió; mas ¡ah! que el santo río
dejó por piedras tumbas dolorosas;
otro calvario en sus arenas gime,
y aun en noche serena,
en la cripta sublime
el dulce canto del martirio suena.

¡Cuánta lucha, Señor! Tu voz llamaba,
y el hombre no la oía,
mi brazo en su conciencia golpeaba.

Roma en amplio sudario
de columnas y pórticos, cubría

la lepra de su infamia; el ancho seno
de la augusta matrona
que sustentó del mundo la corona,
manaba sangre y cieno.

Los bárbaros placeres,
las termas excitantes al deseo,
los jueces mercaderes,
los siervos miserables
tendidos en el ancho coliseo,
amarradas las manos
y sin odio, ni amor a sus tiranos.

La Fulvia cortesana
que cual mármol de Atenas,
el pecho libre, la nariz ardiente,
suelto en anchas cadenas
el lúbrico cabello, vil e impura
entre quirites, jueces y señores,
tasaba su hermosura.

Senadores venales
vendiendo su poder; la piedra santa
de la antigua familia, desprendida
del sagrado recinto al peso rudo
de tanta bacanal; pálida y yerta
la estatua del pudor; el pueblo mudo,
su tribuna magnífica desierta.

La gula coronada
como el único dios, junto a su solio
el suicidio sombrío
erigido en virtud, mirando inerte
sobre su altar impío,
espléndidas ofrendas a la muerte.

La justicia de Bruto
sin fuerza ni esperanza; el Capitolio
cobarde ante otro Breno;
la toga de los Césares, flotando
desde Claudio hasta Galba, o sobre el seno
de impúdica Cenobia, que en injuria
al esplendor de su poder profundo,
abrasaba con llamas de lujuria
la corona del mundo.

Cual Babilonia, Nínive y Sodoma,
sin freno y sin decoro
agonizaba miserable Roma,
en tumba colosal de jaspe y oro.»

VI

«Tendí al mundo los ojos, los placeres
como en Roma satánicos rugían;
mas del raudal sereno
ya los ecos se oían,
al cruzar de la fe por las praderas;
con el apóstol santo
traspasó las murallas
de la ciudad del orbe; entre las rocas
del jardín de Lucina
y del monte Dorado en la caverna,
filtró el agua divina
de salvación eterna;
y horadando el cimiento
del edificio colosal romano
empezó a destrozar, creciendo a mares,
los bárbaros pilares
de aquel sepulcro miserable y vano.»

VII

«Rompí la breña, y de Jesús el nombre
entré en el raudal bajo las rocas
en que Roma cimenta
sus columnas, vestíbulos y arcadas.
Vi el mundo de piedad; junto al sepulcro
del Santo Pescador, besé las frentes
pálidas y serenas
que sin odio soberbio ni delirio
la eternidad miraban,
y en el reloj fatídico esperaban
la campanada lenta del martirio.»

«Sentí la salmodía
que del plectro cristiano
por las naves de Toba se extendía,
vi espléndida la fe flotando libre

de turba en turba, pálidos e inquietos
vi llegar temblorosos esqueletos
al atrio de la cripta; pobres seres
que el despotismo insano
amarró a los dolores y las penas,
y que en Cristo dejaban sus cadenas
al santo rezo del amor cristiano.»

«Vi al sacerdote levantar unguido
por la gracia de Dios el pan eterno
sobre el ara de piedra; palmo a palmo
vi cejar al infierno,
como cejaba el pedestal de Roma
del sacerdote al salmo;
abriendo entre el ¡hosanna!
de las santas milicias inmortales,
venas de gloria a la piedad humana
por medio de las criptas funerales.»

«El subterráneo se extendió; valiente
se hundió la fe en la noche; de las sañas
del paganismo vil oyó el rugido,
y arrollando la sombra en las entrañas
de la roca potente pie de Roma,
fue dilatando claustros giganteos;
amasó las arenas para altares;
abrió las grutas, y con paso fijo
rompiendo sombras y materias viles,
espantó con su llama a los reptiles
y elevó en la caverna el crucifijo.»

«El Tíber rojo retembló en su lecho
al sentir de la fe las explosiones
debajo de sus aguas cenagosas;
el Capitolio, el Circo, Roma entera
fue cúpula por lúgubre ironía
de la ciudad austera;
y en tanto que Vitelio
cantaba en sus terribles bacanales,
las grutas celestiales
rebotaban en fe del Evangelio.»

«¡Oh! ¡mundo del amor! ¡mística palma
del corazón amante...! ¡flor bendita...!
¡ojiva pura de la luz del alma...!
¡yo te saludo...! ¡Alzad! tumbas sublimes,

vuestra llama triunfal; cantad amores...
sepulcros hacinados
de vírgenes, plebeyos, y señores...

seguid, aguas sagradas
repitiendo en el claustro solitario
la fe del sacrosanto; dad tranquilas
vuestras luces solemnes,
lámparas que alumbráis las inscripciones,
del mártir vencedor; alzad con brío,
nieblas de los sepulcros,
vuestra voz funeral; que el pecho sienta
palpitar la verdad en esas tumbas
en que el héroe cristiano
con Jesús por cincel, talló valiente,
venciendo el hado adverso,
el código del mundo soberano
y la Iglesia triunfal del Universo.»

«Allí la edad presente
ve su vida brotar; allí... en la muda
pálida sombra en que la luz vacila,
empieza el culto; allí del sacerdote
la tribuna se eleva; allí se apila
la primer muchedumbre
que se nutrió en la Cruz; allí ensalzada
la piedra del hogar, se transfigura
por Dios y el sacramento consagrada;
allí la caridad cava en la peña
santo granero para mies bendita
que hoz de furia segó; seca allí agota
su ancha fauce el placer, junto a la fuente
que sepera al catecúmeno; allí flota
la esencia de Jesús, y dulce puebla
con su luz inmortal la santa niebla.»

«Yo vi llegar al místico recinto
catarata de muertos
en arco vencedor ancho y constante;
vi los nichos desiertos
llenarse y rebosar; vi palpitante
el labio del cristiano
rozar la faz marchita
del niño, del anciano,
de la virgen bendita,
de los que en furia destrozó el tirano.»

«Vi entre palmas y flores
llegar la dulce Inés; blanca... serena...
rota la faz de amores
por la implacable hiena,
y aun valerosa y fuerte
sonriendo a Jesús desde la muerte.»

«Vi a Ursula, a Fabiola
y a mil mártires más; aguas sagradas
de la constante ola
que tinta en sangre los sepulcros riega,
y alimenta el rocío
de la flor de la fe; y en Dios se mira;
y crece más; y hasta sus plantas llega,
y en lo infinito de su amor suspira.»

«¡Ejemplo sin igual! Ya está formada
la iglesia de los mundos; bajo el manto
de cien Césares fue; creció entre sangre;
brilló en la destrucción y en la gangrena
del pueblo rey; se levantó potente
al eco augusto de piadosa Elena
que la alzó de las grutas; su divino
signo augusto de amor, fue a la victoria
en el lábaro audaz de Constantino,
cual nuevo signo de bondad y gloria
que marcaba a otros tiempos el camino.»

«Ya es el orbe cristiano; en los aduares
del oriente vencido
se replegan los dioses; el britano,
el cántabro valiente, el galo austero,
el bélico germano,
cual corriente de aludes
que precipita Dios, del norte ruedan
para aplastar los muros
de la nueva babel; la Europa oscura
que los bosques del Rhin o en los bretones
se revuelve y fulgura
impregnada de Cristo en las lecciones,
roca tras roca sobre el pueblo salta;
lo aplasta, lo aniquila;
nunca una turba falta
sobre Roma intranquila;
ancho volcán de pueblos y de gentes

no cesa de rugir; ya se alza escueto
el pueblo vencedor; ya en las pendientes
de sus dulces colinas
reposa en esqueleto;
ya rueda entre los arcos y las flores
el rey de los señores;
un mundo destruido
queda en la tierra; espumas de ruinas
se besan sobre el mundo sumergido,
y en tanto soberano
sobre aquel oceano
que desventuras canta,
asoma el sol de Dios, y se levanta
el mástil santo del bajel cristiano.»

VIII

«Nació otra edad; apareció triunfante
sobre la fuerte roca
la Iglesia militante.
La esperanza, la fe, la dulce calma
de la piedad excelsa; la sublime
plácida caridad, jugo del alma,
y cien virtudes más, pueblos y leyes
fundieron en crisol de amor bendito,
y destrozando enconos,
unieron a los siervos con los reyes
y a las pobres cabañas con los tronos.»

«Yo vi en la edad naciente
de la Iglesia cristiana
aparecer espléndidos varones,
luz y gloria del culto; vi a la ciencia
gravitar en sus frentes pensadoras;
sentí de la elocuencia
saturada en la cruz, altos acentos
que mares y montañas dominaban;
vi a los mundos sedientos
presentir la verdad, tras la cortina
rica en gotas de oro
que oculta el foco de la luz divina.»

«Vi poderoso y fuerte
al ánimo cristiano
desgarrando las sombras de la muerte

con la Cruz en la mano;
vi a la razón con indomable anhelo
sobre Atlas colosal mover sus alas,
y entre música y galas
por vez primera remontar el vuelo;
vi inflamada la idea
sobre el peñón que descendió hasta el atrio
desde la cumbre en que la nube ondea;
vi horizontes sin límite, extendidos
ante el plectro de oro
y ante el buril y ante el pincel cristiano;
campos que levantó la fantasía
llenos de vagos seres,
de cándida poesía,
de místicos placeres,
de cascadas, de luz y de armonía.»

«El amor, la ventura,
la esperanza del bien, la dulce calma;
la fuente que murmura
donde entre rosas desfallece el alma;
la aspiración a Dios, el alto triunfo
del espíritu fuerte
que arrollando las sombras del averno
se eleva en su victoria,
y contempla en las cimas de la gloria
las arboledas del amor eterno;
el potente heroísmo
que abandona la tierra
por acercarse a Dios; el ascetismo
que errante y solitario
en breñales, cavernas o desiertos
se levanta un calvario
para orar por los vivos y los muertos;
la esperanza, el placer, la fe, el gemido,
todo halló en la cristiana fantasía
rayo de luz, ambiente y colorido,
espléndido poder, fuerza del día.»

«La paleta de Apeles
esconde entre los mármoles de Atenas
sus marchitos laureles
que otro genio abrasó; Fidias suspira
ante la imagen de Jesús que brota
del cristiano taller; Venus liviana
tiembla en mármol desnuda,

al contemplar el busto doloso
que canta la agonía
con que lloró junto a la Cruz María;
y en tanto que el buril anima y crea
y en cítara elocuente
resplandece la idea,
otro arte soberano
dejando en mí sus planos inmortales,
abre cauce triunfal de catedrales,
para que corra el pensamiento humano.»

«La libertad nació: Cristo bendito
la colocó bajo mi noble egida;
ya las aguas del mundo
partiendo de raudales diferentes,
límpidas y corrientes
se dirigen a un fin; ya los tiranos
si existen... es sin Dios; ya en la armonía
de amor y caridad rueda la esfera,
y en explosión constante,
altas empresas dignas de renombre
se elevan a mi voz; las muchedumbres
levantando la cruz en las espadas,
se lanzan esforzadas
a aplastar las antiguas servidumbres.»

«Yo vi la ardiente tropa
de la revuelta Europa
lanzarse sobre el viejo continente
en cruzada inmortal; miré las turbas
del Asia envilecida
levantarse al empuje
de todo un mundo; en bélicos afanes
cuyo eco sordo en los anales ruge,
vi dos mundos titanes,
sobre la tumba de Jesús luchando;
y vi sobre montones
de cadáveres yertos
hundirse religiones,
brotar nuevas edades,
abrirse costas, piélagos y puertos,
estrecharse las manos las ciudades;
y en pos de la cruzada
vi a la Europa vencida
alzarse en su poder regenerada,
y al Asia destructora

desplomarse en la tumba vencedora...»

«Espléndidas tribunas,
escuelas eminentes,
piélagos de abadías,
bosques de estatuas, lienzos inmortales,
sabias filosofías,
todo surgió a mi voz; mas ¡ah! que triste
del tiempo en la carrera,
vi levantarse el fanatismo oscuro
en altar de la fe; vi de las llamas
el esplendor violento,
queriendo sofocar la luz hermosa
del libre pensamiento;
vi a la fe sollozar, y vi al abismo
rugir de gozo en sus cavernas fieras,
al ver como arrojaba el fanatismo
astillas de la Cruz en las hogueras.»

IX

«La sombra, en pabellones
se fue extendiendo lenta; «¡De rodillas!»
gritó con voz de trueno
la incansable pasión; «Yo con mi soplo
apagaré el destello de Dios mismo;
¡hundid generaciones,
la frente dolorida en el abismo...
lóbregos panteones
las conciencias serán; mi sombra densa
fiero dogal de la razón que piensa!»

«Y la razón espléndida, en mi solio
se levantó clamando...
«Yo soy hija de Dios; Él me da brío;
alzaré el Capitolio
de mi noble poder; desde su cumbre
bendeciré al Señor, analizando
del Universo entero las verdades;
y tras la lumbre que al infierno aterra,
seré sombra de Dios; luz de la tierra.»

«Y se elevó y brilló; montes y mares,
astros de fuego y oro
cedieron al saber; la luz brillaba

en raudales de gloria
sobre las cumbres del saber humano;
a su rayo inmortal, cauce potente
abrió en Maguncia al noble pensamiento
Gutenberg soberano;
y la brújula fue; y el yerto polo
vio fija en sus montañas temblorosas
la mirada del hombre; y hubo un día,
en que al rodar el sol tras de los Andes,
empujó hasta Colón de todo un mundo
la sombra colosal; sombra que ardía
en la mente que Dios iluminaba;
mundo que gravitaba
sobre la gran razón que lo sentía.»

«Cien mil generaciones se asomaron
sobre el borde del mar, y nada vieron;
y el nauta apareció; y en la ribera
donde flota con gloria
la gótica bandera,
aparejó el bajel; rompió la espuma
con la tangente proa; en lontananza
muda España lo vio, cual leve bruma;
cual soplo de esperanza
que en el antro fatal se sumergía,
y adelante pasó: domó los vientos;
dominó los rencores
del trueno y de la mar, y en santa hora
miró la Europa sobre el mar profundo
su ciencia hecha pedazos,
y el bautismo de un mundo
que se eleva de Colón en brazos.»

«Sin tregua ni reposo
el mundo antiguo al eco de Castilla,
se lanza al ancho foso
que su orilla separa
de la lejana orilla.»

«El bélico español llega a las cumbres
del fiero Potcapel; sobre la mesa
donde el alto Sorata
cual Hércules alzado entre titanes
con los astros sus pisos eslabona,
brota la cruz; el rudo Chimborazo
que tiene por corona

nieves de la creación, dobla su frente
al escuchar los salmos celestiales
que parten de la fuente
madre del Evangelio; en lucha santa
altos bosques de mástiles ondean
sobre el trémulo mar; bajo la sombra
de la vela latina
cruza el claustro los mares
por dar a otra región agua divina,
ciencia, culto y altares;
pan de verdad eleva el sacerdote
sobre el barco glorioso
audaz en la borrasca, por do quiera
brilla la fe con esplendor hermoso;
que al eco de mi voz la vieja Europa
en sin igual cruzada
se dirige a la incógnita ribera,
con David en la espada
y con la cruz de Cristo en la bandera.»

X

«Y vi sobre las altas

cúspides de la edad, que en noble brío
la ciencia levantó, surgir terrible
duda infernal; los bosques seculares
del galo y del bretón, cuyas encinas
se alzaron en altares;
altas cruces; imágenes divinas
de apóstoles y mártires; la selva
de gótica estructura, cuya pompa
vio crecer la borrasca
que de las cimas del poder cristiano
llegó hasta Roma, bélica tribuna
miró en su seno alzarse
para retar a Dios; la Holanda, cuna
de vírgenes y ardientes confesores,
sintió de secta impía
ciega escuela brotar; el Evangelio
cayó en garras de indómitas hienas,
y sus salmos de oro,
sus trompas poderosas,
sus cántigas ardientes,
sus vides, sus perfumes y sus rosas

alzaron a Jehová potente grito,
al ver como el orgullo en sus corrientes
llegaba al fruto del rosal bendito.»

«Sobre el cedro inmortal de Palestina
leñadores brutales
descargaban el hacha de la duda;
y tras golpes fatales,
sus ramas desgajaban
y en zonas sin calor las arrojaban.»

«El cisma que otras horas
con Arrio y Focio se elevó pujante,
y tras luchas traidoras
abrió profundas simas
de la Europa en el seno,
agitando del vicio el ronco trueno;
el que a Estambul y a Atenas
llegó con nuevo culto, y enlazado
del tártaro fatal a las cadenas,
quiso ahogar la plegaria
del hijo del apóstol; y hundió el busto
del santo Redentor, que en plan divino
trazó la estatuaria
para enseñar a la oración camino.»

«¡La soberbia...! ¡Satán...! El ángel malo,
que rebelado en la eternal morada
de un abismo a otro abismo
fue rodando en la nada,
mordiéndolo sombras, hasta dar un día
en la planicie colosal de un mundo
que obedeciendo a la creación surgía;
aquel que en su fiereza
sobre el globo luchando, alzó los ojos
de Dios a la grandeza
y hundió su garra ruda
del hombre en el espíritu indeciso
sazonando la duda
en la flora inmortal del paraíso;
el orgullo... el incógnito veneno
que en la sangre serpea
de la doliente humanidad, sin calma
buscando nueva forma y nueva idea
se hundió hambriento en el alma
de la arrogante edad indagadora;

y queriéndola alzar en vuelo insano,
con fuego eterno le abrasó la mano.»

«Infamando mi nombre
se alzaron ondeantes
cadalsos, tajos, bárbaras picotas
que desgarraban con letal encono
los miembros palpitantes;
la Alemania, la Galia,
la Bretaña, la Iberia,
la dolorida Italia,
vieron formarse ejércitos impíos
que pasando los Alpes o el Pirene
o remontando el Rhin, ciegos corrían,
y pueblos y naciones destrozaban,
¡y columnas de Cristo se decían!»

«¡Guerra de religión!» gritó la Europa
al ver pasar por valles y collados
la turbulenta tropa;
mi nombre con la guerra
formó consorcio en la razón humana;
mas nunca en Dios; que si humilló la tierra
mi corona de amor, allá en el cielo
la infinita ciudad con grito fuerte
declaró el lema falso;
«¡No es mi cetro la muerte,
ni brota mi esplendor sobre el cadalso...!»

«La guerra asoladora
siguió agitando al orbe; el signo eterno,
aurora de verdad, flotó en las manos
de ardientes enemigos
que se llamaban en la Cruz hermanos.

Y fue subiendo la espumante ola
de fanatismo y de razón soberbia;
y el insensato orgullo,
en diluvio de error salvó las cumbres
de la verdad y la fe; implacable
turbia la mar subía,
«Yo llegaré a los cielos» exclamaba,
y en escalón de sombras se empujaba.

«Costumbres, ritos, códigos y altares,
arrastró en su furor; la fe, su veste
vio tendida en los mares

de la pasión impía;
recuerdos de otra gloria,
amor y religión, piedad, historia,
todo giró en errante torbellino;
y al fin sobre la oscura
cúspide yerta del furor del hombre
cayó la cruz, se levantó liviana
la prostituta en el altar; llorosa
la caridad cristiana
se detuvo en la aguja vagorosa
pidiendo fuerza a Dios, y a mis gemidos
contestaron los cielos,
al ver al hombre en infernales duelos
querer llegar a Dios por los sentidos.»

«¡Señor!», grité, «la tierra no es mi solio»;
y Dios me dijo... «Humillarás la ciencia;
torpe la humanidad, en su delirio
levanta otra babel; ve a su conciencia;
sé su amor, su esperanza, o su martirio;
y escondida en el ser que piensa y llora,
te elevarás del mundo vencedora.»

«Y en la conciencia entré y en ella giro;
en vano las humanas convulsiones
golpearán mis blasones;
yo floto en el suspiro
de dulce madre que en la tumba llama;
yo soy la fuerte idea,
cimiento que proclama
a la eterna Salem; yo si golpea
la pena en la familia,
soy la copa amorosa
donde beben espumas de esperanza
el aterido huérfano y la esposa;
yo soy la confianza
que tiene el hombre en Dios; cobarde en vano
la masa de revueltas sociedades
pretenderá aplastar con el ruido
de viejas tempestades,
los ecos de mi voz; que si en la tierra
sumergida en los vicios y en la guerra
no ve mi mano amiga,
por más que en el tumulto no me aclame,
no hay tumba que al abrirse no me llame
ni pena que al llorar no me bendiga.»

XI

«Nací en Adán, y la corriente humana
sustenta mi bajel, que en letras de oro
dice el nombre de Dios; razas, naciones,
todo me lleva en sí; yo soy del cielo
irrecusable prueba
que al espíritu calma; el Ser divino
me arrojó de la vida a las espumas,
y sobre ellas aliento;
venzo todo destino,
humillo al mar, a la borrasca, al viento,
y cumpliendo precepto soberano,
cuando termine el mundo su corrida,
cerraré con mi mano
los párpados ardientes de la vida.»

EL ÚLTIMO CANTO DE SAFO

¡Ven, lira, ven a mí, que tus cantares
del corazón acallen los dolores;
venga tu aliento a reanimar las flores
marchitas ¡ay! de ayer:
vuelve mi voz armonizando el viento
con delicadas ondas deleitosas;
ven y endulza mis horas angustiosas
tú, lira, mi placer!

Ayer sonabas, y a tus dulces notas
coronas en mis sienas renacían;
sus hojas orgullosas se mecían
al son de aplausos mil;
unidas a tus ecos mis canciones
la paz del corazón arrebatában,
en tanto que mi frente acariciaban
cual céfiro de abril.

¡Hoy... fiera realidad! El sol oscuro
flota en un cielo lúgubre y sombrío;
ya no se escucha por el bosque umbrío
del pájaro el cantar;
triste el vergel, opaco el horizonte,

al mundo sin su luz mis ojos miran;
locos en torno a mí todos deliran...
¡horrible delirar!

Ya no escucho a la fama lisonjera
himnos cantar a mi agitada frente;
no; ya no miro en el jardín riende
las plantas florecer;
ardieron las coronas altaneras
que el Orbe puso en mi cabeza altiva,
al rayo de esta llama eterna y viva,
que siento en mi crecer.

Pavesas son mis glorias que pasaron;
pavesas son mis flores que murieron;
cenizas, sí, que débiles huyeron
al soplo de Aquilón.
¡Ay! ¿Por qué suspirar mi ayer perdido?
¡Por qué soñar sus glorias y sus flores,
si agostaron mi vida los dolores...
si es polvo el corazón!

Mas hoy quiero cantar a la memoria
del que causó mi dicha y mi agonía;
suspensa ya sobre la tumba fría,
amante pienso en él;
ya flotando en la bruma de otro mundo
tiendo la vista al que dejar anhelo,
porque quiero mirar restos de un cielo
sobre su amarga hiel...

.....
.....

Yo quise hallar una verdad divina
que en su ilusión el alma columbraba;
dulce ensueño de amor; flor purpurina
que de la mente en el vagar flotaba;
del mundo al ver la realidad mezquina,
más mi delirio y más la ambicionaba,
y volando en las alas de mi anhelo,
miré la tierra convertida en cielo.

¡Cuántas veces del monte por la falda,
cuando entonaba triste mis amores,
la vi mecerse en nubes de esmeralda
adornada de célicos vapores!

Era un ángel de amor; bella guirnalda
de blancas perlas y nacáreas flores,
coronaba sus nítidos cabellos,
que el sol más blondos, que su luz más bellos.

¡Cuántas del mar perdida en la ribera
la vi jugar entre la espuma hirviente,
arrojando a los vientos altanera
rudos cantares de su lira ardiente!
Era su trono el mar; su cabellera
las nubes que cruzaban por su frente;
y el ronco son de la tormenta impía,
de su cantar sublime la armonía.

Yo entonces adoraba aquel delirio;
aquella luz amante de mi vida
era mi amor, mi dicha y mi martirio,
el resplandor de mi ilusión querida.
Yo lo adoraba, cual el débil lirio
que ve en las sombras su calor perdida
el dulce beso de la aurora pura,
que le devuelve aromas y frescura.

Pero ¡vana ilusión! el alma mía
cruzó la vida con incierto vuelo,
sin que jamás templase mi agonía
el ángel puro que mintió mi anhelo,
yo te llamé en mis trovas noche y día
con dulces quejas, con ferviente celo;
mas vi con llanto sin igual, profundo,
que llamaba a los cielos desde el mundo.

¡Quién a un cadáver disecado y frío,
que en el mundo sepulcro duerme aislado,
osa poner con torpe desvarío
flores risueñas sobre el rostro helado!
Quizá no entiende miserable, impío,
que al hombre de la vida arrebatado,
no lo adornan magníficos doseles,
ni rosas, ni coronas, ni laureles.

Mas ¡ay! nosotros vamos vacilantes,
laureles recogiendo y auras flores,
para arrojarnos luego delirantes
del mundo entre las hondas de colores;
necios lo embellecemos, y anhelantes

le pedimos después gloria y amores;
pues es tan loco empeño no miramos
que el mundo es un cadáver que adornamos.

.....

Mares que en vuestras olas argentadas
copiáis el cielo de la patria mía,
llorad, llorad las horas adoradas
que el tiempo arrebató con mano impía.
Ilusorias mentiras nacaradas
que halagasteis mi ardiente fantasía,
mostrad al ser que hacia tu tumba avanza
un átomo tan sólo de esperanza.

Mas sigue el mar tranquilo; ni un gemido
contesta a mi dolor; allá la estela
miro brillar del barco adormecido
bajo los pliegues de su blanca vela;
el céfiro se agita sin ruido,
la clara luna sobre el mar rielá...
¡Como los hombres son los elementos,
no comprenden del alma los tormentos!

Y yo que ansié la vida... ¡que riente
crucé el desierto con tranquilas alas!
que en mi infantil edad hollé inocente
del bello prado las sencillas galas...
¿Mas dónde vas, espíritu inclemente?

¿Por qué en recuerdos tu dolor exhalas?
No arrojes por piedad flores divinas
en esta senda de dolor y espinas.

.....

Yo amé a un hombre; su aliento embalsamado
era la inspiración que yo bebía;
al fuego de su acento enamorado
versos brotaban de la lira mía;
unida con su espíritu adorado
delirante creció mi fantasía;
y con su amor y mi arrogante gloria
juzgué pequeño el mundo a mi memoria.

Cantos de triunfo el aura murmurante
hasta mis plantas con afán llevaba
la corona del genio audaz, radiante;

sobre mi frente trémula se alzaba;
la pura fama del talento amante,
con halago sin fin me acariciaba,
y en el orbe brillaba limpia y sola
la luz de mi magnífica aureola.

Amante, tierna y del amor querida,
poetisa ardiente, y de la gloria amada,
el alma se agitaba conmovida;
la mente se eleva entusiasmada.
¡Oh! ¡cuán alegre resbaló mi vida
por el falaz orgullo acariciada,
al ver entre mis dulces desvaríos
la gloria y el amor esclavos míos!

Mas hoy... ¡amargo afán! con triste canto
llamo a mi amor, y de mi voz se esconde;
sólo a mis quejas cual terrible encanto
eco apagado por do quier responde;
el genio se extinguió en un mar de llanto;
¿dó se encuentra mi lira? ¿decid, dónde?
Mis lágrimas ahogaron sus sonidos,
y hoy sólo arroja de dolor gemidos.

Roto el ídolo fue, que altivo un día
cautivó con sus cantos las Naciones;
el que miró con arrogancia fría
a sus plantas del genio los pendones;
ya no vive en sus versos la armonía;
muriendo con su amor sus ilusiones,
es sólo un ser que fue... vaga quimera...
leve rescoldo de gigante hoguera.

¡Cómo te adoro yo, sombra ilusoria!...
¡cómo aún te mira arrebatada el alma!
Por ti arranqué laureles a la gloria,
por ti del mártir llevaré la palma.
Muero por ti; ¿qué importa que la historia
manche mi nombre?... Moriré con calma,
si un rayo puro de tu luz divina
al entrar en la tumba me ilumina.

¿Qué me importa morir, si tú, mañana,
cuando me mires bajo el tilo umbroso,
dosel que los sepulcros engalana
sumida de la muerte en el reposo,

lágrimas verterás sobre la cana
frente del mármol que me cubre ansioso,
y entre sollozos con amargo acento
mi eterno nombre lanzarás al viento?

Y me verás perderme en la enramada
brindándote mi amor; y oirás mi lira
amante, deliciosa, enamorada,
al son del aura que el pensil respira;
y cuando dulce asome la alborada
que a los cantores del vergel inspira,
yo vendré con su luz, a ver si brilla
una perla de amor en tu mejilla.

.....

Adiós, adiós, Faón, luz de mi vida...
alma del alma que cantó inspirada;
bello fantasma que a vivir convida
a mi esperanza esperar cansada.
Te amé, cuando del Orbe era aplaudida;
por ti lloré marchita y olvidada;
y si hay amor tras ese mar profundo,
te adoraré también desde ese mundo.

Adiós, heroica Patria, que me miras
rasgando triste de mi tumba el velo;
no pienses comprenderme, que deliras;
no eres bastante a descifrar mi anhelo.
Di tan sólo, si alguna vez suspiras
al ver mis versos que bendijo el cielo:
Safo no fue suicida... el mundo miente...
¡matola el Genio al abrasar su frente!

A DIOS

I
Bendito el que los mares agita con su aliento;
el que hace con sus iras el huracán gemir;
el que en la negra nube sepulta ronco acento;
el que hace al rojo rayo veloz el aire hendir.

II
Bendito el que a los astros girar hace en los cielos;

el que a la blanca luna da lánguido color;
el que a los mundos rige, tras mil opacos velos,
que ocultan a la tierra su mágico esplendor.

III

El que al sonoro río, veloz lleva a su tumba,
dando a sus ondas paso por entre flores mil;
el que de la alta cumbre torrente audaz derrumba,
que arrulla en dulce curso las galas del pensil.

IV

El que en los aires puso las aves altaneras;
girar hizo a los peces en el inmenso mar;
el que pobló el desierto de bramadoras fieras,
y al hombre dio dominio sus iras a calmar.

V

El que a las altas cumbres llegó hasta el firmamento,
cubriéndolas con manto de límpido color,
y quita de sus frentes de armiño el ornamento,
con el cabello rojo del astro abrasador.

VI

Salud suspira el aura, salud murmura el río;
salud dicen las cumbres su frente al descubrir;
salud trinan las aves, salud el sol de estío,
y todo te saluda, Señor, tan sólo a ti.

VII

Y yo también mi canto veloz exhalo al viento;
y vuelo hasta tu trono en pos de mi ilusión;
y yo salud, te digo, creador del firmamento;
salud Dios de la tierra, Señor de la creación.

DE CÓMO SE PUEDE ESTUDIAR GEOGRAFÍA HISTÓRICA POR EL PISO Y OTROS ACCIDENTES DE JAÉN

(Oda)

Brillantísima turba de poetas,
los que buscáis de la creación las galas
para escribir quartetas
más buenas o más malas;
los que llamáis culebra al arroyuelo;

a la nube cañón, al cañón nube;
al cielo mar; a la mujer querube;
al querube mujer; a la mar cielo;
y nos decís que el sol ama a la luna,
y que la luna al sol sigue la pista,
cuando no se conocen ni aun de vista.

Los que al sentir cantar los ruiseñores
pensáis cándidamente
que cantan sus amores,
sin acoger la tremebunda idea
de que pueden hallarse de pelea;
los que decís con armoniosas galas
que todas las mujeres tienen alas
y que son por lo puras
ángeles forasteros
que viven cuartos cuartos o terceros
en lugar de vivir en las alturas;
los que con tono serio
nos contáis que la aurora llora o ríe,
conforme está de humor; que el aura leve
tiene amor con las flores; que la rosa
se aflige cuando llueve,
y que la azul laguna
que estaba en relaciones
con el arroyo manso y cristalino,
da quejas a los cielos
cuando el infiel galán, por darle celos,
se detiene en la presa del molino.

Los que cantáis... venid... Hay aquí un mundo
de ardiente inspiración; la ciudad mía
es por hados fatales
un cuaderno especial de geografía,
con notas del autor y editoriales;
en sus calles hay golfos y colinas,
peñascos y torrentes,
cascadas y ruinas,
con otros accidentes
que forman por su hechura
un globo de admirable contextura.

Aquí, por privilegio
de que ejemplo no existe, en pleno día,
lucientes y a millones,
las estrellas se ven a tropezones;

aquí, porque Dios quiso,
las flores brotan en los riscos suaves
que pueblan a la par gozando el piso
cabras de buenos pies, y águilas graves;
aquí las calles lóbregas y frías,
para bien de las gentes,
son en lugar de calles, droguerías...
aquí... mas no prosigo, de mis huellas
marchad en pos, y contemplad serenos
el vasto panorama
que en pos de mis históricas querellas
os voy a demostrar sin más ni menos.

Una calle... miradla... allá a lo lejos
profundos precipicios; son las grutas
del gigantesco Cáucaso; a su planta
un lago... es el mar muerto; muy vecina
a las rocas aquellas
una roca se empina
haciendo tropezar a las estrellas...

Es el pico de Teide; en la pendiente
se dibujan detrás confusamente
hondos desfiladeros;

las Termópilas son; hay del que pisa
sus peñones ingratos;
¡que aunque vuelva a su casa con camisa,
de seguro no vuelve con zapatos...!

Allá lejos, al pie de oscura loma
se ve un charco asqueroso, triste y feo;
allí estuvo Sodoma;
aquel picacho que al oriente asoma
debe ser el Montblanc o el Pirineo;
y aquellas aguas que por dos pendientes
bajan en las crecientes
hasta la cueva oscura
que con rejón de hierro se asegura,
son los brazos del Nilo
que de la lluvia en la estación impía
al mar se echa intranquilo,
besando la ciudad de Alejandría.
¿Conocéis el lugar así en conjunto?
La calle de Cerón; pues a otro asunto.

.....

Otra calle... ¿Qué veis? Sombras y luto;
apenas en su seno se levanta
de la vida el rumor como tributo;
inmundo el suelo; las paredes brotan
líquidos horrorosos; aquí estuvo
Pentápolis feroz; Dios en su ira
con hirviendo betún abrasó el seno
de las cinco ciudades; hoy se mira
el piso ingrato al ingrediente ajeno;
mas en cambio se ven, y muy recientes,
tan viles ingredientes,
que piden con sus lúgubres escorias
bandos, multas, columnas mingitorias,
órdenes de prisión y dependientes.

Allá a los lejos vese una figura
en sucia y académica postura;
sin duda es un judío
que sin fogar ni grey
abusa de su estúpido albedrío
profanando la sombra de la ley.
¿Conocéis el lugar? Aunque os asombre

su nombre callaré porque es impuro,
y a más de callajón, Sucio de nombre.

Otra calle, en su centro las arenas
raudas se arremolinan; negras nubes
en alas de Simoun
se levantan insanas,
pretendiendo comerse las manzanas.
Reverbera la luz; las aves chillan;
sólo las aguas por su ausencia brillan.

Es el Sahara... huid... los vendavales
levantarán la arena,
y hasta las catedrales
al polvo impuro servirán de cena.
En vano pide el árabe afligido
desde el culto Yemen
agua a los cielos... nada...
las aguas no se ven... años pasados
por la arena abrasada
pasaban los nublados

por un jumento fúnebre arrastrados;
mas, ¡oh! ¡negro tormento...!
ya no más pasarán; el tiempo errante
mató a fuerza de siglos al jumento,
y la nube tonel quedó cesante.

¿Conocéis el lugar? Lo arrecifado,
¡la Carrera, la Plaza y el Mercado...!
Allá lejos, por medio de azoteas,
de torres y de cúpulas bravías
negras nubes de humo
se elevan por las bóvedas vacías.

Allí vive Nerón; es panadero;
él su furor desploma
sobre todos los que hay en su camino,
y anhelando abrasar la nueva Roma,
empieza por la casa del vecino.

No hay compasión... mirad... el humo crece;
la nube se agiganta;
ya una casa perece,
y el nuevo Nerón canta,
¡y junto al pan la humanidad se cuece...!

Mas lejos... torreones...
casas apuntaladas...
lúgubres murallones...
ruínas abandonadas,
precipicios, escombros y peñones...

Allí están los fragmentos de Herculano
que el Vesubio aplastó, de Babilonia
del vicio criminal fruto liviano;
los escombros de Quito
ciudad que sin conquista
derribó un terremoto socialista;
los arruinados muros
de la gran Jericó, que por inquieta
domando mundos y parando soles,
arrasó Josué con la trompeta,
a fuerza de becuadros y bemoles;
las torres son del Cairo; los pilares
de Eacos y Baltech; los edificios,
que apenas se sostienen,
y cuando sopla el aire van y vienen,

son residuos de casas galileas
que viven tristemente,
apoyando sus negras chimeneas
en la pared de enfrente;
y los otros solares arruinados,
que al Oriente se hacinan
dominando murallas y tejados,
son los restos de Rodas,
patria de aquel coloso
de instintos tan feroces
y de tan duros brazos,
que derribó su pueblo a puñetazos
¡una siesta fatal, soñando a voces...!
.....

¡Oh! ¡Recuerdo de historia y geografía
filosóficamente detallados
en el conjunto de la patria mía...!
¡Oh! Patria, que en tu histórico recinto
tienes un laberinto
de cosas tan sin par y diferentes
que espantan a las gentes...
descansa en paz; y si mañana acaso
algún arrebatado Municipio,
por exceso de atraso
osa arreglar tus plazas y tus calles,
o levantar del suelo un solo ripio,
dile con voz de bajo muy profundo,
estas palabras que alzarán la historia...
«No profanéis mi gloria...
yo soy la estatua del antiguo mundo.»

A D. JUAN ANTONIO VIEDMA

Soneto

Sigue, cantor; de tu inspirada mente
brote en raudales el cantar sonoro;
pulsa la lira, que en sus cuerdas de oro
refleja audaz tu inspiración potente.

Sigue, cantor; porque tu canto ardiente
llevando al alma celestial tesoro,
arranca al corazón risas y lloro;

llena de gloria la entusiasta frente.

Sigue; que al Bardo que con dulce vuelo
cruza este charco mísero y profundo
brindando al alma celestial consuelo,

Dios lo levanta de este mar inmundo
y le hace llegue con la frente al cielo,
desde su indigno pedestal el Mundo.

A LA POESÍA

(Oda)

Dedicada a mi amigo D. Francisco Moreno

Mirad la luna iluminar callada
las olas de la mar; ved cuán riente
eleva por la brisa acariciada
los rizos de su frente.
¿No escucháis sus gemidos?

¿No la veis salpicar la blanca vela
del barco pescador? ¿No veis hendidos
por los remos sus rizos, que irritados
se dejan ver cual luminosa estela?

Mirad allá en el lánguido horizonte
cual reposan unidos dulcemente
los cielos y la mar; ved las estrellas.
Sobre la blanca espuma de unas olas
en su desorden bullicioso, bellas.

Pura es la noche, tierna la armonía
del mar aterrador en otras horas;
allá por donde el sol de la mañana
extiende sus doseles,
se escuchan vagas músicas sonoras;

es el mar que despierta al choque rudo
de rápidos bajeles
que el viento arrebató; lentas mis horas
cruzaron desgarrando el velo inmenso
del sin fin Oceano, que iracundo

manchó sus palos con su fiero llanto.

Mas mirad, una nube se dilata
por el espacio azul; va rudamente
cual arista que rápido arrebatada
el viento bramador; la bella luna
pierde su luz de plata, transparente.

Ya nacen otras nubes, ya se chocan
en el inmenso espacio y se deshacen,
y silba el huracán, y se provocan
las nubes y las olas que renacen.

Relámpago fugaz surcó el espacio,
que el seno desgarró del firmamento.
¡Oh! Su luz de flamígero topacio
es la horrible señal; ya zumba el viento
con más grande furor; ya el ronco trueno
domina de las olas el rugido;
ya el cielo antes sereno
lanza un mar de su seno embravecido.

Mece su espuma intrépido Oceano;
entre el cielo y su cuna, ronco grita,
amenaza con eco sobrehumano,

y en su lecho otra vez se precipita.

Estréllanse las olas con las olas
humedeciendo el vasto firmamento;
corre la nube rápida, impelida
por el fiero huracán, que en sus furores
la rompe en otra nube, que otro viento
arrancó con violenta sacudida.

Y al crujir de su golpe fiero, horrible,
el agitado mar más se estremece;
retumba el trueno con furor terrible,
y más la tempestad airada crece.

Allá se escuchan gritos moribundos
si la tormenta por rugir respira:
son los ayes profundos
del marinero, cuyo aliento expira
en medio de las olas de dos mundos;
mas cada vez que el sol de la tormenta

las olas y los cielos enrojece,
vese una sombra que su trono asienta
entre los pliegues de una negra nube
que en sus vaivenes rápidos la mece.
Miradla arder al lívido relámpago
que desgarró la nube voladora:
¡Qué bello es su semblante, cuando el cielo
con sus rápidos rayos lo colora!

Ya a la pálida luz que anuncia el día
vese vagar sobre las rudas olas,
cabalgar cual ardiente fantasía
entre las pardas nubes, o riente
envolver en la espuma nacarada
su delicada frente.

¿Es el genio quizá tempestuoso
que encadenó las nubes altaneras?
¿Es quien hizo que el trueno pavoroso
mil rayos arrojara de su seno?
¿Quién en alas del viento impetuoso
hizo volar al céfiro sereno?

Ya la aurora sus tintas de escarlata
muestra al mundo en Oriente;
suspira el huracán; la negra nube
deshecha se dilata
por los tendidos cielos de Occidente.

El fantasma que rápido mecía
su trono en las montañas oscilantes,
huye veloz adonde nace el día.

Vedlo aspirar los remolinos de oro
que lanza el rojo sol en sus cabellos,
y ceñirse con cántico sonoro
sus mágicos destellos.

¡Oh! Qué dulce en la calma se extasía
del mar que torna de color ardiente
el astro de la vida y la alegría...
¿Mas quién es esa sombra, que ora altiva
cabalga desgredada en la tormenta,
ora con calma sin igual lasciva,
en la dulzura su belleza asienta?

Mares, nubes y sol, todo murmura
un nombre con angélica alegría;
todo el orbe en un himno de dulzura
saluda a la poesía.

Es la poesía, sí, la imagen bella
de lo grande, lo puro, lo glorioso,
esa radiante estrella
que brilla en este suelo cenagoso.

Allí donde hay grandeza, do hay dulzura,
inspiración, puro placer, encanto,
ilusiones de amor, allí fulgura
su trono celestial, que entre laureles
se mece dulce con su imagen pura
do el espacio se impregna de armonías
por ejércitos miles arrojadas,
ahuyentando las nubes negras, frías,
bajo el cielo agolpadas,
y ondean en los vientos extendidos
fantásticos pendones,
por las olas del fuego ennegrecidos;
do se escucha el correr de los corceles
y del clarín los ecos vibradores,
y el humo del cañón alza doseles,
y de sangre revístense las flores;
donde el triste vencido
sobre el helado cuerpo de un hermano
siente volar su pensamiento herido,
y trovo eleva al azulado cielo
un canto de agonía,
allí entre fuego y entre sangre y llanto
suspira la poesía.

Donde el fiero torrente impetuoso
mece sus rizos de irritada espuma
entre el cielo y el prado delicioso
llenando el viento de templada bruma,
en sus olas con célica alegría
alza su regio trono la poesía.

En la cresta de armiño coronada
donde ruedan las nubes altaneras,
dominando peñascos, valles, ríos
y fértiles praderas
que dan aromas al nacer el día,

entre los pliegues de sus claros mantos
se asienta la poesía.

Juega en las olas puras armonías
del cándido arroyuelo,
que reflejan brillantes, candorosas,
el puro azul del cielo;
y recoge el suspiro que las flores
lanzan de amor al despuntar la aurora,
y se aduerme a los cantos trinadores
del puro ruseñor, que el sol no adora
jugando en el Edén de sus amores.

Y vive, en fin, en montes, valles, ríos,
en bosques, en fantásticos lugares,
en el desierto, do los hielos fríos
jamás cubrieron la sedienta arena;
en los volubres mares,
que ora lanzan suspiros dulcemente,
ora en alas del viento impetuoso
avanzan a mojar del sol la frente,
ella con raudo vuelo,
rasga esas nubes pálidas que ondean
bajo el éter azul, descorre el velo
que el pensamiento por romper se afana,
llega al trono de Dios, su fe le alienta
y a su sagrada planta el vuelo asienta.

Sigamos, pues, tras las radiantes huellas
que tierna nos mostró; dulces cantemos
al eco blando de armoniosas liras,
hasta marcar su nombre en las estrellas;
sus triunfos ensalcemos,
que es el ángel de gloria y de poesía
el solo bien que existe en este suelo
de miseria y sin fin triste agonía.
Sigámosla; cuán dulce es su camino;
la poesía es el placer; el desvarío,
las dulces ilusiones, la amargura,
el amor, el frenético desvío...

Cantemos, pues, la célica sonrisa
que enjugó con su aliento nuestras frentes
cual el suspiro de temprana brisa;
al torrente irritado impetuoso
que derrama sus rizos por el viento,

al ronco mar que ruge embravecido,
al huracán violento
que vuela por el mundo estremecido;
al céfiro que vaga entre las flores,
al arroyuelo límpido y sereno,
que cruza el prado murmurando amores;
a la cumbre de armiño coronada
do descansan los velos de la aurora;
a la nube irritada
que al reflejo del rayo se colora;
a esos astros incógnitos, lejanos
que brillan en los vientos de azul llenos,
a esos abismos hórridos arcanos
a esos sitios angélicos serenos.

Y si la negra parca en sus rigores
nos arrebatara al mundo, acento fuerte
pidamos al Señor de los señores
para morir cantando a nuestra muerte.

A MI AMIGO D. ANTONIO ALMENDROS AGUILAR EN SUS DÍAS

(Soneto)

Mueran de Italia en el jardín riente
del déspota opresor los escuadrones,
y alce la libertad rojos pendones
del Apenino en la nevada frente;

desgarre el mar su velo transparente;
muera el mundo en su lecho de ilusiones;
nada me importa a mí, que en dulces sonos
anhelo saludarte blandamente.

Que en este charco mísero y profundo
que cruza el alma orlada de dolores,
la amistad es del bien árbol fecundo.

Deja, pues, que siguiendo sus fulgores
desprecie las borrascas de este mundo,
y a ti dedique mis marchitas flores.

A LA VIRGEN

Madre, tu manto divino
nos cubre y nos presta aliento;
sobre este mar turbulento
donde la pasión domina,
tu grandeza encantadora
alta y pura se levanta;
por ti la virtud encanta;
por ti la esperanza implora.

Sobre tus aras benditas,
donde entre inciensos y flores
van a buscar tus amores
hasta las almas marchitas,
ofrenda santa elevamos
de amor, de fe y de ventura,
por santa, bendita y pura
sobre tu altar meditamos.

Tiende tus ojos y mira
cuanto sobre el mundo alienta;
arco sé de la tormenta,
sé dogal de la mentira.

Secas del mundo las flores
se ven en míseros huecos;
ya sobre el mundo están secos
los prados de los amores;
y en miserable orfandad
lloran en torno infecundo,
esos huérfanos del mundo
que imploran la caridad.

Tiende tus ojos: un día
cuando entre negro sudario
llorabas sobre el Calvario
con santa melancolía,
el mundo sintió tu luz,
y sollozando de pena,
rompió a tus pies su cadena
postrándose ante la cruz.
«¡Madre!» gritó con amor
el huérfano, siempre solo;
«¡Madre!» desde polo a polo
gritó con ansia el dolor;

«¡Madre!» sollozó aterido
el hambriento desde el foro;
«¡Madre! ¡Madre!» gritó en coro
todo el mundo redimido.

.....
.....

¡Madre! a tu plácido altar
llego ansioso de dejar
la ofrenda con que te imploran
los ateridos que lloran,
fatigados de esperar.

Cándida como el pudor,
tú eres iris del dolor
y aliento de la esperanza;
por ti la conciencia alcanza
la intensidad del amor.

Santa, mística, bendita,
cuanto padece te implora;
por ti el corazón palpita
y en la esperanza se agita
de una vida encantadora.

Generosa como el bien,
grande los mundos te ven
sobre el peñón solitario,
aún recordando el Calvario
suspira Jerusalén;

que allí entre aquellos inciertos
resplandores de la luz,
ven los corazones muertos
tus santos brazos abiertos
como heraldos de la cruz.

Por eso entre tu agonía
brilla consuelo fecundo;
por eso desde aquel día
ya no hay huérfano en el mundo
que no diga «¡Madre mía!»

Y con tanto frenesí
te se adora, Madre, aquí,

que hay quien del vértigo en pos
quizá se olvida de Dios,
pero se acuerda de ti.

Tú, en belleza soberana,
no eres la Venus liviana
que alza la mar cristalina;
eres la forma divina
de la estética cristiana.

Por eso tus ojos son
grandes como la ilusión
que espera santa ventura;
por eso es cándida y pura
tu frente de bendición.

Por eso tu cabellera
que besa el ángel con brío,
al extenderse en la esfera,
se humedece en el rocío
del que padece y espera.

Y por eso en vano afán
luchan buril y cincel:
que nunca a ti llegarán,
ni el lienzo de Rafael,
ni el mármol de Boachardam.

¿Quién te olvida? Allá en la tierra
donde ruge ronca guerra
que al Rhin caudaloso empaña;
en esa horrible campaña
que nos rinde y nos aterra;
en esos bosques que hoy son
pasto de la destrucción,
y que al fuego que los doma
aplauso rinden a Roma
bajo el cetro de Nerón;
allí donde sin entrañas
se esgrimen puñales cientos,
y sobre piras extrañas
se alzan montones de muertos
más altos que las montañas;
en ese escenario, allí,
en esa inmensa derrota,
dicen que con frenesí

sobre cada muerto flota
un recuerdo para ti.

Dicen que las catedrales
que refleja la onda fría,
en asientos inmortales
rezan el Ave María
por sus torres colosales,
y dicen que el panteón
que formó el vértigo ardiente,
tiene por coronación
un grito santo y ferviente
pidiendo tu bendición.

A LUISA

(Soneto)

Bríndate el mar sus copos argentados;
sus suspiros de amor murmuradores;
el bosque ameno sus risueñas flores,
y el prado sus perfumes delicados.

Los ecos de las selvas perfumados
te brindan sus acentos seductores,
y coronas de plácidos amores
te ofrecen los jardines y los prados.

Y yo también coronas te ofreciera
si en el mundo unas flores encontrara
dignas de orlar tu frente placentera;

mas fuera aqueso dicha bien avara,
pues si dignas de ti flores quisiera,
en el cielo quizás no las hallara.

HISTORIA POSITIVA

Voy un drama inofensivo
a exponer al justo asombro;
argumento: -positivo:
edad: -el tiempo en que escribo;

personajes: -no los nombro.

.....

Allá en la hermosa región,
virgen espléndida y pura,
que es en toda su extensión
pedestal de la figura
del gran Cristóbal Colón,

por dimes y por diretes
se enredaron a moquetes
como una turba de bravos,
los libres y los esclavos,
los sabios y los zoquetes:

Se movió tal retintín
con asunto tan fatal,
que al pueblo de San Quintín
mandó la unión liberal
a apaciguar el motín.

Sonó el bombo, y allá fuimos;
en Cuba desembarcamos;
hacia Méjico partimos;
su fértil suelo miramos;
llegamos... y nos vinimos.

Y he aquí, por más que a la unión
sus cinco bombos la abrumen,
el drama, su ejecución,
y el más exacto resumen
de la heroica expedición.

.....

¡Pobre Patria! Tu destino
no lo acierto a ver con tino;
yo te miro y me confundo,
ayer por cima del mundo;
hoy al par de San Marino.

Ayer tus bravos pendones
nos daban horas eternas;
hoy de las expediciones
suelen volver tus leones
con el rabo entre las piernas.

Desde Lepanto hasta Pinto,
desde Cuba a San Quintín
jura el mismo Recesvinto
que el sable de Carlos quinto
se convirtió en espadín.

Pues si siempre el mismo es,
hoy ese indómito acero,
fragmento de viejo arnés,
está en poder de un guerrero
que lo maneja al revés.

Adonde quiera que vamos
extraña misión cumplimos;
en Asia nos abrazamos;
de América nos vinimos,
y en África nos quedamos.

Después de meses y lunas,
y tras de luchas crueles,
las asiáticas lagunas
nos dieron buenos laureles...
para adobar aceitunas;

y al eco de tanto honor
y marchando viento en popa
a los golpes del tambor,
bravos nos llamó la Europa,
tontos el emperador.

Y no sólo su arrogancia
allí ajó nuestra altivez,
sino que a poca distancia
vuelve en América Francia
a insultarnos otra vez.

Tú insultada y ofendida...
tú, la nación más hermosa
que vio en su seno la vida,
del sol la plácida esposa,
del mar la perla escondida.

Tú, que ante tu enseña brava
viste con frente altanera,
cómo el mundo se abrazaba

con la gloria que dejaba
la sombra de tu bandera.

Tú, que ansiosa de vencer
al férvido mar profundo,
llena de gloria y poder
pediste mundos al mundo
para poderte extender,

hoy herida en tu honra cara
ves que una nación avara
te insulta con torpe mengua,
¡y no le arrancas la lengua
para azotarle la cara!

Y ves las turbas seguir
cantando tu triste suerte;
y oyes a Dios maldecir;
que Dios maldice la muerte
cuando es inútil morir.

¡Ah!... Mi ardiente inspiración
ya me arrastra por do quiera;
porque siento en mi aflicción,
que está la nación entera
llorando en mi corazón.

A NAPOLEÓN

(Soneto)

Genio feliz; conquistador gigante;
émulo de Alejandro, sin segundo,
que hundiste la cerviz del ancho mundo
bajo el asombro de tu ardor pujante;

que ceñiste de imperio relumbrante
la faz de Europa y de estupor profundo,
y el trono de San Luis y Faramundo
convertistes en águila triunfante.

¿Dónde está ¡cielos! tu mirar de hiena?
¿Dónde el fulgor de tu tajante espada?
¡Sólo cubre una tumba en Santa Elena

tu corona imperial despedazada...!
Mira tus glorias, vanidad terrena:
¡Orgullo, polvo, desengaño, nada...!